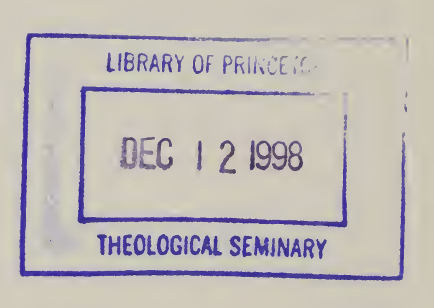

LIBRARY OF PRINCETON
DEC 12 1998
THEOLOGICAL SEMINARY

Biblioteca Carmelitano - Teresiana de Misiones

P. Fr. Florencio del Niño Jesús, C. D.

TOMO IV

En Ormuz y en el Mogol



LA OBRA MÁXIMA
EDITORA PAMPLONA.

BENGARAY, IMPRESOR
MAYOR, 86, PAMPLONA.

1930

BIBLIOTECA

CARMELITANO - TERESIANA DE MISIONES

TOMO I. **La Misión del Congo** (1.ª parte). — **Los Carmelitas y la Propaganda Fide** (2.ª parte).

TOMO II. **A Persia:** *Peripecias de una embajada pontificia.*

TOMO III. **En Persia:** *Fundación, embajadas, apostolado.*

TOMO IV. **En Ormuz y en el Mogol.**

TOMO V. **En Goa** (en prensa).

Seguirán otros sin interrupción, Dios mediante.

Biblioteca Carmelitano-Teresiana de Misiones

TOMO IV



M. CASPIO
GRAN MOGOL
IMPERIO DE LOS PERSAS
Talla
Bagdad
Ispaham
Shiraz
Ormuz
GOLFO INDICO
Surate
Diu
Bombay
GOLFO PÉRSICO
INDIA
Goa
ARABIA
MAR DE LAS INDIAS
Verápoly
Quilón

Biblioteca Carmelitano-Teresiana de Misiones

TOMO IV

En Ormuz y en el Mogol

(1608-1624)

Su fundación. — Sus embajadas. — Su apostolado.

POR EL P. FR. FLORENCIO DEL NIÑO JESÚS
Carmelita Descalzo
Archivero General de la Orden.



LA OBRA MÁXIMA
EDITORA PAMPLONA.

BENGARAY, IMPRESOR
MAYOR, 86, PAMPLONA.

1930

Licencia de la Orden

Cum opus cui titulus «Biblioteca Carmelitano-Teresiana de Misiones, tomo IV, EN ORMUZ Y EN EL MOGOL», a R. P. Florentio a Puero Jesu, Ordinis nostri sacerdote professo, compositum, deputati censores examinaverint praeloque dignum probaverint, concedimus licentiam ut typis edatur, servatis de jure servandis. Datum Romae, die 27 januarii 1930. — *Fr. Gulielmus a S. Alberto, Praep. Gen.* — *Fr. Julius a S. Teresia, Secret.*

Licencia del Ordinario

NIHIL OBSTAT.
Dr. Blasius Goñi, Censor.

Pampilonae, 22 februarii 1930.
IMPRIMATUR.
✝ *THOMAS, Episcopus Pampilonensis.*

Illmi. ac Revmi. Dni. mei Episcopi mandato
DR. ALOISIUS GOÑI
Magister-Scholae, Srius.



AL LECTOR

En este libro voy a presentarte, lector benévolo, cuatro Misioneros teresianos que se destacan sobre los demás con fisonomía muy varonil y muy simpática, los cuales, para decirlo con frase del día, son cuatro figuras de gran relieve en la Reforma de Santa Teresa.

Vas a ver al P. Vicente de San Francisco, hijo de la ciudad de Valencia, siempre de viaje, siempre con proyectos misionales, con el bordón de peregrino en la mano, dispuesto para marchar de una en otra ciudad, como quien no tuvo nunca « civitatem permanentem », al decir de un historiógrafo.

A su lado verás peregrinando al Misionero-poeta, Fr. Leandro de la Anunciación, hijo de Burgos, la antigua « Caput Castellae », quien, en compañía del anterior, echó los fundamentos a la Misión carmelitana en la isla de Ormuz, la acrecentó y la abrillantó, cantando luego su historia en décimas sonoras.

Verás también aquí, si te dignas leer este libro desde el principio hasta el fin, una embajada histórica, en que fué actor principal un aragonés nacido en Daroca, canónigo de su célebre colegiata y después carmelita y Misionero con el nombre de Fr. Redento de la Cruz.

Finalmente, brilla también con luz propia, en los últimos capítulos de este libro, un ínclito Misionero que nació en Ecija, « la sartén de Andalucía », como por allá la distinguen, Misionero de temple de hierro, como *Hierro* fué su apellido en el siglo; porque en el Carmelo se llamó Fr. Luis Francisco de la Madre de Dios, fundador de la primera Misión carmelitana en el Gran Mogol, que fué la tercera Misión de las sujetas a la Congregación de la Propaganda Fide entre las nuestras.

Estos cuatro Misioneros pertenecen de lleno a nues-

tro siglo de oro, y hablan y escriben tan galanamente como entonces se hablaba y se escribía nuestra lengua. Por eso, les he de hacer hablar a ellos siempre que conviniere, retirándome yo a un lado.

Todos ellos fueron a las Misiones de Oriente con el anhelo de ensánchar el reino de Cristo, de llevar la paz y la buena nueva a la multitud de razas y de castas que pululan en aquellas tierras.

Mas, como en aquellas tierras abundaban los musulmanes y otros adictos a diversas religiones positivas, difíciles de atraer al cristianismo, de ahí que estos pobres Misioneros, después de indecibles trabajos y fatigas, no tuvieran el consuelo de convertir tan ingentes muchedumbres como, por ejemplo, el venerable Francisco el « Indigno » y sus compañeros en el Congo.

Estos Misioneros de Oriente desempeñaron también difíciles embajadas en bien de la cristiandad y para honor de la Iglesia católica. De ahí que hayan sido tildados, por algunos historiadores, de « mezclarse en cosas ajenas a su profesión », siendo así que eran casi siempre embajadas pontificias las que desempeñaron y siempre con la bendición de la obediencia.

Estos Misioneros han estado « inéditos », por decirlo así, mudos o silenciosos. Ahora los traemos nosotros ante el tribunal de la historia. Ellos dirán lo que hicieron y por qué lo hicieron. Ellos hablarán por medio de sus CARTAS y RELACIONES, hasta ahora inéditas; y tú juzgarás serenamente, después de oír sus alegatos.

Quiero adelantarte la noticia de que estos Misioneros condenaron el *nacionalismo* en las Misiones como una plaga, como « una peste ». El Pontífice actual lo ha condenado, hace poco, como « un verdadero azote para las Misiones ».

Ellos, hace tres siglos corridos, escribieron lo que escribieron. Ahora vas a ver tú, lector discreto, lo que les pasó, lo que hicieron y lo que han escrito.

EL AUTOR.



CAPITULO I

PRIMERAS IMPRESIONES

Nombre de Ormuz, posición y naturaleza de la isla. — La ciudad y sus partes. — Llegada del P. Vicente, su intento de fundación. — Le ayudan los portugueses. — Un documento. — Dificultades. — A Roma.

Ormuz es el nombre del principio del bien o del *dios bueno* de la primitiva religión del Irán, de donde esta isla tomó el nombre, por dedicación de los primitivos iranios, con cuyas doctrinas tuvieron muchos puntos de contacto después los maniqueos.

Veamos lo que era esta isla cuando abordaron a ella los Misioneros teresianos. La descripción hecha por don García de Silva y Figueroa es muy viva y pintoresca. Tiene para nosotros la ventaja de haberla visitado el embajador de España, cuando estaba recién fundada nuestra Misión. De la relación de don García entresacamos lo más importante e instructivo. No la copiamos a la letra ni con sus palabras, si no cuando vayan entre comillas, por ser su relación muy larga y minuciosa (1).

La isla de Ormuz está en el golfo Pérsico, unas doce leguas adentro de la boca de su estrecho. Los árabes la llaman Gerún. Su mayor longitud corre de Sudeste a Noroeste. Su forma es triangular. Su lado mayor se extiende desde la ermita de Nuestra Señora de la Esperanza hasta la punta en que está situada la fortaleza, que es la parte más cercana a la tierra firme, de la cual dista, poco o más o menos, una legua. El segundo lado corre desde la dicha ermita, por el Sur y Sudoeste, hasta la punta de Carú; y desde aquí va por el Sudoeste y Oeste, el menor lado, a cerrar la base del triángulo en la mencionada fortaleza de Ormuz.

La costa de esta isla no tiene la aspereza de las costas de la Arabia; pero en el interior ostenta altas sierras de color rojo y blanco, mucho más blanco que rojo, por ser, en gran parte, montes de sal muy fina. Por las vertientes que miran al Este y al Sur, bajan de las sierras algunos pequeños

---

(1) COMENTARIOS, tomo I, págs. 250-69.

arroyuelos de agua muy clara, « aunque toda ella es de sal ». En el verano, al secarse los arroyuelos, queda su corriente seca y cuajada, y marcada con la marca de la sal. Esta es la razón de ser tan pobre y tan estéril, « sin tener más que, a trechos, algunos pocos árboles ». Apenas hay en la isleta árboles fructíferos, « fuera de alguna palma y una frutilla que producen unas matas de espinos ». Pero los que hay, son verdes y frondosos, y sirven para dar un poco de sombra, que buena falta hace en aquel clima de calores tropicales.

En la cumbre más alta de aquellas sierras se levantaba entonces una ermita, dedicada a Nuestra Señora de la Peña. Aquí don García hace notar que, siendo aquella montaña en su mayor parte de sal, evidentemente se conocía que la ermita se iba levantando más y más, con los años, a medida « que se iba levantando y creciendo más la cumbre de la sierra ». «Y esto es cosa muy verosímil, añade, siendo tanta parte de ella de sal de piedra, azufre y salitre ».

Bajando de la ermita de la Esperanza a la ciudad, hacia la mitad del camino, hay otra ermita, dedicada a Santa Lucía, y alrededor de ella se ven algunas casas de vecinos, construídas expresamente allí para pasar el verano las familias más acomodadas; aunque la mayor parte de estas casas « eran de cañas, ramos y hojas de palmas ».

Desde la ermita de Santa Lucía, entre la ciudad y la sierra, había una llanura llena de cisternas, bien cubiertas, abovedadas y cerradas todas con su llave, que cada hijo de vecino se llevaba consigo, por ser allí el agua poco menos que un tesoro. En general, siendo el terreno salitroso, el agua que había, era muy salada, y lo mismo sucedía con la que se recogía en los pozos; pero cuando se asentaba en estas cisternas, era mucho mejor, aunque no tan buena como la que se traía de la isla de Queixome. Lo restante de aquella dicha llanura « estaba ocupado con sepulturas de moros, gentiles y judíos, sin distinción de sitios, mezcladas las unas y las otras indiferentemente, siendo muchas dellas labradas en forma de capillas, descubiertas por todas cuatro partes, como los humilladeros entre cristianos ». Esta llanura es llamada por los del país Ardamira, que en lengua persiana quiere decir « campo de buena vista ». Era lugar de juegos y de carreras de caballos. Llegaba hasta muy cerca del mar por la parte del Oeste.

Detrás de la sierra había un lugar que llamaban de Turumbaque. Allí se levantaba la casa de campo de los Reyes de Ormuz, « con algunos pocos arbolillos y hasta cincuenta palmas, con dos pozos hondos y anchos, cuya agua es la menos mala y salobre de los demás pozos de la isla. »

Turumbaque era el lugar de veraneo de los ricos del país. Allí tenían sus casas de campo, hechas de palma; y

también solían acomodar sus habitaciones en lonas tendidas por las ramas de los árboles, a guisa de tiendas.

En el sitio que llamaban Carú, también había casas de moros; y en aquella parte, muy cerca del mar, tenían su convento e iglesia los Padres agustinos, bajo el título y patrocinio de Nuestra Señora de Gracia.

En esa barriada levantábase la fortaleza, que era la defensa de la ciudad. Cuando Alfonso de Albuquerque la fundó, no tenía más que dos torres pequeñas, en una de las cuales, «en lo grueso de una pared», pusieron más tarde «una figura de este famoso capitán armado». Poco a poco, los capitanes, que se sucedieron en el mando de la plaza, fueron agrandando la fortaleza, hasta dejar encerradas en su recinto las torres de Albuquerque con toda la defensa primera.

La ciudad, propiamente dicha, comienza desde esta fortaleza, «en cuyo testero y perspectiva, hay algunas casas bien labradas y con mucho ventanaje, de algunos vecinos ricos, con la iglesia y casa de la Misericordia. Esta iglesia ocupaba el lugar de la antigua mezquita, de la cual quedaba entonces en pie «un altísimo alcorán o torre muy labrada por fuera, que, desde muy lejos y primero que otro ningún edificio de la ciudad, da de sí una muy hermosa vista».

En la parte izquierda de esta perspectiva de edificios, según se baja de la fortaleza, pegados con la marina, están los almacenes y casa de alhóndiga del Rey, comenzando de aquí la parte de la ciudad que cae sobre el mar, en donde, retirándose la costa muy adentro de tierra, hace una grande ensenada, «batiendo con marea llena el mar en las casas, y con la menguante quedando el agua tan baja, que se puede entrar por ella más de ciento cincuenta pasos sin llegar a la rodilla, y otro tanto espacio ocupa la playa descubierta».

Lo poblado por esta parte, dice don García, «es de la mejor fábrica de casas de toda la ciudad, la cual llega hasta *el convento de Nuestra Señora del Carmen*» y desde aquí hasta el camino de Santa Lucía, por donde se sale a la Ardemira y campo de las cisternas, de que se habló arriba.

Ya conocemos, en sus características principales, la isla de Ormuz, la ciudad, la ciudadela y la situación del convento de nuestros Misioneros. Vamos a ver ahora cómo y cuánto costó el fundar esta casa de Misión a los carmelitas, y las miras que tuvieron para erigir aquella residencia en Ormuz.

Ya dijimos en el libro anterior algo de lo mucho que tuvieron que sufrir nuestros Misioneros en Ispahán, desde el principio, por parte del Rey de Persia, «porque era un Rey

que gobernaba según sus caprichos, más que según la razón ». Así lo decían los Padres Juan Tadeo y Vicente de San Francisco en un MEMORIAL que enviaron a Roma, al poco tiempo de haber llegado a Ispahán (1).

El P. Juan Tadeo, como superior de la Misión, proveyó al P. Vicente de los documentos necesarios, y el buen Misionero, después de pedir la licencia al Rey, que la dió no muy a su placer, se puso en camino de Ormuz.

En Ormuz no fueron flores lo que encontró en su camino el P. Vicente, el valenciano; antes bien, encontró no pocas espinas a su paso. Desde luego, no le produjo la isla aquella impresión agradable que él esperaba. En sus cartas nos la describe de esta manera: « Hállase la isla de Ormuz en el golfo de Omar, entre la Arabia y la Persia. Es una isla triangular que no pasa de diez y seis millas de circuito. Sus montañas están despojadas de toda verdura. Son de color triste y negruzco, ingrato a los ojos que la miran. Sus llanuras son estériles igualmente, por ser sus terrenos salitrosos e infecundos, llenos de abrojos y de espinas. De esto sí que es feraz aquella isla. De aquí que sea pobrísima su fauna. Apenas hay allí animales terrestres ni volátiles, por falta de alimento. Y en cuanto al agua potable, es más pobre todavía; pues tienen que traerla de fuera las naves para los habitantes de la isla, compuesta de unas tres mil familias repartidas de esta suerte: quinientas familias portuguesas, trecientas de indios bautizados, doscientas de judíos, ochocientas de paganos y mil doscientas de mahometanos. Había tres iglesias católicas: la mayor, oficiada por sacerdotes seculares con un Vicario Foráneo dependiente de Goa, una iglesia parroquial y la de los Padres agustinos portugueses. Había, además, dos ermitas y un hospital, confiado, en lo espiritual, a los dichos Padres agustinos.

» El clima, si bien la isla está fuera de la zona tórrida, es muy caluroso, especialmente durante cinco meses del año, de junio a octubre, por caer a plomo los ardientes rayos del sol sobre un suelo salitroso y sulfúreo. Por lo demás, es sano, pues con los sudores salen los malos humores del cuerpo; y los vapores de las sales diluídas, que se levantan durante el día con el calor del sol, impregnando la atmósfera, se condensan y se enfrían durante la noche, y caen luego como benéfica granizada por la mañana, cuyos granizos son de un sabor agradable, que los naturales los llaman *el maná*. »

---

(1) Intitúlase « RELACIÓN breve de las cosas pertenecientes al Rey de Persia y sus costumbres ». Está escrita en castellano y va firmada por ambos Padres. Está fechada en Haspahán a 30 de enero de 1609. Se conserva en el Archivo de la Orden, en Roma. Véase el tomo III de esta BIBLIOTECA, cap. VIII.

Lo que a esta isla da vida y movimiento y riqueza, son sus espléndidos puertos naturales, bien protegidos y resguardados de los vientos huracanados, especialmente el de la ciudad de Ormuz, que ha dado el nombre moderno a la isla. Antiguamente la llamaban « Isla de Gerún ». Allí concurren las naves cargadas de riquezas de las Indias, de Arabia, de Persia y de Siria; y en el tiempo de nuestra historia era tal el tráfico y el emporio comercial de la isla, que se tenía como proverbio aquella frase: « Si el mundo fuese un anillo, la isla de Ormuz sería su piedra preciosa » (1).

Estaba entonces la isla en poder de los portugueses, como hemos dicho, por derecho de conquista, desde 1514, en que Alfonso de Albuquerque izó sobre aquellas torrecillas el pabellón de las Quinas. Ormuz tenia entonces 40.000 habitantes.

Cuando llegó allí nuestro Misionero valenciano, en 1609, gobernaba la plaza, por el Rey Católico, el clarisimo soldado y caballero don Enrique de Noroña, no menos cristiano que valiente. Así, pues, lo primero que hizo aquel explorador evangélico, fué presentarse al Gobernador de la plaza, el cual le recibió con visibles muestras de afecto y cortesía, por serle muy conocido el hábito carmelitano. Hablóle el Padre de sus proyectos, de su Misión en Persia, de las genialidades de aquel Rey, de cómo venía él a Ormuz en busca de un refugio seguro para conservar la Reforma carmelitana en aquellas partes, en caso de una persecución en Persia. Para ello creia que no lo había tan cercano ni tan seguro como aquella plaza de Ormuz. El Gobernador le dijo que, por su parte, no tenía ninguna dificultad en ello; antes al contrario, había de favorecerle en cuanto pudiese; pero, era menester que alcanzase el permiso del Arzobispo de Goa o de su representante en la isla, de quien ésta dependía en lo eclesiástico. Más aún: en su buen deseo de favorecerle y de allanarle de antemano todas las dificultades, quiso don Enrique de Noroña darle un documento en que él mismo solicitaba la fundación de un convento de carmelitas descalzos en la isla, y ese documento, además de su firma, habia de llevar la de los caballeros portugueses más calificados. La redacción de ese documento la hicieron los Provisores de la Hermandad de Santa María de la Misericordia, erigida en la iglesia del Castillo. Dicha Hermandad se dedicaba, principalmente, a dotar jovencitas pobres, a cuidar de asilos y hospitales para enfermos y niños pobres, ayudar a bien morir a los sentenciados a muerte, darles sepultura eclesiástica y ofrecerles sufragios. Era una Hermandad de mucho presti-

(1) El *P. Eusebio de Todos los Santos*, en su HISTORIA inédita, cuaderno señalado con la letra *M*.

gio y muy influyente en las colonias portuguesas, por sus obras benéficas y cristianas. A ella pertenecían los mejores y más nobles hijos de Portugal, de aquende y de allende los mares. Esta Hermandad se constituyó en seguida en protectora de los carmelitas.

El importante documento que extendieron a su favor, dice, entre otras cosas (1): « Nosotros, los Provisores y Hermanos de la iglesia de Santa María de la Misericordia de esta ciudad de Ormuz, juntamente con otras personas insignes que se unirán a nosotros, suplicamos al P. Fr. Vicente de San Francisco, de la Orden de carmelitas descalzos, que condescienda benignamente a nuestra instancia que es ésta: Habiendo sabido con entera certeza que V. R. tiene plena facultad, en virtud de breves pontificios, para fundar conventos de su Orden en estas partes, y profesando nosotros una suma devoción hacia su santa Orden, estamos animados de ardentísimos deseos de tener uno en esta ciudad. Por lo cual, con la más viva instancia, rogamos a V. R. se digne acceder a nuestras peticiones, fundando cuanto antes el dicho convento..... »

Sigue luego una exposición de razones, sobre las cuales apoyan su petición los Provisores de la Hermandad, como son, entre otras: la conversión de los infieles que allí los había de diversas religiones y sectas, la dirección y consejo que podían dar los carmelitas a los cristianos que allí vivían, los consuelos a las almas atribuladas, etc.

Escribió esta solicitud, « en pleno capítulo », Andrés Viera, Canciller de la dicha Hermandad de Ormuz, a 13 de marzo de 1609, y lo firmaban: Enrique de Noroña, Capitán y Gobernador de la Plaza; Andrés Viera, Canciller; Ignacio Borgez, Jerónimo Fernández, Domingo de Fonseca, Sebastián Pereira, Silvestre Gez, Nicolás Díaz, Bartolomé de Miranda, Alvaro de Costa, Alfonso de Cardoso, etc., etc.

A pesar de esto, hubo las dificultades que se temía el Gobernador, por parte de don Manuel Correa de Sousa, Vicario Foráneo de Ormuz, el cual sostuvo un pequeño litigio con el P. Vicente sobre algunos puntos de jurisdicción. Las cosas se pusieron de modo, que nuestro Misionero valenciano juzgó necesario llevar la cuestión a Roma, y se decidió a ir él personalmente a tratar el negocio, para ahorrar tiempo y dinero, por mucho que le costase aquel viaje redondo. Y aunque el litigio y las dificultades las movió, como hemos dicho, el Vicario Foráneo, el P. Vicente quedó en muy buena amistad y paz con él, merced al exquisito tacto y delicade-

(1) El original en el Archivo de la Orden. Lo copian el *P. Blas*, en su NARRAZIONI SAGRE, Ms., pág. 499, y el *P. Eusebio*, en su HISTORIA DELLE MISSIONI, loc. cit.

za del Misionero carmelita, cualidades en que se mostraba siempre muy sobresaliente. Tan es así, que a petición de dicho Padre, el Vicario le extendió el siguiente atestado (1):

« Yo, Manuel Correa de Sousa, Vicario Foráneo de Ormuz por el Iltmo. Señor Don Fray Alejo de Menezes, Arzobispo de Goa, Primado de las Indias, testifico de haber venido a este Castillo el P. Fr. Vicente de San Francisco, de la Orden de carmelitas descalzos, el cual es uno de los Padres enviados por Su Santidad en Persia, y que aquí vivió por algún tiempo con muy buen ejemplo de edificación de estos moradores, mostrándose celoso en el servicio de Dios, cumpliendo muy bien con las obligaciones de su hábito y profesión; y a petición suya, le he extendido el presente atestado. En Ormuz, a 29 de abril de 1609. El Padre Vicario: Manuel Correa de Sousa. »

Además del atestado del Vicario y de la solicitud de la Hermandad de la Misericordia, llevóse consigo el P. Vicente una carta laudatoria de don Enrique de Noroña y otra del Almirante don Francisco de Govea, en las cuales se decía que habían ellos despachado ya un correo expreso a Goa para negociar la fundación con el Arzobispo Menezes.

En los primeros de junio salió el P. Vicente de Ormuz, siendo despedido por sus buenos amigos, deseando todos que volviera cuanto antes para llevar a cabo la fundación. El 28 del mismo mes llegó a Ispahán, en donde encontró ya tres Padres y dos novicios, uno de los cuales había sido enviado allí por el mismo P. Vicente desde Ormuz, como dijimos en el tomo anterior (2).

Inmediatamente que llegó, el P. Vicente dió cuenta a los Padres Juan Tadeo, Redento y Benigno, los dos últimos llegados recientemente, de sus gestiones en Ormuz, de sus proyectos y de su viaje a Roma. Todos aprobaron el plan de nuestro Misionero valenciano, y éste continuó su camino, no sin antes haberse despedido del Shah: cosa muy importante en aquella ocasión, por si el Rey quería darle cartas para el Papa.

No era tan fácil ver entonces al Shah, como pensaba el P. Vicente. Estaba Su Majestad muy ocupado movilizando sus tropas para otra campaña contra el Turco. Así y todo, después de andarle buscando de un lado para otro, le pudo ver y hablar en dos audiencias largas. Por cierto que, en una de ellas, quiso el Shah que « los Padres del Papa », como él llamaba a nuestros Misioneros, cabalgasen a su lado en plena plaza, como un honor que con ello quería hacer a Su Santidad.

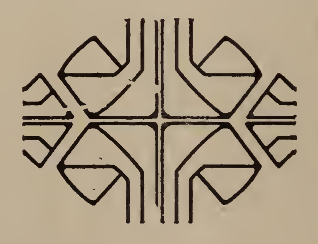
---

(1) El original en el mencionado Archivo de la Orden.
(2) Cfr. capítulo VIII.

Finalmente, después de haberle seguido hasta sus campamentos, lejos de la ciudad, pudo conseguir el P. Vicente que le diera cartas para el Pontífice y para el Rey de España, como respuesta de las que le habían traído al Shah los Padres Redento y Benigno. En estas nuevas cartas, atiborradas de títulos y sobretítulos hiperbólicos, como otras muestras que hemos visto, no hacía más que insistir el Shah en sus variaciones sobre el mismo tema: la liga cristiana contra el Turco.

Tomó las cartas el P. Vicente, despidióse del Rey de Persia y se puso en camino de Ispahán, a donde estuvo de vuelta el 3 de agosto de aquel mismo año 1609. Supo allí que había una caravana preparándose para salir con dirección a Alepo, lo cual era para él una solución rápida y segura en su viaje a Roma; pero, siendo tan conocido en Persia como embajador del Papa, temía el prudente Padre que fuese en aquella caravana algún espía de los turcos, como solía acontecer, y le delatase a las autoridades otomanas, las cuales, si le llegaban a coger las cartas que llevaba, habían de dar con él en una mazmorra, si no le clavaban en la punta de un palo. Por lo que pensó serle mejor disfrazarse de seglar con hábitos orientales, y marchar por delante de la misma caravana, con el fin de tener guardadas las espaldas, como quien dice, en caso de peligro.

Así salió esta vez de Ispahán aquel valiente Misionero el día 10 de agosto, fiesta de San Lorenzo mártir, de 1609.



CAPITULO II

En Roma y a Trípoli

El P. Vicente informa al Papa.—Paulo V le encarga volver a la Misión. —Su compañero el poeta P. Leandro.—Disfrazados de franciscanos. —Pormenores de viaje, peligro de muerte.—Arribo a Trípoli.

Nos hemos propuesto dar en esta historia las relaciones de los viajes de nuestros Misioneros, por lo interesantes que son todas, y con el fin de amenizar con ellas la narración verídica de estas Misiones carmelitanas.

Pero el P. Vicente no escribió relación alguna de este viaje, que sepamos; y si la escribió, no ha llegado hasta nosotros. No llegó tampoco a conocimiento de nuestros primitivos cronistas, que dejaron sus historias manuscritas. Sólo sabemos, por un documento de nuestro Archivo general, que tuvo una entrevista con el Patriarca maronita del Monte Líbano, el cual le dió una carta para Su Santidad, en que decía y manifestaba su firmísima adhesión a la Cátedra de San Pedro, tan proverbial en los maronitas del Líbano.

Tampoco sabemos la fecha fija de la llegada del P. Vicente a Roma. Por conjeturas, vienen a decir los citados cronistas que llegó a fines del 1609 o principios del 1610. De lo que sí dan cuenta minuciosa, es de la audiencia que dispensó el Pontífice a nuestro Misionero. El P. Vicente entregó a Su Santidad las cartas del Shah. En pocas palabras, con las más precisas, dió cuenta al Papa de la situación de los Misioneros en Persia, del carácter del Shah, de lo que pedía a los cristianos, de su comportamiento con ellos. Afirmó serenamente que podía darse por seguro que aquel Rey no tenía religión alguna fija, ni cumplía con la musulmana, ni había que esperar el que se hiciese cristiano sin un milagro del cielo; que lo que él decía y ofrecía en sus cartas, era todo simulación y fingimiento; que si deseaba tanto la liga cristiana contra el Turco, era porque, tarde o temprano, temía crueles represalias de éste, y no porque hubiese de cumplir lo que ofrecía a los cristianos. Cierto, que de esa liga cristiana, bien hecha y a tiempo, se podían esperar grandes cosas para nuestra santa fe y religión, y eso Su

Santidad vería y diría cómo y cuándo y en qué forma había de hacerse. Pero, siguiendo la política del Shah, lo que por entonces convenía a todos era continuar por el camino de los ofrecimientos y esperanzas; porque, de lo contrario, si llegase el Shah a convencerse de que los cristianos le cerraban la puerta a toda esperanza, sobre todo Su Santidad, era muy capaz de pasar a cuchillo a cuantos cristianos tenía en sus dominios, y de reducir a cenizas las iglesias cristianas que quedaban en pie todavía: cosa, que ahora le atemorizaba, por tener en mucho la amistad con el Papa.

En cuanto a conversiones, tampoco había que esperar que se hiciesen muchas en Persia; porque, siendo los persas musulmanes en su mayoría, no se hacían cristianos ni aun los inclinados a las cosas de nuestra religión, pues temían morir a manos de los mismos miembros de su familia, según lo manda el Corán.

Entre los armenios, sí, podía hacerse mucho y esperarse bastante para atraerlos a la unión con Roma. En eso era, cabalmente, en lo que habían empezado a trabajar con más ahinco los carmelitas de Ispahán con los armenios de Nueva Chulfa.

También había en Persia cismáticos de otros ritos, como eran los sirianos y los jacobitas, y había asimismo renegados y protestantes. Entre éstos ya se habían hecho algunas ruidosas conversiones y podían esperarse otras muchas.

Para asegurar aquella Misión y poder lograr Misioneros indígenas, deseaban los carmelitas fundar casa en Ormuz, tierra de portugueses, y con eso se obtendrían muchas ventajas, ya para la formación de los naturales que allí tomasen el hábito, ya para refugio de Misioneros en caso de peligro en Persia.

En fin, concluyó el P. Vicente, la mies era abundante, el campo ingrato y lleno de cizaña, los obreros pocos y en malas condiciones; por eso había él venido, a fin de llevar más obreros y asegurar mejor aquellas mieses.

Este fué, en resumen, el informe de nuestro Misionero a Paulo V. El Papa quedó muy complacido y bien informado, en lo espiritual y en lo político; y le dijo que pensaría sobre ello, y vería lo que podía hacerse.

Un informe más amplio dió el P. Vicente al Definitorio General de la Orden, sobre todo en lo tocante a las vocaciones y a la fundación de Ormuz. Esta quedó aprobada por unanimidad, y lo mismo la mayor parte de los proyectos que traía el Misionero. Lo que no resultaba tan fácil, era el enviar en seguida muchos Misioneros. Se estaba formando la Congregación, y habían de enviarse poco a poco los que tuviesen verdadero espíritu de Misiones.

A los pocos días, llamó el Papa al P. Vicente. Tuvo con

él una nueva conferencia sobre las cosas de Ormuz y de Persia. Le manifestó el deseo de que volviese, a realizar los planes que le había expuesto, y le dió cartas para el Rey de Persia y para el Arzobispo de Goa, con el fin de que su Ilustrísima le ayudase en su empresa. Estas dos cartas se han publicado en el BULARIO CARMELITANO (1). Paulo V miraba con especial predilección las Misiones. Bien se ve por las cartas que le dió al P. Vicente.

Al entregar el Papa estas cartas al Misionero, díjole que era su deseo el que partiese cuanto antes con buenos compañeros, y que se lo participase así al superior de la Orden. Bendíjole con grandes muestras de afecto paternal, y le deseó toda suerte de bendiciones y gracias del cielo.

El P. Vicente rebosaba de gozo. Sus gestiones habían sido más rápidas y provechosas de lo que él se había prometido. El Pontífice y los superiores de su Orden quedaban debidamente informados de las necesidades de aquellas Misiones de Persia. El Vicario General de la Orden, que lo era entonces el P. Ferdinando de Santa María, uno de los primeros carmelitas de la Descalcez, dió por compañero al P. Vicente aquel Misionero-poeta de que hicimos mención en el tomo anterior (2), al P. Leandro de la Anunciación, de quien se hablará mucho en esta historia de aquí en adelante; porque, habiéndonos dejado muchas cartas, relaciones y escritos sobre las Misiones, de todo ello echaremos mano a cada paso. Y, además, porque él fué el verdadero fundador de la Misión de Ormuz.

Véase, en breve, quién era este P. Leandro. En el siglo se llamó Luis Melgosa. Nació en Burgos, de padres nobles. Su padre desempeñó cargos importantes en los reinados de Felipe II y Felipe III. Por causas desconocidas aún para nosotros, a los veinte años abandonó la casa paterna, o más bien huyó, y siguió la carrera de las armas en Francia e Italia, llegando a ser capitán de los tercios españoles. Así lo canta él en esta décima de sabor clásico de su época (3):

« Un noble zagal, nacido
de Esperia en el corazón,
donde con grande aflicción
busca Europa a su querido,
de sus padres despedido,
corrió la Galia y el Lazio,

---

(1) Pars tertia, Romae 1768, págs. 418-19.
(2) Capitulo IX, pág. 80.
(3) BREVE RELACIÓN, en décimas, de su vida: es el « PASSATIEMPO *de un carmelita descalzo en un largo y trabajoso viaje que hizo de la India a la corte del Rey de Persia hasta tornar a Goa* (1625) ».

y allí militó despacio,
domando sus miembros tiernos,
en tres veranos e inviernos
que se ausentó de palacio.»

A los 23 años de edad, abandonó la carrera de las armas y abrazó la profesión religiosa en el convento de carmelitas descalzos de La Escala, en Roma, profesando a 25 de marzo de 1605: de ahí su apellido *de la Anunciación,* festividad de aquel día.

Desde sus primeros años en la Religión, se sintió con vocación de Misionero; por eso figura su nombre entre los escogidos por el P. Tomás de Jesús para erigir la Congregación de San Pablo, o sea de Misioneros carmelitas, en 1608, como consta en la bula pontificia dada con ese motivo.

Cuando fué destinado a las Misiones, se hallaba en el convento de Loano, en la Liguria, terminando sus estudios. Allí le encontró la carta del General, destinándole a las Misiones orientales. En este punto empieza á escribir su RELACIÓN, y a ella nos vamos a atener para referir lo que sucedió en adelante (3).

El Vicario General ordenaba al P. Leandro « que se partiese para Florencia cuanto antes, y esperase allí a los otros ». Estos eran el P. Vicente y un Hermano lego, llamado Fray Juan María de San Clemente. El P. Leandro se puso inmediatamente en camino, y llegó a Florencia el 26 de junio de aquel año 1610. Se fué a hospedar en el convento de Santa María la Mayor, perteneciente a los carmelitas de la Congregación de Mantua. Así se lo había ordenado el Vicario General. El 10 de julio llegaron sus compañeros. Los tres estuvieron muy agasajados allí cinco días.

El 16 de julio, festividad de la Virgen del Carmen, dijeron la misa muy temprano los dos Padres, y comulgó el Hermano, « en la devotísima Capilla de la Anunciación ». De allí se fueron a casa de los señores Horacio y Pedro Tempi, que eran « Hermanos del P. Fr. Benedicto del Sacramento », religioso nuestro. Allí, despojándose del hábito carmelitano, se vistieron el de San Francisco, como lo visten los Padres observantes. Hiciéronlo así, « porque les pareció conveniente mudar el hábito en este lugar » ; y mudáronlo, porque ya sabemos lo conocidos que eran los carmelitas en Persia como embajadores del Papa; y teniendo que pasar la frontera tur-

(3) Tenemos que traducirla, y lo haremos fielmente, porque está escrita esta RELACIÓN en lengua italiana. Su autógrafo se conserva en el Archivo general de la Orden. Consta de seis folios escritos con letra muy clara y hermosa. Nuestros historiadores de Misiones no hicieron uso de esta Relación; por eso, también, la preferimos nosotros en este lugar.

ca con cartas y documentos muy comprometedores, si se los cogían los turcos, se les aconsejó valerse del glorioso hábito de San Francisco, que no infundía tantos recelos en aquellos países orientales. Ya hemos visto otras veces a nuestros Misioneros disfrazados de estas y de otras maneras. Todos estos sacrificios tenían que ofrecer al Señor aquellos varones apostólicos, por buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

El mismo día 16, dicha la misa y cambiados los hábitos, se pusieron en marcha. En dos días llegaron a Bolonia. Fuéronse en seguida a visitar al Cardenal Legado del Papa, o mejor, su Lugarteniente en Bolonia; pues sabido es que esta famosa ciudad era una de las más importantes de los Estados pontificios. Pidieron al Cardenal que les permitiese decir la misa al día siguiente, que era domingo, en una iglesia en donde no tuviesen necesidad de darse a conocer. Su Ilustrísima (que no existía aún el título de *Eminencia* para los Cardenales), dispuso que fuesen a decir la misa y a hospedarse en el convento de los Padres ministros de los enfermos, o sean *los camilos*. Allí fueron recibidos con toda cordialidad por el Padre Prepósito y por todos los religiosos, los cuales, observantísimos de los consejos evangélicos, «lavaron los pies con mucha caridad» a nuestros Misioneros.

El 18, después de haber dicho la misa, salieron para Ferrara. No se detuvieron allí aquella noche, con el fin de llegar a Francolino a la hora de embarcarse, en el Pó, «en el correo de Francia». Pero este correo no llegó aquel día a su debido tiempo, y, temerosos de que se partiesen las naves de Venecia para oriente, fletaron una barca entre ellos y otros seis pasajeros que se encontraron en las mismas circunstancias. Así, pues, «el martes a las 22 horas», salieron con rumbo a la Perla del Adriático.

El 21, «vigilia de Santa María Magdalena», llegaron felizmente a Venecia. Aquella misma tarde, por dos veces, fueron a ver al Señor Nuncio, y no pudieron hablarle. Dirigiéndose luego al convento de capuchinos, y no pudiendo estar con el guadián, no quisieron descubrirse a los otros, al pedir hospedaje; por lo cual, tuvieron que ir a alojarse en una hostería.

El 22, «día de la Magdalena», volvieron a visitar al Señor Nuncio. Recibiólos entonces con paternal afecto, y procuró que les diesen hospedaje en los franciscanos conventuales, «no queriendo que fuesen a ninguno de los conventos de observantes, por razón de altísima prudencia». Así, no tenían que dar explicaciones a los que los veían vestidos con su propio hábito y no los conocían.

En los conventuales les dieron una hermosa pieza, «con

tres cámaras buenas con sus lechos respectivos y una cocinilla ». Allí se colocaron los tres muy a gusto, independientes, « arreglándose por su cuenta la comida »; y era un favor muy grande el que recibían con ello, porque así comían de vigilia, según sus leyes, y podían observar de todo en todo su santa Regla. Allí estuvieron hasta que se partieron de Venecia.

A pesar de haber fletado la barca con ánimo de tomar una nave para Oriente, cuando llegaron a Venecia, ya se habían hecho a la mar las que salían de allí con rumbo a los puertos de Siria. Así que, muy pocas esperanzas les dieron, cuando preguntaron, de poder seguir aquella vía para los puertos sirianos. Una sola nave que faltaba, no se sabía cuándo podría hacerse a la vela, ni a dónde había de dirigirse. Al hallarse así, escribieron al superior de Roma para que les ordenase lo que habían de hacer en aquel caso. El P. Ferdinando, después de informarse bien, les contestó diciendo que fuesen a Marsella, en donde encontrarían más pronto una nave para la Siria. Antes de que llegase esta respuesta, les escribió un billete « el clarísimo Zacarías Sagredo, hermano del cónsul veneciano en Siria » miembro del Senado veneciano, en que les decía que, « a petición y para utilidad de los mercaderes », el Senado había dispuesto que se cargase y se fletase cuanto antes una buena nave para Siria, la cual había de ser escoltada por tres grandes galeras o galeones hasta Trípoli, con el fin de protegerla contra los asaltos de los corsarios. Esto se lo participaba el señor Sagredo, para que no se tomasen la molestia de ir a Marsella, teniendo tan buena conyuntura de partir a su destino desde Venecia.

Con esta noticia, dejaron el proyecto de embarque por Marsella, pues la orden del General era en el supuesto de que no encontrasen nave en Venecia. Así es que desde luego empezaron a prepararse para el viaje, que no era cosa de poco momento para tan largas travesías, en los navíos de entonces, con los peligros que corrían en mares y costas. Lo que más les costó, fué cambiar el dinero. « Muchos fueron los pasos que dimos, dice el P. Leandro, para cambiar el dinero que dió el Definitorio al P. Vicente para los Padres de Ispahán. Este dinero era en reales españoles; porque en cualquiera otra moneda se perdía en el cambio ». ¡Lo que va de ayer a hoy! El Misionero escribía en 1610. Tomen nota los que se ocupan en las cuestiones de hacienda.

Como los cambistas venecianos « entretuviesen al P. Vicente con muchas palabras » para salir ellos gananciosos con el cambio, como es de suponer, el buen Padre tomó el partido de cambiar los reales españoles en moneda húngara; « y una vez cambiados, los cosieron en dos escapularios de ca-

ñamazo », poniendo en cada escapulario « hasta cuatrocientos escudos, que pudieron muy bien servirles de cilicios ».

Después de esto, fueron a ver al Iltmo. Foscarino, « que era uno de los dueños de la nave »; y, como les dijese que izaría las velas muy pronto, sin perder ellos tiempo, despidiénronse del Señor Nuncio y de sus amigos, y se dirigieron al puerto de Malamoco, « distante 5 a 6 millas de Venecia ».

El sábado, 28 de agosto, se embarcaron, y con ellos embarcaron dos pequeñas cajas de libros, « de los cuales, parte vinieron de Roma y parte los compraron en Venecia». Llevaron, además, otras dos cajas grandes: una con su ropa y unos pocos libros « para leer en el camino »; y la otra, con las provisiones de boca, que no habían de ser muchas ni de cosas exquisitas. Estuvieron a bordo en el puerto siete días, en los cuales « no hicieron los de la nave otra cosa que embarcar mercancías día y noche ».

No vuelve el P. Leandro a mencionar al Hermano donado en su RELACIÓN; por lo cual, creemos nosotros que se quedó en Italia, y que se embarcaron solamente los dos Padres. Ya dice el P. Leandro, al principio de su RELACIÓN, que ese Hermanito « no había profesado aún, cuando le destinaron a Persia », y por eso, tal vez, estuvieron esperando para embarcarse. Siendo, pues, tan joven en la Orden, nada de extraño tiene el que se arrepintiese y no llegase a embarcar.

El sábado siguiente, 4 de septiembre, « al despuntar el día, la nave desplegó sus velas con bonísimo tiempo ». En los días siguientes no tuvieron tempestad alguna; antes bien, por causa de las calmas, navegaron poco. El 20, vigilia de San Mateo, « se enfureció tanto el viento y, por otra parte, se acercó tanto la nave a tierra al doblar un cabo, que estuvieron en grande peligro de ir a pique ». Seis días antes de llegar a Zantes, asaltaron al P. Leandro unas tercianas. La última fué muy ligera. La causa, según él, fué « el comer cosas saladas y beber el agua, que se había ya comenzado a corromper ».

El 21, fiesta de San Mateo, echaron anclas en la isla de Zantes, una de las primeras de la Grecia, en donde estuvieron 16 días, para desembarcar las mercancías que llevaban para aquella isla y con el fin de esperar a los galeones de la escolta, que tardaron en llegar. Los marinos venecianos no se atrevieron a partir sin los galeones, « por estar la nave llena de riquezas ».

Dió la casualidad que embarcasen en Venecia con los nuestros « nueve religiosos franciscanos, que iban a Jerusalén ». Estos hubieron de preguntar a los nuestros el nombre y la conventualidad que tenían y el destino que llevaban. El P. Vicente « les dijo que eran capuchinos ». Y no decía

mentira, porque llevaban buenas capuchas. Y añadió que iban en aquel hábito para poder pasar con más facilidad, por orden del Papa, a las Indias Orientales: « lo cual era verdad, dice el P. Leandro, porque íbamos a la fundación de Ormuz ». Estas respuestas se las daban a los simples religiosos. Los superiores frasciscanos no decían nada, porque les mostraron los nuestros « una patente muy amplia del Nuncio de Venecia ». Mas, llegado que hubieron a Zantes, dice el P. Leandro, « algunos de los franciscanos que habían oído decir que éramos capuchinos, se lo dijeron a los frailes del convento de Zantes, *et exiit sermo inter fratres,* que querían saber a todo trance si éramos capuchinos. El P. Vicente los aquietó mostrando a dos o tres de ellos una patente con título, la firma y sello del Cardenal Borghese, diciéndoles amistosamente que no quisieran saber más; y con esto se calmaron. »

El 4 de octubre, día de San Francisco, fueron nuestros Misioneros a celebrar la fiesta al dicho convento de Zantes con aquellos buenos religiosos, y a la vuelta les dieron dos pollos, que ellos « los hubiera cambiado de buena gana, según dicen, por dos pedazos de bacalao ».

Este mismo día 4 llegaron a Zantes los galeones de la escolta.

El 6, después de comer, se volvieron a embarcar, y ese mismo día a la media noche se hicieron a la vela con rumbo a Candia, que es como en estas relaciones se llama a la isla de Creta. Mas, como de repente les faltase el viento, al día siguiente entraron en el puerto de Suda, « que es uno de los mejores de Europa, el cual tiene un fortísimo castillo, fundado sobre una roca altísima que está en medio del puerto ». Allí se detuvieron dos días. Salieron al cabo de ellos a remolque, « es decir, que su nave tuvo necesidad de ser remolcada por los galeones ». Tardaron tres días en pasar de largo toda là isla.

El viernes, 15 de octubre por la tarde, se engolfaron ya hacia Chipre con viento muy próspero de tramontana. Este golfo, dice el P. Vicente, se llama golfo de Troya ».

El 19 llegaron a Baffo, uno de los primeros puertos de Chipre por aquella banda. Al ver los galeones los hombres de guerra de aquel puerto, se pusieron en armas y salió a la marina una buena compañía de a caballo; pero muy luego se tranquilizaron, porque el comandante mandó una fragata para decirles que eran venecianos. Al mediodía salieron de allí para las Salinas.

El 20, al caer del sol, echaron anclas en la ciudad llamada Le Saline, en donde se detuvieron por espacio de seis días, durante los cuales consignaron una parte de la carga a los mercaderes griegos, que allí eran muchos y casi todos

cismáticos. Estos tenían allí una iglesia muy antigua. También había otra iglesia para los latinos.

El 27 salieron con rumbo a Trípoli, gran puerto de la Siria. A las 20 horas de navegación descubrieron tierra, y todos, muy alegres, pensaron que era el puerto de su destino, creyendo ver el Monte Líbano, que está sobre Trípoli. Pero no fué así; porque el timonel de la galera capitana, no habiendo estado nunca en aquellas partes, puso el timón hacia Beirouth, « que está unas 60 millas más abajo en dirección a Jerusalén », dice el P. Leandro. El capitán, al verlo, no quiso que las galeras remolcasen la nave, y él empezó a dirigir personalmente la maniobra « mucho peor que los otros »; porque, teniendo viento fresco en popa, hizo amainar las velas toda la noche, lo cual fué causa de que al día siguiente, por haber cambiado el viento y no tener la ayuda de las galeras para remolcar la nave, no les fuese posible entrar en el puerto, por más maniobras de velas que hicieron, y se vieron precisados a dar fondo una milla distante del puerto, por lo menos. En cambio, las galeras maniobrando con más destreza, se adelantaron y entraron gallardamente en Beirouth, en donde hallaron refugio seguro contra la tempestad que se cernía sobre las aguas. En efecto, aquella misma noche se levantó tal borrasca, que temieron perder la vida los que iban en la nave. La tempestad duró dos días. Ni las galeras, que les sirvieron de escolta durante la travesía, ni los galeones y bajeles que se hallaban en el puerto, pudieron prestarles auxilio. Durante la segunda noche de tempestad se les rompió un áncora, y las cadenas de las otras estaban completamente inservibles.

Durante aquella espantosa tempestad, dice nuestro Misionero cronista, « el P. Vicente me mandó que tocase las olas con un relicario suyo, el cual, antes de llegar a la superficie de las aguas, se abrió por completo, y cayeron las reliquias al mar, excepto una del *Lignum Crucis*. Después de esto, añade, nos confesamos para morir, teniéndolo por cosa cierta, si en pocas horas no cesaba el viento del mar. Pero quiso Nuestro Señor que aquella noche cayese una copiosa nevada en el Monte Líbano, y a la mañana siguiente se levantase un viento fresquísimo, que poco a poco calmó la tormenta, y pudimos al día siguiente, domingo y 31 de octubre, entrar en Trípoli cantando el *Te Deum*. »

Y cierto, que había de ser un *Te Deum* fervorosamente cantado, como salido de las gargantas y corazones de los que, escapando a un seguro peligro de muerte, se vieron de pronto en puerto de salvación.

CAPITULO III

De Trípoli a Bagdad

Caravana de 300 camellos. — En Alepo; grandes fiestas de Navidad. — En diez barcas, por el río Eufrates, lleno de peligros. — Uno, dos, tres asaltos de árabes. — Tributos y gabelas. — Entran en Bagdad sobre mansos jumentillos.

Al echar pie a tierra, lo primero en que pensaron nuestros Misioneros, fué en celebrar el santo sacrificio de la misa en acción de gracias. Llegaron a tiempo de cumplir su deseo a la iglesia de los Padres franciscanos de Trípoli, los cuales les invitaron a pasar con ellos todo aquel día. Después tomaron una estancia en el jan o caravanera, « que es, dice el P. Leandro, como una hostería, en donde se dan habitaciones vacías, sin ajuar ni menaje alguno. Había en él un portero o custodio, el cual debía responder cuanto llevaban los huéspedes al jan; así es que nunca se perdía nada. »

Tres semanas estuvieron allí nuestros Misioneros, esperando a que se formase la caravana para la ciudad de Alepo, y durante esos días iban cada mañana a celebrar la misa en los Padres franciscanos. El P. Vicente subió al Monte Líbano a visitar a Mons. Giorgio, Arzobispo de Edem, devotísimo, como sabemos, de todos los latinos y obsequioso como quien más a la Santa Sede. « Monseñor Giorgio estuvo muchos años en Roma, en donde estudió letras divinas y humanas », dice el P. Leandro. El P. Vicente le llevó las cartas del Papa, y, además, « tres o cuatro Evangelios en lengua árabe, a fin de que los distribuyese entre quienes más se pudiesen aprovechar de su lectura. »

El 23 de noviembre, día de San Clemente, partieron los nuestros de Trípoli con rumbo a Alepo con la caravana que se había formado, compuesta de « unos 300 camellos », lo cual quiere decir que llevaba muchas mercancías. Con los nuestros fué un Padre franciscano, « que iba por confesor a la casa de Alepo ». Le vino muy bien la compañía de nuestros Misioneros, por ir solo y ser nuevo en aquellas partes.

Durante dos o tres noches menudeó bastante la lluvia, y los pobres Misioneros no tenían más resguardo « ni otro techo para cobijarse que los mantos y sombreros », según

dicen. Pero lo pasaron todo alegremente, « por ser la necesidad del sueño tan grande, que aquellas noches pudieron dormir mejor ».

« En este trayecto no hay cosa especial de notar », dice el P. Leandro. Solamente insinúa que llegaron a Hama, « ciudad grande y antigua », en donde encontraron un morazo, que había vivido como esclavo muchos años en Sicilia, el cual hablaba muy bien la lengua italiana, y mostraba estar muy agradecido al buen trato que allí le dió su patrón. Por esto se deshizo en ofrecimientos para servir a nuestros Misioneros, « y llevó al P. Vicente a su casa y le enseñó su tienda, porque era mercader rico, y usó con el Padre de mucha cortesía. »

El 30 de noviembre, fiesta de San Andrés, a eso del mediodía, llegaron a la ciudad de Alepo. El cónsul de Venecia, que tuvo noticia de su llegada, hizo que los Padres franciscanos de Alepo preparasen dos celdas para nuestros Misioneros carmelitas: « lo cual ellos hicieron con mucha caridad, y les regalaron mucho durante su permanencia en Alepo ». No fueron gravosos esta vez nuestros Misioneros; porque, al decir del P. Leandro, « los gastos los hacia el ' cótimo ', que era una distribución que se hacía sobre las mercancías de todos los de la caravana para los gastos comunes, de los cuales se sustentaban todos los Padres. »

En Alepo fueron muy bien recibidos y agasajados nuestros Misioneros por todos los cristianos, en especial por el mencionado cónsul de Venecia, el cual les llevó varias veces a su casa y les mostró « mucho amor y reverencia ».

El mismo día que llegaron a Alepo, les dijeron que al día siguiente salía una caravana grande para Bagdad (1). » Dijéronles también que, en aquella caravana irían tres venecianos, uno de los cuales iba por vicecónsul a la ciudad de las « mil y una noches ». El P. Vicente fué a avistarse con este personaje; pero supo de sus labios que no partiría en aquella fecha la caravana, sino que tardaría muchos días en prepararse para tan peligroso viaje. Eran los rumores orientales de costumbre. Los jefes de la caravana, por unas razones u otras, de día en día fueron retardando la salida de Alepo hasta el 10 de enero del año siguiente, que era ya el de 1611.

---

(1) El P. Leandro pone al margen de su RELACIÓN en este punto una apostilla curiosa que nosotros recogemos aqui por vía de nota. « Bagdad se llama asi, dice, de *Bag,* que quiere decir « jardín », y *dad* o « da ». Dicen que, queriendo un Rey destruir un jardín de un hombre rico, que no queria darlo para edificar en aquel sitio la nueva Babilonia, y viendo el dueño que los soldados venian a hacerlo y a matarle a él, madó un servidor al Rey, el cual se fué gritando y diciendo « Bagdad », es decir: « Ya da el jardín ». Se non é vero...

Con esto se vieron precisados nuestros Misioneros a pasar las fiestas de Navidad en Alepo. Como en los países cristianos, estas festividades se celebraban allí con inusitado regocijo. Los nuestros se hacen lenguas al describir aquellas solemnidades, en especial la fiesta de la Epifanía, « en cuyo día, dice el P. Leandro, se bendice el agua y las casas de los cristianos » (1). Y a continuación añade: « Todas estas fiestas se celebran allí con gran devoción. La iglesia se adoba con ricos tapices y se ilumina con gran cantidad de velas de cera blanca. Concurre mucha gente a las fiestas. Hubo música con órganos; y todo se hizo con la mayor solemnidad y con no menor consolación de todos, viendo fiestas tan espléndidas en medio de las tinieblas del error, celebradas en medio de los más acérrimos enemigos de nuestra fe. »

También el P. Leandro nos describe con notas rápidas la ciudad de Alepo y lo que vió en ella. Son notas interesantes, que es bueno ir recogiendo para enseñanza y deleite de nuestros lectores.

« Alepo, dice, es una ciudad tan grande como Nápoles o Milán o poco menos. Está toda ella amurallada, y tiene un castillo grande y bien provisto de municiones y soldados, según afirman los venecianos que residen en la ciudad. El castillo está construído sobre un montecillo, alto y redondo, pero pequeño, a modo de una isla en medio de la ciudad.

» Hay allí iglesias públicas de cristianos orientales, a saber: maronitas, armenios (con dos iglesias) y jacobitas. La iglesia latina no es pública, por estar dentro de uno de los *jans* en donde se alojan los « francos », y también porque, según las leyes turcas, no puede haber en las iglesias públicas ni sacramento reservado ni imágenes. Pero estas leyes no se observan. El haber aquí tantas iglesias de cristianos más bien causa dolor que consuelo, por ser todas ellas, excepto la de los maronitas, iglesias de cismáticos y herejes, por las razones que se dejan comprender. »

Pasadas las Navidades y fiesta de la Epifanía, nuestros Misioneros se prepararon para continuar su camino con rumbo a Bagdad. La caravana había ido preparándose poco a poco y estaba próxima a partir. La compañía de los mercaderes y el vicecónsul de Venecia, que dijimos, tenían hechos todos los preparativos. Los nuestros se felicitaban de tan buena compañía, por ir entre cristianos, aunque, como siempre, predominaban los musulmanes y los cismáticos. Hubieron también de despojarse de los hábitos franciscanos

(1) Esta costumbre subsiste en Oriente hasta nuestros días. Mientras en Roma y entre los latinos se bendicen las casas el Sábado Santo, los orientales las bendicen en la fiesta de la Epifanía.

que hasta allí habían vestido, y se vistieron de cristianos armenios. Con esto podían pasar más disimuladamente por tierras turcas.

El 10 de enero se puso en marcha la caravana. « Este día, dice el P. Leandro, se anduvo poco camino. Solamente se alejaron dos millas de la ciudad, por no haberse reunido todavía toda la caravana ». El jefe de ella era un tal Chezzia, esto es, el Maestro de casa o Mayordomo del Bajá de Bagdad, que a la sazón era el hijo de Chicallah, el cual, por la mucha autoridad de que gozaba en Bagdad, y por la amistad que tenía con los francos, favoreció mucho a nuestros Misioneros. Gracias a él, también lo pudo pasar mejor esta caravana y se libró de ser vejada a cada paso, como tantas otras, por los Emires tiranuelos de la Siria. Pero no se crea por eso que cruzó el desierto sin sobresaltos y sin ataques. Poco a poco se irá viendo que no fué un camino de flores.

« El 12 de enero, dice nuestro Misionero cronista, al levantarse la caravana del « mansil » (1), que fué a la hora del alba, algunos hombres a caballo asaltaron la caravana por la retaguardia; pero no hicieron otra cosa que despojar a un pobre hombre, al que hicieron también una herida en la cabeza, porque inmediatamente se pusieron todos en armas; y, aunque aquellos nos siguieron a la espalda casi todo el día, no se atrevieron más a acercarse. »

El 13 llegaron a la ciudad llamada El-Bir, que está a orillas del Eufrates, desde donde habían de ir en barcas hasta Bagdad. El viaje desde aquí es por extremo curioso e interesante, y el P. Leandro lo describe tan pintorescamente, que vamos a cederle la palabra y a copiar su RELACIÓN sin desflorarla en lo más mínimo. Dice así:

« En El-Bir esperamos diez días a que se preparasen las barcas, que no son otra cosa que tablas mal labradas y enclavadas unas con otras, sin acoplarlas, empecinadas solamente por las junturas, de suerte que parece milagro que cosa tan frágil pueda pasar por tantos obstáculos y peligros como hay en aquel río.

» Durante estos diez días, que nos detuvimos en El-Bir, pasó toda la caballería turca, sin caballo, que se retiró de la guerra contra Persia. Estos soldados se llaman Spái. Eran casi todos de bellísima figura, de edad viril; mas tan pobres, afamados y cansados por la retirada, que fué velocísima y en terreno muy áspero, montañoso y lleno de nieve, que les fué necesario dejar todos sus caballos al enemigo

---

(1) Nota aquí el P. Leandro: « Mansiles se llaman ciertos lugares, en donde la caravana se detiene para pasar la noche, regularmente junto a algunas cisternas o sitios en que hay agua. »

para poder salvarse los jinetes. ¡Daba compasión verlos! La ciudad El-Bir les cerró las puertas, previendo que harían lo que luego hicieron en Alepo: saquearla y cometer mil atropellos y desmanes.

» El 24 nos embarcamos y partimos *in nomine Domini,* con mucha alegría. Eran diez las barcas de la caravana, bien provistas de arcabuces, pues debíamos llevar unos sesenta. Por ser costumbre el llevar banderolas en las barcas, nosotros pusimos dos en la nuestra, a guisa de flámulas: una a modo de la cruz de San Juan, y otra semejante a la cruz de San Esteban, con tiras blancas y encarnadas.

» En el río hay muchos peligros de escollos, bancos de arena y arbustos ocultos bajo el agua; y más todavía de ladrones, siendo así que todos los árabes lo son de por vida, como se verá en el curso de nuestra navegación. Se partía al clarear el día y se navegaba hasta las 20 horas (ocho de la noche).

» El 25 la barca de los jenízaros tocó el fondo y se quedó en seco, y tardaron tanto en tomar la corriente, que no nos pudieron alcanzar hasta el día siguiente.

» El río Eufrates, que nace en las montañas de la Armenia, baña una gran parte de la Arabia que llaman Petrea, y la divide en dos partes: a la derecha, deja el Desierto y a la izquierda la Mesopotamia del Patriarca Jacob, que se extiende hasta el Tigris, el cual pasa por Bagdad y poco después entra en el Eufrates donde pierde el nombre. Ambas partes están habitadas por los árabes o turcomanes o truchimanes, enemigos capitales, y todos ladrones de por vida. Viven en el campo bajo tiendas y pabellones. Los príncipes de estos árabes se llaman Emires, y los gobiernan tan absolutamente, que no reconocen la autoridad del Turco, a lo menos para rendirle tributo. Son muy hábiles en montar a caballo. Usan una silla llamada « gineta ». Tienen caballos pequeños, velocísimos e infatigables.

» Un hijo de estos Emires nos asaltó en la mañana del día 26 con una compañía de a caballo y arcabuceros, escaramuceando nuestra caravana casi dos horas. Amarráronse las barcas a la opuesta orilla para saber qué pretendía de nosotros; y habiendo sabido por uno de los suyos, que cruzó el río a nado, que quería se le pagase un tributo, como se hacía a su padre, le enviamos un presente de azúcar y « tutún » (1), rogándole que se contentase con aquello; y mostrándose ellos satisfechos, se retiraron, y nosotros se-

(1) « Tutún, advierte en nota el P. Leandro, llaman a una hierba que los ingleses traen de las Indias occidentales y se llama « tabaco »; mas, porque los turcos se tragan el humo, y el humo se dice en su lengua « tutún », de ahí que a la misma planta se le dé el nombre de tutún ».

guimos nuestro viaje. Mas, he aquí que al poco rato, en un lugar en donde el río era más estrecho, nos armaron una emboscada, y nos dieron un asalto muy gallardo, y nos siguieron río abajo como otras dos o tres horas. Pero les respondimos tan bien desde las barcas, que finalmente se cansaron y se retiraron. En las barcas tuvimos tres heridos, mas no de peligro. De nuestros enemigos, hubo dos heridos de muerte, según nos dijeron al día siguiente. En la barca nuestra dió una bala en el timón, muy cerca del timonel; pero no hizo daño a nadie, gloria a Nuestro Señor.

» El 27 encontramos a un tío de aquel joven que capitaneaba la caballería, y hubo que darle 100 escudos, sin razón ni derecho. El los pidió como de limosna, diciendo que volvía pobre de la guerra; pero fué limosna forzada, por evitar lo que todos temíamos.

» El 28, el padre de aquel joven y hermano del anterior, nos estaba esperando con otro Emir, que había sido más poderoso que él y un gran tirano; pero ahora había sido vencido por otro y procuraba reconquistar su estado. Era, a pesar de todo, tan arrojado y soberbio, que fué gran fortuna el encontrarlo junto con el primero, porque quería desvalijar la caravana. El otro se lo impidió, diciendo que en sus estados no permitía él tal cosa; mas, con todo eso, sucedió lo que todos nos temíamos, y fué que los mercaderes tuvieron que pagar a ambos 400 piastras.

» El día 30 se pagó otro tributo a una ciudad poco distante del río.

» Desde el día primero de febrero, vigilia de la Purificación de Nuestra Señora, hasta el día siguiente a la hora de vísperas, nos detuvimos a la orilla del río, al resguardo de un monte, por una gran tempestad de viento contrario que impedía la navegación.

» El día 3, nuestra barca chocó con un árbol que estaba en medio del río, que por fortuna era pequeño; pues, de otra suerte, hubiera corrido peligro de romperse y hundirse.

» El 4 nos libramos, por suerte, de chocar con otro árbol, del cual se veía solamente un ramo pequeño sobre las aguas; pero la barca de los jenízaros chocó tan furiosamente en él, que en el acto se abrió; y se hubiera hundido, si nosotros no les hubiéramos gritado que se echasen a la orilla, viendo que estaba abierta. Cuando llegó a la orilla, estaba llena de agua. Todos, moros y cristianos, corrimos en su ayuda con mucha caridad; porque se detuvo la caravana; y, con la ayuda de todos, en un instante se descargó, se sacó a tierra, se acomodó y se volvió a cargar de nuevo. Mientras duró esta operación, muchos se pusieron en guardia con las armas en la mano, para custodiar las mercancías.

» El 5 llegamos a EL-Deir, y se pagó otra gabela.

» El 6 partimos de esta ciudad, y era tan estrecho el paso del río por algunas partes, que casi todas las barcas pasaron rozando con las piedras. La barca de los jenízaros se abrió de nuevo, y fué a tiempo que la caravana iba ya muy adelante y no se percató de ello hasta la noche; así que hubimos de dejarla.

» El 8, al mediodía, nos entretuvimos dos horas en la orilla, por la venida del Subachi o Gobernador de Anat, el cual, después de haber hecho visitar las mercancías y enumerar los fardos, no quiso cobrar los derechos, sino que lo remitió a Anat, en donde, como en propio tribunal, tal vez pensó sacar más ganancia de los mercaderes.

» El 10 llegamos a Anat. Este día llueve un poco. Pagáronse los derechos, y se dieron un vestido de grana y algunos comestibles al Subachi, que era lo que él deseaba. Nos detuvimos allí otros dos días, porque el jeque Aja mandó llamar al Emir de aquella región. Se decía que tenía un mandato del Gran Turco para él.

» El 14 pasamos frente a una ciudad antigua llamada Adita (Djadida), en donde había un castillo muy grande, pero muy destruído. Pasamos también muy felizmente un paso muy peligroso del río, en donde la corriente es muy rápida y se precipita furiosamente entre piedras y escollos muy grandes.

» El 15, muy temprano, pasamos por un villorrio llamado Annús, en donde algunos soldados, a quienes la noche anterior no quisieron dar un poco de tutún (tabaco), que pidieron a algunos moros de la caravana, asaltaron la barca en que iban aquéllos, descargando sobre ella sus arcabuces por largo rato. Los moros aquellos, antes de echar de ver el asalto, ya se encontraron con tres heridos en la barca. Al mediodía echamos anclas, por causa de una tempestad huracanada que duró hasta el día siguiente.

» El 16 de febrero, Miércoles de Ceniza, poco antes del mediodía, llegamos a It, lugar grande, que en lengua turca quiere decir « perro ». Aquí no se pagó gabela; pero fué necesario ofrecer al Gobernador otro vestido y otras cosas de yantar. Partimos al tramontar el sol, con grande prisa, por huír de las tiranías e insolencias que los soldados comenzaban a hacer, queriendo muchas cosas por la fuerza. Navegamos una hora; y habiéndonos refrescado y dormido un poco, seguimos nuestro viaje, por estar el río de allí en adelante, decían, más desembarazado de peligros y más limpio, de suerte que se podía navegar de noche sin peligro. Mas, cátate que dos o tres horas antes de amanecer, dimos todos en seco con el fondo, y chocaron unas barcas con otras. Si bien hubo algún peligro, los daños no fueron de

importancia, antes bien el mismo choque de unos con otros ayudó para entrar en la corriente antes que los demás; y asi fué nuestra barca delante toda la noche y todo el día siguiente. A las 4 horas de navegación, reposamos por espacio de dos horas, e inmediatamente volvimos a navegar durante toda la noche del 17 y todo el día del 18.

» El 18, al mediodía, pasamos por Feluggia (Feludja), en donde se suele hacer la escala de las mercancías; pero, por mayor comodidad, se hizo más adelante. Junto a este pueblo, sale del Eufratres un brazo de río, pequeño, que es navegable, y que a un día de navegación se entra en el Tigris, poco distante de Bagdad (1). Al ponerse el sol, llegamos a Rusuania, en donde se desembarcó toda la ropa y la gente, dando felicísimo fin a nuestra navegación.

» El 19, al amanecer, vinieron los empleados de Aduanas y consumos de Bagdad, visitaron todas las cajas y cuantas balijas había, excepto los fardos, para ver si había contrabando. Hecho esto, cargóse todo en camellos y partimos para Bagdad, yendo nosotros cabalgando humildemente sobre unos jumentillos. Estábamos ya a mitad del camino, cuando vino vociferando el jefe de consumos y nos hizo volver atrás hasta el lugar del registro. Allí visitó de nuevo toda la caravana; e hizonos pagar un nuevo tributo.

» A las 19 horas (7 de la noche), llegamos a Bagdad, y al mismo tiempo que nosotros llegó otra caravana de Ormuz, con la que vino don Alvaro de Acosta, caballero portugués, muy devoto y bienhechor nuestro, capitán del estrecho de aquella isla. »

Hasta aquí el diligente cronista Padre Leandro.

Con don Alvaro de Acosta se entretuvieron nuestros Misioneros largo rato en cambiar impresiones sobre la Misión de Ormuz, que era adonde ellos se dirigían, después de haber obtenido licencia de la Santa Sede para abrir una Misión carmelitana en aquella isla.

Pero, antes de llegar allá, veamos lo que les fué sucediendo en este largo camino.

---

(1) No está demás el recordar aquí, que el patrón de la caravana en que fueron a Bagdad los Padres Redento de la Cruz y Benigno, el Romano, se echó por este brazo del Eufrates, por no pagar las alcabalas y gabelas en estas aduanas; por lo cual llegaron aquellos a un lugar en que sus barcas no pudieron seguir atrás ni adelante y tuvieron que lanzarse fuera todos, como se dijo en el libro anterior, pág. 54.

CAPITULO IV

DE BAGDAD A ISPAHÁN

Cambio de trajes. — Vida barata en Bagdad. — Salida de la caravana. — Diario de la marcha y peripecias. — Llegada a la capital de Persia.

Cerca de dos semanas permanecieron los Padres Vicente y Leandro en Bagdad. En esos días hablaron largamente con don Alvaro de Acosta, que se dirigía a Roma. Le dieron cartas para el Vicario General de la Orden « y para otros », dice el P. Leandro. Le expusieron sus planes y proyectos sobre la fundación de Ormuz. Cambiaron con él sus vestidos, por ser los que traía don Alvaro « a usanza persiana », que eran desde allí más convenientes para los Misioneros, y dieron éstos los suyos a don Alvaro, por serle más apropiados para seguir el viaje hacia Alepo. Estas comedias tenían que representar entonces en el Oriente los cristianos, lo mismo embajadores que frailes, lo mismo mercaderes que simples visitantes del país.

El 28 de marzo siguió don Alvaro su camino en dirección a Europa por la vía de Alepo. Nuestros Misioneros estuvieron todavía esperando algunos días, hasta que estuviese lista la caravana. En estos días se formaron cabal idea de la ciudad de las « mil y una noches ». Ya la conocemos sobradamente nosotros por las RELACIONES de otros Misioneros nuestros. Pero, así y todo, veamos cómo nos la pinta el P. Leandro en pocas pinceladas.

« Bagdad, dice, está fabricada toda de ladrillos sin argamasa, por lo cual los muros de la ciudad son muy endebles. Está situada a orillas del Tigris, que azota sus muros por la parte occidental. Es muy grande, mas no tan populosa como Alepo. Tiene un castillo con muchas piezas de artillería y un buen foso, que, pudiéndose llenar fácilmente con el agua del río, no lo hacen sino en extrema necesidad, por causa de la poca consistencia de los muros. Vi allí algunas veces un viejo y dos muchachos llevar un león y dos cachorrillos, como si fuesen corderos, por las calles y casas de la ciudad. Aquí y en toda la Arabia cuestan muy poco los víveres y comestibles. Dos gallinas cuestan una « saia » de

Bagdad, que viene a ser un 'paulo' (1). Por el mismo precio dan 60 huevos, lo menos. Y por menos de dos 'saias' se compra un pez tan grande y bueno como un salmón ». Ya se ve que habla nuestro Misionero de los comestibles que ellos solían comprar, por comer siempre de vigilia, según se lo ordenaba su Regla.

A pesar de lo barata que les salía la vida en Bagdad, no veían la hora de salir de allí para su destino, por más que lo deseaban. Los rumores de la salida corrían allí como en todas aquellas regiones. Tan pronto les decían que estaban para partir, como que tenían que dilatar por largo tiempo su partida. « Pasamos una semana muy inquietos, dice el P. Leandro, por intimarnos cada día la noticia de la partida, habiéndonos engañado muchas veces, hasta que, finalmente, llegó la noticia cierta, y partimos el día 2 de abril, Sábado Santo, a media noche, o poco más, hora verdaderamente muy alegre y feliz. »

Como nuestro cronista Misionero no se entretiene mucho en detalles minuciosos y pesados, sino que sólo nos va dejando algunas notas rápidas de su largo viaje, sigámosle hasta la capital de Persia, y veamos los apuntes de su cartera, tomados, así, al vuelo.

« El 3 de abril, primer día de Pascua, al rayar el alba, llegamos a un lugar llamado Boutros. Aquí se pasa un río grande en barca ; y no bastó el día entero para pasar todas las mercancías de la caravana.

» El 4 se unió a la caravana el jefe de ella, que se había quedado en Bagdad, el cual traía 'molte mandre' (2) de camellas y camellos pequeños del Arabia a Persia. Nos hizo detener aquí y en otras partes muchos días, que no era poco para nosotros, que deseábamos terminar un viaje que habíamos comenzado diez meses hacía.

» El 5 se empleó todo el día en buscar y sacar un fardo que se había caído en el río.

» El 6 cruzamos de una parte a la otra del pueblo (Boutros), que no fué cosa de poco, dada la estrechez de las calles, en las cuales no cabían los camellos cargados.

» El 7, después del mediodía, partimos de este lugar e hicimos un breve alto en un mansil.

» El 8 llovió mucho durante toda la mañana, tanto que fué necesario hacer fosos en derredor de las tiendas. Partimos después del mediodía; y, después de haber caminado cuatro horas, cayeron en la cuenta de haber extraviado el

(1) Moneda de plata de los Estados Pontificios, llamada así por el cuño que ostentaba con la efigie de Paulo V (1604-1621). Equivalía a 52 céntimos, es decir a nuestra moneda de los dos realillos de plata, poco más.
(2) « Mandra », palabra italiana que significa piara, rebaño.

camino, y fué menester tornar atrás, casi al mismo lugar de partida. Aquí se pasa un río. Al día siguiente entramos por un desierto en los confines de Arabia. Había mucha hierba casi seca, y el campo estaba cubierto de langostas. Estas langostas, decían los mercaderes, se comían en Bagdad en abundancia. Por la noche, apenas se halló agua suficiente para todos.

» El 11 por la noche pasó la caravana junto a un río, como a media milla de distancia de una ciudad en ruinas, con muy pocos habitantes, llamada Zarabat. Los mercaderes persianos que llevaban los camellos, no querían pagar ciertos derechos que se solían pagar en aquel pueblo, y aquellos habitantes cogieron por fuerza dos caballos y una espada persiana, exigiendo que se les pagase en el acto la gabela, lo cual se hizo por evitar mayores males. Partimos de allí a la media noche, en medio de una lluvia torrencial que duró hasta el despuntar el día.

» El 12 llegamos a Shamaqui, donde se pasó un río de muy rápida corriente, que llegaba al pecho a los caballos. Aquella noche hubo una gran tempestad con truenos, relámpagos, lluvia y viento huracanado.

» El 13 no nos pusimos en marcha hasta por la tarde, para dar tiempo a que se secasen las tiendas. Queríamos llegar al mansil próximo; pero, a mitad de camino, se nos echó encima la noche con lluvia copiosa y oscuridad muy grande; y así fué necesario levantar las tiendas en un recuesto del monte, lugar desierto y sin más agua que la que caía de las nubes ¡que no era poca!

» El 14, antes de partir de allí, hicimos nuestra comida con algunas langostas asadas sobre las brasas, y tenían mejor gusto de lo que pudiera pensarse. Este día empezamos a entrar en los confines de Persia, y vimos las ruinas de una ciudad que decían haber sido fundada por Hércules. Poco más adelante se hizo el mansil (o parada) a orillas de un río.

» El 15 de abril llegamos a la primera ciudad de Persia, cuyas casas eran todas hechas de cañas. Aquí pasamos otra vez el mismo río. Los persianos de la caravana empezaron a bendecir a Alí, yerno de Mahoma, de cuya descendencia se glorían; y a maldecir a Omar, a quien los turcos veneran como a Mahoma.

» El 16, antes de levantarnos del mansil, un persiano trató mal de palabras y obras a un pobre viejo que había venido a vender pan a la caravana: lo cual fué causa de que, al pasar por las cabañas de los pastores kurdos en donde habitaba aquel viejo, nos salieran al encuentro todos los villanos juntos y la emprendieran a pedradas con la caravana, queriendo vengar de este modo las injurias hechas a

su compañero. Y estaban tan coléricos y rabiosos, que no cejaban en la pedrea, por más que se les respondiese con saetas, con espadas y arcabuzazos. Nada bastó a intimidarlos. Esta provincia se llama 'Kurdistán', y sus habitantes 'kurdos'. Todos viven en cabañas, llamadas 'oves', y casi no se encuentra otra clase de casas en toda la provincia.

» Por la noche se hizo mansil en la orilla de un río, poco distante de la ciudad de Tartene, que en lengua persiana quiere decir 'puerta estrecha'. Aquí nos detuvimos cuatro días. Llovió mucho. Por las noches nos dieron gran fastidio los ladrones; de modo que fué necesario hacer todos la guardia de cuatro en cuatro durante la noche, fuera de las tiendas, a pesar de las lluvias torrenciales. Esto de montar la guardia por las noches, hízose siempre desde Alepo hasta Ispahán.

» El 20 cruzamos una montaña, en cuya cumbre se encuentra un riachuelo bellísimo, que tiene no lejos de allí el manantial. Este riachuelo nos ha servido de camino, a cuya vera hemos subido hasta aquí, el cual, junto con otros riachuelos y torrentes que se le incorporan, forma aquel río que pasamos por dos veces.

» Los días 21 y 22 anduvimos poco camino.

» El 23, a la puesta del sol, empezamos a caminar de noche; y, a la mañana siguiente, llegamos a los confines de Kazen-Kan. El Kan o Virrey de Kazen vino a visitar la caravana y nos dió de comer a todos. Luego se le hizo un rico presente. Dicen que es costumbre de hacerlo así. Se detuvo allí la caravana otros cuatro días o poco menos, por un altercado que hubo entre los mercaderes, los cuales no querían pagar lo que les correspondía del cargimálum. Cargimálum es el gasto que hace el caravanero para pagar los derechos de paso etc. y las gabelas de entrada: gastos, que luego distribuyen proporcionalmente entre todos los de la caravana, en razón de la cualidad y cantidad de la mercancía.

» El 27 llegamos a Moyedesh, que en árabe quiere decir 'agua esparcida', por la gran cantidad que hay de ella en un valle muy espacioso y muy rico en pastos. Aquí se encontraba Mustafá-Sultán en pabellones con su gente, que era mucha, y él vivía con tanto fausto que parecía un Rey (1). Fuimos a visitarle, para suplicarle que permitiese partir en seguida la caravana. Hízonos gran cortesía y prometió el hacerlo, y después nos envió un cordero como pre-

---

(1) Este es el Sultán que acogió en su tienda al P. Paulo Simón, cuando volvió de Persia, y le dió aquel famoso derviche pobre, por compañero, hasta Bagdad. Véase nuestro tomo II, pág. 138.

sente. Lo mismo nos había regalado antes otro el Kan de Kazen, que dejamos dicho.

» El primero de mayo, al romper el día, pasamos un río por un puente de piedra, que llaman Pulishah, es decir, 'puente del rey', por haberlo mandado hacer el Rey (Abbas el Grande).

» El día 2 llegamos a una caravanera (2) situada bajo una altísima roca, cerca de un río y de un puente de piedra arruinado. Este lugar se llama Bisitum. Bajo la roca mana una bellísima fuente de agua muy fresca y tan copiosa, que podría en seguida mover muchas piedras de molino. En el último tercio de la montaña, que está cortado a pico, encontramos algunas estatuas gigantescas, de media talla, muy gastadas por el agua y por el viento. Y un poco más arriba, en una especie de arco, había otras más pequeñas, que parecían haber sido doradas. Una parecía la de una 'Madonna', otra la de un obispo, y las otras representaban hombres atados con las manos atrás. Juzgamos que pudieran ser de los tiempos antiguos, en que en Persia hubo muchos cristianos mártires.

» El día 3, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, llegamos a Zahanna, donde descansamos dos días, y nos faltaron las visitas de los ladrones.

» El 5 llegamos a Chenghener, cerca de Zuizirkón. De aquí partimos de noche. La noche era muy oscura. Un perrillo, que llevaban los venecianos, empezó a ladrar mucho. No acostumbraba a hacerlo sin causa. Esta noche nos había tocado en suerte venir los últimos de la caravana. Volvimos los caballos para mirar si se veía alguien detrás de nosotros. Los caballos ponían de punta las orejas, si bien nosotros no vimos nada. Hicimos una hoguera y se dispararon algunos arcabuzazos, y con esto el perrillo cesó de ladrar. Los ladrones huyeron, o alguna alimaña nocturna.

» El 7 no llegamos al mansil, por estar lejos. Levantaron las tiendas al pie de la montaña que habíamos pasado aquella noche, hacia el lado opuesto. Seguimos el viaje al levantarse el sol. Una hora después cayeron sobre nosotros de improviso unos hombres a caballo, y robaron dos camellos a los Bagnani, que eran indios paganos y aquella noche venían los últimos de la caravana. Decían que estaban cargados de dinero y de espejos. Se hicieron muchas diligencias para rescatarlos, pero no se pudo conseguir nada, por la oscuridad negrísima de la noche. Hicimos alto en aquel lugar, y se redobló la guardia. A la mañana siguiente, estando para partir, se vieron venir los dos camellos por

(2) « Garavanzara », escribe el P. Leandro.

una colina cercana. Fueron sus dueños a buscarlos, y encontraron los espejos y todo lo demás que llevaban, excepto los dineros, que decían ser mil..... (1).

» El 10, por la noche, caminaba la caravana con las armas en la mano, por haberse visto algunos ladrones, los cuales, poco a poco y con cautela, se iban acercando a las cargas de mercancía. Llegamos a Dishana, que quiere decir ‘ campo de los cazadores ’.

» El 11 en Zaharn: aquí descansamos un día, por estar cansados los camellos.

» El 13 en Shacrishir.

» El 14 en Dili, que en lengua persiana quiere decir ‘ corazón ’, y en turco significa ‘ lengua ’. El agua de este lugar era excelentísima, clara, sutil y fría.

» El 15 hicimos mansil en campo abierto, cerca de Kamereh, que es un pueblo grande. Allí no encontramos otra agua que la sulfúrea. Creo que la causa es el haber allí mucha salnitro.

» El 16 llegamos a Gulpegón, que significa ‘ plantio de rosas ’. Es ciudad grande; pero todas sus casas son de barro, como también en Ispahán y toda la Persia, que parecen más bien rediles de ovejas, que casas de ciudades. Verdad es que también se encuentran muchas casas que por dentro son buenas, al modo de ellos. Esta tarde se marchó el Padre Vicente con uno de los mercaderes venecianos para Ispahán, y yo me quedé para llevar las cajas de los libros. En esta ciudad de Gulpegón nos detuvimos casi tres días. No pasamos por más pueblos ni ciudades. Sólo hallamos ya caravaneras, donde se hacen las paradas. En estos días no encontramos buen agua en parte alguna.

» El 21 de mayo, primer día de Pentecostés, a las 14 horas (dos de la tarde), llegamos a Ispahán, y yo a nuestro convento, en donde pude decir misa, dando gracias a Dios que me había conducido tan felizmente donde tanto deseaba » (2).

La llegada de los Padres Vicente y Leandro a Ispahán coincidió con los funerales solemnes que se celebraron allí en sufragio de aquel famoso Kasis Hermes, de que hablamos en el libro anterior (3).

El P. Juan Tadeo, superior de Ispahán cuando llegaron estos dos nuevos Misioneros allí, estaba todavía en-

---

(1) No dice si fueron escudos, zequines o qué clase de moneda, por olvido, sin duda.

(2) El P. Leandro termina su RELACIÓN diciendo: « Esta Relación la he escrito por mandato del P. Fr. Vicente de San Francisco, nuestro superior ». Se la dirige a sus hermanos, los carmelitas descalzos de Italia.

(3) Véase tomo III, capítulo X.

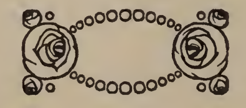
carcelado en Astrakán, como dijimos en otro lugar (1).

El P. Vicente, en cumplimiento de su deber, una vez entregadas al Shah las cartas del Papa que para él traía, tomó consigo a Fray Juan Bautista, novicio converso, y emprendió el camino de Ormuz para tratar de aquella fundación. Mientras tanto y en espera de las gestiones del P. Vicente, se quedó el P. Leandro en Ispahán, dedicado al estudio de las lenguas, principalmente de la arábiga, la persiana y la turca, ayudando en lo demás a la reducida comunidad carmelitana de aquella capital de Persia.

Así lo canta él en su autobiografía poética, escrita en décimas clásicas, citada en otro lugar al dar cuenta del encarcelamiento y libertad del P. Juan Tadeo. Dice así, hablando de sí mismo en tercera persona (2).

« En la Persia, un año entero,
estuvo muy consolado
en aprender ocupado
un lenguaje forastero.
Aficionóse primero
al turquesco cortesano,
por serlo, y porque el Tirano
en su ciudad y reales
con personas principales
habla el lenguaje othomano.
De allí le enviaron a Ormuz,
que es Fuerte de portugueses,
envidiado de holandeses,
enemigos de la Cruz..... »

Pero antes, veamos los pasos que tuvo que dar el P. Vicente en Ormuz hasta comprar una casa, asegurar la fundación, y llamar al P. Leandro a que continuara y fundamentara sólidamente su obra.



(1) Ibidem, capítulo IX.

(2) « PASATIEMPO *de un religioso carmelita descalzo en un largo y trabajoso viaje que hizo de la India a la corte del Rey de Persia hasta tornar a Goa.* »

CAPITULO V

EN ORMUZ

Llega el P. Vicente. — Su viaje a Goa. — El P. Leandro a Ormuz. — Inauguración de la Misión. — Beatificación de la Santa Madre Teresa. — Noticias varias. — Calumnias. — Verdad histórica. — Entre persas y portugueses.

Llegó el P. Vicente a Ormuz con su compañero, y fué muy bien recibido de todos los caballeros portugueses de aquella plaza, en especial de don Enrique de Noroña, su Gobernador. Entrególe el Misionero la carta del Pontífice, y don Enrique la puso sobre su cabeza y ofreció todo su poder y valimiento para que llevase a cabo su empresa el Padre Vicente. Este le manifestó su deseo de verse antes con el Arzobispo de Goa, el santo y sabio Señor Menezes. Para ello ofreció don Enrique al Misionero un puesto de honor en una fragata que estaba a punto de salir para aquel famoso puerto.

No sabemos las fechas fijas de la salida y vuelta del Padre Vicente a Goa, ni el tiempo preciso que allí estuvo, porque este Misionero valenciano era un hombre de acción, sobre todo. Hizo mucho y escribió poco. Muchos y continuos fueron sus viajes, para que se dedicase a relatarlos despaciosamente.

Lo cierto es que en Goa se conquistó la estima del Arzobispo Menezes, a quien entregó la carta de Paulo V. Alcanzó la licencia más cumplida para establecer su Misión en Ormuz, y con ella se volvió lo más pronto que pudo, para ponerla en ejecución.

Todo un año, sin embargo, empleó nuestro Misionero valenciano en estas idas y venidas de Ormuz a Goa y de Goa a Ormuz. Algo, y aun mucho quizá, tuvo que correr también hasta hallar una casa, tal y como él la deseaba y en el lugar más propicio para el género de vida que los carmelitas habían de llevar en aquella isla, vida mixta de acción misionera y de formación de las vocaciones para los indígenas y jóvenes que allí vistieran el hábito; al mismo tiempo que

casa de refugio para los que vinieran huyendo de Persia, perseguidos por las veleidades de aquel Rey, o por la envidia de los mulahs o sacerdotes persianos.

Con el favor de don Enrique de Noroña, vino, finalmente, a hallar el P. Vicente unas casas no lejos de la marina, en aquella parte en que, según don García de Silva, lo poblado « era de la mejor fábrica de casas de toda la ciudad, la cual llega hasta el convento de Nuestra Señora del Carmen » (1).

Fué, pues, uno de los mejores puntos de Ormuz el escogido por el P. Vicente para su Misión. Arregló su casa lo mejor que pudo, sobre todo proveyó bastante bien su biblioteca con los libros que de Roma había traído últimamente. A propósito de estos libros, los Padres Redento, Benigno y Leandro de Ispahán escribieron una carta en común al General de la Orden, que lo era ya el Ven. P. Juan de Jesús María, quejándose del P. Vicente por no haberles dado alguna parte en el reparto o adjudicación de los libros. El Padre Juan, como tan santo y tan prudente, respóndeles con toda bondad y suavidad a esto y a algunas otras cosas, en una carta admirable que se conserva todavía (2). Díceles allí: « Sobre aquello de los libros, bien podía el P. Fr. Vicente hacer partícipes de ellos a Vuestras Reverencias. Pero ya procuraré yo enviar los libros que piden con la mayor diligencia posible. Los Padres que están en camino, llevan las nuevas Constituciones. »

Así, como quien no dice nada, les propone y les envía, ante todo, las nuevas Constituciones, para que, ante todo también, fuesen ellos verdaderos carmelitas descalzos. Las Constituciones acababan de darse a la imprenta. Ese fué el primer cuidado de aquel santo General. Hasta entonces las tenían manuscritas. En ellas se hablaba ya del Seminario de Misiones y de los Misioneros. El P. Juan de Jesús María, como se ve en esta carta y en muchos actos de su vida, además de ser acérrimo defensor de las Misiones en la Reforma teresiana, fué amantísimo y cuidadoso Padre de sus Misioneros y dió un buen empuje a sus Misiones. Siendo él General, se fundó, como vemos, ésta de Ormuz, con la cual no parecían conformes otros religiosos (3).

A los pocos días de haber tomado posesión de su casa, recibió el P. Vicente un novicio, según las facultades apostólicas que se le habían concedido. Aquel novicio se llamaba el Hermano Baltasar. Era natural de Goa y pertenecía a

(1) COMENTARIOS, tom. I, pág. 257.
(2) En el archivo de la Orden. La publicamos nosotros íntegra en la VIDA del mismo Venerable, págs. 189-94.
(3) Ibidem, pág. 191.

una noble familia portuguesa. Entraba en la Orden para religioso corista. A éste, sin duda, habían de seguir otros; por lo cual el P. Vicente llamó a Ormuz al P. Leandro, con el fín de que viniese a encargarse de la educación y formación de los novicios, ya que tal era uno de los fines para que se había fundado aquella casa. Además, el P. Vicente había sido llamado a Goa, para ver si fundaba allí otro convento de la Reforma de Santa Teresa de Jesús, cuya fama llegaba a aquellas remotas tierras orlada con la aureola de la mayor santidad, y esto antes de haber sido beatificada. Los pueblos proclamaban entonces a voces las virtudes de los Santos y hasta los canonizaban a su modo, pidiendo sin cesar esta gracia a los Soberanos Pontífices.

Cuando llegó el P. Leando a Ormuz, el 30 de junio de 1612, ya había salido el P. Vicente para Goa, aprovechando la buena coyuntura de partir para aquel puerto una nave de guerra que le tomó a bordo.

Llegó el P. Leandro en compañía de un hermanito lego, que había tomado el hábito en Ispahán y se llamaba Fray Elías. El estado en que encontró la casa y el recibimiento que le hicieron los nobles portugueses, y más sabiendo ya por el P. Vicente que el P. Leandro había sido capitán de los tercios de Nápoles, lo canta así el Misionero-poeta. Habla, como siempre en tercera persona, y dice cómo en Ormuz

« procuraron su venida
los nobles desta nación,
que es rara su devoción,
del valor a la medida.»

El estado de la fundación, la impresión que le causó y lo que hizo el nuevo Misionero, lo sigue diciendo en estas décimas históricas, que, a guisa de documento fidedigno, copiamos en este lugar. El P. Leandro

« halló las casas compradas
en sitio muy excelente
por el Padre Fray Vicente,
que las dejó ya pagadas.
Estaban muy mal trazadas,
sin forma de religión (1),
de clausura ni oración;
mas hizo, en muy breve espacio,
de la Virgen un palacio,
que causaba admiración».

(1) Quiere decir sin forma de casa religiosa o de convento carmelitano.

Y entrando en más detalles, hasta en los más minuciosos, sigue diciendo el plan que él trazó, para arreglar aquellas casas a modo de convento religioso:

« De celdas un dormitorio
fabricó, con corredores,
y a la mar sus miradores,
con un devoto oratorio.
Hizo también refectorio
con todas sus oficinas,
que parece que las minas
del Américo abrasado,
estaban a su mandado,
que limosnas son las finas. »

Con lo cual quiere decir, que, para hacer todas estas obras, aquellos generosos portugueses le hicieron abundantes limosnas y dignas de compararlas el buen Misionero a las minas de América, con poética hipérbole. ¡ Y así habían de parecerle, comparando aquella caridad generosa de los portugueses con la estrechez y miseria de los persas de Ispahán !

Después de arreglar lo mejor que pudo y supo « el devoto oratorio », se preparó a inaugurar solemnemente la Misión el día de la Virgen del Carmen de aquel año 1612, dedicando a la Madre de Dios y a San José aquel convento e iglesia. Para mayor solemnidad, hizo en ese día su profesión religiosa el Hermanito Elías, que había cumplido su noviciado. La asistencia fué numerosa y lucida. Puede decirse que concurrieron todas las autoridades de la isla y cuantos cristianos había en ella. El P. Leandro pronunció un magnífico discurso en lengua portuguesa, que causó profunda admiración a todos. Es de saberse que este Misionero-poeta dominaba el portugés, el latín y el italiano tanto como su propia lengua de Castilla; y en todas esas lenguas dejó muestras de ello, tanto en prosa como en verso. Tenemos escritos de él en todas esas lenguas. Lo mismo llegó a poseer luego varias lenguas orientales.

Con la misma pompa y esplendor quiso celebrar ese mismo año, por el mes de octubre, la fiesta de la Beata Madre Teresa de Jesús, como lo había visto en Roma en nuestra iglesia de La Escala, en donde durante muchos años cantó las glorias de la Santa, en latín ciceroniano, el Ven. Padre Juan de Jesús María, delante de los Cardenales de la Iglesia, y un año delante del mismo Romano Pontífice (2). Los por-

---

(2) Cfr. VIDA *del Ven. P. Juan Jesús María,* antes citada, pág. 215.

tugueses conocían, amaban y honraban a la incomparable Reformadora del Carmelo, tanto como los españoles. Así es que todos los de Ormuz respondieron brillantemente al llamamiento del P. Leandro, y acudieron a festejar a la Beata Madre Teresa en la nueva Misión de los carmelitas.

El P. Leandro, pareciéndole muy pequeño el oratorio para lo que ese día quiso hacer en honor de su Santa Madre, aderezó la pieza mayor de la casa; puso al frente una imagen de la ilustre Reformadora, adornada con ricos tapices orientales, sobre los cuales colocó alegorías, emblemas y motivos teresianos. Pronunció un elegantísimo discurso en portugués, que fué resumen de la vida y las hazañas de Teresa. Se recitaron luego algunas poesías, compuestas por él en varias lenguas. Hubo música y cánticos alusivos a la Santa por los amantes del divino arte, que no faltaban, por cierto, en aquella numerosa colonia cristiana, terminándose todo con una especie de representación o apoteosis de la Reformadora del Carmelo, conforme al gusto de aquella época.

Asistieron a esta fiesta, entre otros personajes, el Gobernador de la isla don Enrique de Noroña, el Vicario Foráneo, el Visitador por el Arzobispo de Goa y los más ricos mercaderes de la plaza. Todos quedaron santamente enamorados de las virtudes de la buena Madre Teresa, de los talentos de su hijo y del fervor y elocuencia con que enalteció las glorias de su Madre, felicitándose todos mutuamente por la fundación de aquella casa.

Tanto se acreditó de predicador el P. Leandro con estas fiestas, que desde aquel día le encargaron el sermón de Santa Lucía, para el 13 de diciembre, fiesta de esta Santa, que era la patrona principal de la fortaleza de Ormuz. El P. Leandro cumplió su cometido a satisfacción de todos los de la guarnición, por haber predicado un sermón de circunstancias, como ahora se dice, un sermón lleno de enseñanzas prácticas y provechosas para los soldados cristianos, como quien lo había sido y conocía la vida militar, pudiéndosele aplicar entonces aquel refrán que dice: «Fraile que fué soldado, sale más acertado». Don Enrique de Noroña y sus oficiales le felicitaron efusivamente. Con esto, su Misión carmelitana crecía en el afecto de las autoridades de la plaza. La fiesta se celebró en la iglesia mayor de Ormuz, que era la de Santa María de la Misericordia.

Por este sermón, sin embargo, tuvo que sufrir el P. Leandro más tarde no pocos sinsabores de parte del predicador que solía predicarlo desde algunos años hacía. ¡Cómo se filtran las pasioncillas humanas hasta en los más sagrados lugares, para achicar o perturbar las obras divinas y apos-

tólicas! Así sucedió esta vez, como dice el historiador de nuestras Misiones (1).

Mas no por eso desfalleció el Misionero burgalés. ¡Bueno era su temple para reparar en los tiquismiquis sobre sermones! Lo que deseaba era llevar adelante su Misión y dejarla bien puesta y acrecentada para cuando volviera de Goa el P. Vicente.

En el entretanto, recibió noticias de Roma, de Ispahán y de su casa, de su familia burgalesa. De Roma, era aquella carta que escribió el P. Fr. Juan de Jesús María, General de la Orden, de la cual hemos hecho referencia varias veces. De Ispahán, eran las buenas noticias de la llegada de nuevos Misioneros. De su casa, eran noticias de su familia, de lo que su padre hacía en bien de la Orden.

De ahí que con fecha del 18 de enero de 1613 escribiese al P. Redento de la Cruz, a la sazón superior de Ispahán, diciéndole (2): « Aquí envío a V. R. una carta que me mandó el P. Fr. Gabriel, que le escribió mi padre, tocante a la diligencia que hace para que nos den los cuarteles en Spahán como a los Padres agustinos. Creo holgará V. R. de verla; y yo estoy muy consolado que mi padre se ocupe en servicio de la religión y de esa casa. Plegue al Señor tenga efecto. »

Por esta razón, por ocuparse el Sr. Melgosa, padre de nuestro Misionero-poeta, de los negocios de estas Misiones cerca del Rey y del gobierno de Su Majestad, es por lo que el P. Juan de Jesús María encargaba al P. Leandro escribir de vez en cuando a su padre; pues, a lo que parece, escribía muy de tarde en tarde o casi nunca. Luego lo hizo como se lo ordenaban los superiores. Escribiendo más tarde al General (en 15 de julio de 1615) puso esta post-data: « Suplico a V. R. mande encaminar este pliego para mis padres ».

En cuanto a las noticias de Roma, se las dió también el P. Redento, pero no hubo de mandarle la carta del General, ni copia siquiera. Por lo cual dice el Padre Leandro en la suya (3): « Bien holgara de haber visto la copia de la carta de Nuestro Padre, si era en común ».

Con lo que más se alegró fué con la llegada de dos nuevos Misioneros, que él muy bien conocía y se llamaban Fr. Bartolomé María de San Francisco, napolitano, y Luis Francisco de la Madre de Dios, ecijano, varón rectilíneo, de temple de bronce, como lo hemos de ver en esta historia. Parece que el P. Redento le insinuaba, o por lo menos le

---

(1) *P. Eusebio,* HISTORIA DELLE MISSIONI, Ms., Quaderno P.
(2) El original en el Archivo de la Orden, Roma.
(3) En la carta del 18 de enero de 1613, arriba citada.

daba esperanzas de enviarle al P. Luis Francisco, en vista de que se hallaba solo en Ormuz, y no se sabía si el P. Vicente volvería a Ormuz o se quedaría en Goa, para fundar allí, como todos deseaban. Durante la ausencia del P. Vicente, tenía el P. Leandro por compañero un Padre de Santo Domingo, llamado Fr. Luis del Castillo, que acertó a pasar por Ormuz camino de Roma y se quedó allí a reposar por algún tiempo para continuar después su viaje. Estaba bastante delicado de salud aquellos días. Lo mismo andaban los hermanos legos, que tenía ya en su compañía el Padre Leandro; porque dice en la citada carta al P. Redento: « Yo no tengo tiempo para estudiar cuanto sería menester. Los hermanos están ya mejor, y el Padre dominico dice ya misa. Dice se irá en el mes que entra. » El mes entrante era febrero de 1613.

En vista de la próxima partida del P. Luis del Castillo, decía nuestro Misionero burgalés al P. Redento: « Heme consolado mucho con la venida de los Padres y con las esperanzas que V. R. me da de enviar el P. Fr. Luis Francisco, a quien suplico a V. R., ' in visceribus Jesu Christi ', le dé la presidencia de esta casa mientras no viene el P. Fr. Vicente; pues tiene tan buenas partes de edad, experiencia y condición para serlo, y fáltame a mí todo esto y entiendo ha de ser de perjuicio para los hermanos hacer yo este oficio; pues para todo lo demás de trabajo, dentro y fuera, quedo tan aparejado como siempre y con más libertad y consolación mía y de todos. Que si no lo entendiera así, quizá por ser tan soberbio, no lo dijera. Y quizá lo soy en decir esto; pero aseguro a V. R. que, con el favor divino, ' non recuso laborem '. Diga V. R. al Padre que venga alegremente y no tema las calmas, porque tengo acomodada de manera la casa, que pienso es ésta la mejor de Ormuz para aquel tiempo. Verdad es que ha costado mucho; que no lo digo por mi vergüenza, pero ha sido muy bien empleado, y todos se maravillan que lo haya podido hacer. ¡Gloria al Señor, que lo ha dado todo! »

Este deseo del P. Leandro, de traer al P. Luis Francisco a su lado, no se logró por entonces. Más tarde los veremos venir juntos a Ormuz.

La fundación de Goa, tampoco pudo lograrla entonces el P. Vicente. Estaba esa gloria reservada también para el P. Leandro, años más tarde. El 20 de febrero de aquel año (1613) estaba el P. Vicente de vuelta en Ormuz. Halló la casa, con gran gusto suyo, convertida en lindísimo convento y la comunidad aumentada. Fray Juan Bautista, que había venido de Ispahán acompañando al P. Leandro, después de su enfermedad o « después de tomar la salsa, como dice

el P. Leandro (1), quedó tan grueso que no le conocía.» Había tomado también el hábito un jovencito, un «menino», que se desconsolaba de esperar a que volviese de Goa el P. Vicente, y, con permiso de éste, se lo vistió el P. Leandro. Con otros dos portugueses «tenía concertado que habían de tomar el hábito de Donados, y entrambos cayeron malos. No debía de ser de gloria del Señor», dice el buen Misionero burgalés. Así empezaban a recibir novicios para ayuda de las Misiones. Entre la formación de los novicios y el ministerio apostólico dividían su celo y sus cuidados. Su casa parecía una antesala del cielo.

Pero no les duró mucho esta gloria. Entonces como ahora, las cosas del Oriente han andado en continuo movimiento. Los nuestros, por mucho que quisiesen vivir en la paz de su convento, a cada paso les venían a sacar de su casita las cuestiones y las agitaciones de fuera. A ellos acudían muchos en demanda de luz y de consejo, hasta en las cuestiones de estado. Entonces eran muchas las dificultades con que tropezaban las autoridades portuguesas en Ormuz, para mantener allí enhiesta su bandera, por celos, envidias, rivalidades y miras comerciales de ingleses y holandeses. Al menor pretexto, se les echaban encima estos enemigos, valiéndose casi siempre de los vecinos persianos. En estas cosas envolvían a los Misioneros, y éstos, por amor a la paz y por cumplir con su ministerio de salvar almas, tenían que intervenir, mal de su grado, en tales cuestiones.

Véase ahora por qué caminos lo hicieron y cómo lo refieren ellos, dando un mentís a quienes, adulterando la verdad, han pensado decirla, sin estar en el secreto de tales negocios. Las cartas y relaciones de nuestros Misioneros esclarecen algunas páginas oscuras de la historia colonial de los portugueses en aquellos días, en que Portugal estaba unido a la corona de España.

Los carmelitas de Ormuz, como los de Ispahán, siendo enviados allí por la Santa Sede con instrucciones de los Pontífices, defendieron, por encima de todo, los intereses de la Iglesia. Esto lo veían mal los interesados en defender los intereses particulares de un puro nacionalismo. De aquí las molestias que les causaron. Salvamos siempre las intenciones, y más cuando se atraviesan otros varones celosos, que buscan también con su actuación la gloria de Dios y el bien de las almas.

Los carmelitas de Ormuz fueron calumniados de entenderse con los ingleses para derrocar la soberanía portuguesa en Ormuz. Esta vil calumnia le hace decir a nuestro Mi-

---

(1) En la citada carta al P. Redento.

sionero-poeta, achacándola al enemigo infernal, que no podía para él proceder de otra parte. Y dice (1):

« Mil máquinas intentaba,
y al fin salió con su intento,
publicando que el convento
se carteaba con ingleses,
trazando que portugueses
perdiesen su antiguo asiento.»

Lo que en realidad pasaba, era algo muy diferente. Helo aquí:

Ya vimos en el tomo precedente cómo el Shah, después de haber firmado la paz con los turcos en 1614, no necesitando ya de los Príncipes cristianos para la guerra ni medrando con ellos en el comercio de la seda, no se curó más de cumplir a los cristianos lo que les había ofrecido en orden a levantar iglesias y proteger su culto; ni siquiera se curó de proteger sus vidas, como allí dijimos. Por lo cual, los religiosos de Ispahán tuvieron aquella memorable conferencia, en que acordaron ir abandonando el país poco a poco, según las circustancias lo permitieran.

El Obispo de Cirene, P. Govea, salió de Ispahán para Ormuz el 21 de octubre de 1614. Los Padres agustinos salieron camino de Roma el 19 de diciembre de dicho año. El 23 de enero de 1615 salió el P. Redento de la Cruz para la fortaleza de Ormuz, con ánimo de conferenciar con los Padres de esta residencia sobre lo que convenía hacer en aquel caso, esto es, si los carmelitas habían de abandonar también la Persia y refugiarse en Ormuz o marcharse a Roma.

El viaje del P. Redento fué muy duro y penoso por los malos caminos, cubiertos en muchas partes de nieve. Cuando llegó a las cercanías de Persépolis, se encontró con una caravana, en la que venía el P. Leandro, deseoso de saber lo que pasaba en Persia y en la Misión carmelitana, por los rumores que corrían en Ormuz respecto a la persecución que el Shah había promovido contra los cristianos. Los rumores habían sido llevados allí por el Obispo de Cirene. El P. Leandro traía cartas del P. Vicente y del Gobernador de Ormuz para los nuestros de Ispahán, en que les rogaban que no abandonasen aquel país, y que esperasen la llegada del embajador del Rey Católico, don García de Silva y Figueroa. Con esto volvió el P. Redento a Ispahán, acompañado del P. Leandro, y allí se enteraron ambos del disgusto que

(1) En las Décimas históricas de su PASATIEMPO.

le había causado al Shah la partida del Obispo de Cirene y de los Padres agustinos portugueses.

En efecto, el Shah se había enfurecido grandemente al saber que el Obispo de Cirene y los Padres agustinos se habían marchado de su reino durante su ausencia de la capital y sin los debidos pasaportes, considerándose por esto burlado y despreciado; y, sobre todo, se enfureció más por no haberse podido cobrar, como esperaba, el precio de las famosas cargas de seda de que hablamos en el libro anterior. Quiso entonces cobrarse confiscando la casa de los Padres agustinos, de la cual nuestros Misioneros tenían la llave. No costó poco a éstos el convencer al Rey de que ellos eran depositarios de aquel inmueble y estaban obligados a conservar fielmente lo que los otros en tal concepto les habían entregado, diciéndole que, cuando volvieran los agustinos, podría Su Majestad pedirles cuentas de todo. Se calmó con esto el Rey por entonces; pero el resquemor le quedaba por dentro, y se vino a desahogar contra los portugueses de las fortalezas vecinas.

Largamente nos cuenta el P. Redento de la Cruz (1) los principios que tuvieron las guerras entre persas y portugueses, y aun las guerras mismas. A la cuestión de la seda, a la fuga del Obispo de Cirene, de los agustinos portugueses y de Miguel Angel Coray, que también se fué a Ormuz huyendo de la justicia de Persia, se añadían, dice el P. Redento, las quejas del Shah « sobre los malos tratamientos que hacían los portugueses en Ormuz y en el Baldel de Comorán a los mercantes, así persianos como armenios », súbditos del Rey de Persia, « sin poderlo remediar los carmelitas, a pesar de haberlo escrito al Papa y al Rey de España ».

Aumentóse la tirantez de las relaciones entre persas y portugueses con el cambio de Gobernador en la plaza de Ormuz. Al sesudo e influyente don Enrique de Noroña sucedió, por este tiempo, don Luis de Gama, menos diplomático que su antecesor y de carácter más resuelto e impulsivo. En efecto: don Luis de Gama quiso poner en ejecución inmediata una pragmática antigua del Rey Católico, por la cual se prohibía, y bajo pena de muerte, la navegación en aquellos mares a los mahometanos y gentiles sin una especial licencia, dada « in scriptis » por el Capitán de la plaza de Ormuz. Don Luis de Gama quiso hacer cumplir esta ley contra viento y marea, sin tener en cuenta que había caído en desuso respecto al Rey de Persia y sus vasallos, por la amistad que el Shah tenía con el Rey Católico desde que éste nombró a los agustinos representantes suyos en la corte de Persia.

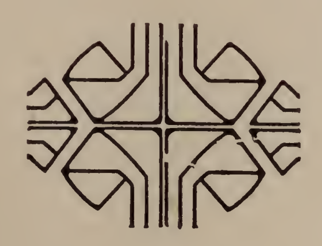
(1) En su RELACIÓN de las cosas de Persia (de 1609 a 1619), caps. 30-36.

Los primeros que faltaron a la pragmática, después de la intimación de don Luis de Gama, fueron unos moros y unos siervos del Rey persiano, por lo cual el Capitán de Ormuz mandó apresarlos y ajusticiarlos. Los moros que se escaparon, fuéronse a quejar al Shah, «echando fuego de sus bocas, con grandísima rabia y cólera contra Ormuz», dice el P. Redento, testigo de estos tristes sucesos El Shah también se encolerizó contra los portugueses, y permitió al Kan o Gobernador de Shiraz, cuyo torritorio era fronterizo con el de Ormuz, que atacase y tomase la fortaleza, que los portugueses tenían a seis millas de Ormuz y se decía Bandel Comorán.

Y ahora va a narrarnos el P. Leandro, como testigo verídico, como técnico militar y, sobre todo, como evangelizador de la paz, la parte que él tuvo en estas jornadas.

Se lo cuenta con toda sinceridad y verdad al General de la Orden, que a la sazón era el Venerable P. Fr. Domingo de Jesús María Ruzola, el héroe de la victoria de Praga, con el cual había de ser todavía más sincero y referirle la verdad con todos sus detalles en el seno de la confianza.

Esa carta, importantísima para la historia de la caída de Bandel Comorán, merece capítulo aparte.



CAPITULO VI

Caída de Comorán

Carta del P. Leandro. — Guerra del Shah contra Ormuz. — Nuestros carmelitas, « ángeles de paz ». — Triste rendición. — « Estropiezos » del demonio.

Dice así la carta del P. Leandro sobre la pérdida de Bandel Comorán y el oficio que él hizo de pacificador entre el Gobernador de Shiraz y el Capitán de Ormuz (1).

« Después que llegó carta del P. Fr. Juan de Jesús María (2), en que hacía Vicario de la casa de Ormuz al Padre Fr. Vicente y a mí su subprior, le pareció al P. Prior (de Haspahán) que me partiese en compañía del P. Fr. Luis Francisco para Ormuz. Yo hice harta instancia porque el Padre no me lo mandase, así por los muchos indicios que había de que no se podría pasar, por las razones que agora diré, como por otras particulares que a mí me hacían fuerza. *His non obstantibus* (3), quiso en todo caso que me partiese, como lo hicimos día de la Cruz de septiembre, después de renovados los votos (4). Y para contar a V. R. con claridad todo el discurso de nuestro viaje y los accidentes dél, he menester tomarlo un poco de atrás.

» Hay en Ormuz una orden antigua de Su Majestad, en que manda que ningún moro ni gentil navegue por aquel mar sin licencia por escrito (que ellos llaman « Cartas ») so pena de la vida. Hacía algunos años que los Capitanes de aquella fortaleza habían disimulado en el rigor de esta orden con unos arabios (sic), vecinos, vasallos del Rey de Persia, que traían bastimentos a la isla, de trigo y otras cosas. El Capitán que agora es (que se llama don Luis de Gama, hermano del conde de Vidiguera, Presidente de Indias en

---

(1) Esta carta está escrita y fechada « en *Xiraz* y julio de 1615 ». Ya sabemos que Xiraz o Shiraz era la capital de la provincia persa fronteriza de Ormuz. Como se verá, estaba allí el P. Leandro como mediador de paz.
(2) Fué General de la Congregación de Italia de 1611 al 1614.
(3) *No obstante estas razones* (para los que no supieren latín).
(4) En ese día renuevan todos los años sus votos los carmelitas.

Portugal) (1), luego que tomó la posesión, que fué al principio del año pasado de 1614, mandó que esta orden de Su Majestad se pusiese en execución con todo rigor. Pero no mandó que se publicase de nuevo (que, según opinión de algunos letrados, era obligación hacerlo, por estar aquellos árabes descuidados y venir cada dia a la isla con bastimentos sin ningún recelo, antes con seguridad, debajo de la permisión de muchos años). En fin, sin ninguna intimación, fueron las fustas (2) en corso, y a todos cuantos encontraron en la mar sin Cartas, los pasaron a cuchillo, que fueron 60 o 70 hombres, cosa que pareció mal a todos (aunque el Capitán lo debió de hacer con buena intención), y alteró mucho a todos los mercaderes de Ormuz, como que sospechaban el efecto malo que habia de hacer tan a costa suya.

» En este mismo tiempo sucedió que Michael Angel, a quien los moros llamaban ' Fexil Beik ', suriano de nación, de rito católico, y que habia algunos años asistia en esta corte de Xá Abbas con nombre de agente del Gran Duque de Toscana, a quien el Rey poco antes había hecho grandes mercedes, dándole título de Beik, que es como marqués, y juntamente héchole señor de algunos lugares y de otra mucha hacienda y riqueza, que tenía y trajo de España un embajador que llevó 105 cargas de seda para vender allá, en compañia del Obispo de Cyrene, y, en volviendo, por estar informado el Rey de haber procedido allá mal, le hizo matar, y le quitó, como digo, cuanto tenia y se lo dió a Michael Angel, y hasta la propia mujer le dió y esclava, y el Michael Angel la casó con un criado suyo: pena bien merecida de no haber querido hacerse cristiana en Madrid, donde la Reina, que haya gloria, le ofrecía hacer muchas mercedes.

» Aconteció, digo, que este Michael Angel, sospechoso, por indicios que tenía, de que el Rey le hacia todas estas mercedes con intento de hacerle moro, determinó, ayudado del Obispo de Cyrene, que le aseguró hallaría en Ormuz todo favor y ayuda, pasarse secretamente, como lo hizo pocos días después que mataron aquellos arabios (3).

» Las quejas que vinieron a este Sultán de Xiraz de los arabios y las nuevas de la huída de Michael Angel y cómo el Capitán en ningún caso le quería entregar, le movieron a querer hacer la guerra a Ormuz, digo a otra fortaleza te-

---

(1) El P. Leandro anota al margen: « Agora acabo de saber de cierto que Su Majestad ha extinguido este Consejo y llamado a la Corte el Presidente y Consejeros para proveherlos. »

(2) « Fusta » es embarcación de vela latina con uno o dos palos.

(3) Se refiere a los mártires persianos, de que dimos larga cuenta al final del libro anterior.

rriza, que tenían en tierra firme, a la lengua del agua (1); y así mandó luego gente que la pusiesen cerco. Esto fué al mismo tiempo que nosotros partimos, de Haspahán (2); y cuando llegamos a esta ciudad (de Xiraz), lo supimos, y así fué menester hacer alto en ella.

» Venimos el P. Fr. Luis y yo de Haspahán en compañía de un moro de la India. En su casa y compañía hemos estado siempre, haciéndonos él de ordinario mil honras y regalos; que si fuera príncipe cristiano, no sé si hiciera más.

» Defendióse la fortaleza hasta Pascua de Navidad valerosamente, matando mucha gente al enemigo. Algunos dicen fueron 1.400, sin recibir ellos daño ninguno (3). Esta fué la causa de que, a principio de noviembre, este embaxador, nuestro amigo, nos propuso si, mandándonos el Sultán a Ormuz, podríamos acabar con el Capitán que quisiese hacer paces. Ofrecímonos a ello; pero no tuvo por entonces efecto, porque el odio entre persas y portugueses, no dió lugar, queriendo probar si podían vengarse.

» El día de San Andrés, le trajeron a este Sultán un pliego grande de cartas, que enviaban a Ormuz cuatro fidalgos portugueses, que venían por tierra para pasar a la India, y, llegando en tiempo de guerra, habían sido detenidos en la ciudad de Lara; y, como el Sultán no tenía quien las leyese, envióno͏s a llamar para interpretarlas. Las cartas de Su Majestad venían de cifra, y, cuando no vinieran, leyéramos lo que era razón; pero holgamos mucho de aquella coyuntura para tratarle de paces, y así le dijimos que nosotros éramos buenos para este ministerio, porque ni éramos moros, por la gracia de Dios, ni portugueses, y la principal parte del tercero era ser desinteresado. Respondió que miraría en ello. Ofrecímonos de esta manera por entender lo deseaba él, y por salirle al encuentro, sabiendo, por otra parte, que él tenía una armada de 200 'felucas', bien armadas, y tres fustas; y que Ormuz, de más de que había ya perdido dos fustas, la una que tomó fuego y la otra que dió a la costa enemiga, tenía poca gente y poco bastimento y estaban en gran aprieto y necesidad. Y juzgamos era gran servicio de Dios ponerlos en paz, por el peligro en que estaban, habiendo ya las barcas dado en una ciudad grande del estado de Ormuz que está en tierra firme, llamada Yulfar, y saqueá-

---

(1) El P. Redento dice de esta fortaleza del Comorán, que «era de tapia, sin fuerza ninguna y aun no tocaba al mar... Era tal que Su Majestad había mandado muchas veces al Virrey de la India que o la asolasen del todo o la hiciesen de piedra... (RELACIÓN *del viaje de Ispahán a Lisboa.*)

(2) El P. Redento dice que el Kan de Shiraz la cercó el 14 de septiembre de 1614. (RELACIÓN citada.)

(3) El mismo P. Redento hace elevar las bajas de los persas a 4.000 (Ibíd.)

dola y llevado cautivas cuantas mujeres quisieron, judías, gentiles y moras, y cada día se temía irían a dar en Ormuz.

» Dentro de pocos días el Kan se partió de aquí, y fué a poner su campo cinco jornadas antes de llegar a la fortaleza cercada, por ser tierra cálida, de mucha fruta, y buena para invierno. De ahí nos envió a llamar, y partimos de aquí la vigilia de Año Nuevo. Fueron en nuestra compañía muchos criados del Kan a posta, para aposentarnos y regalarnos por el camino. Hiciéronlo con grande extremo y puntualidad. Y el Kan (1) allá nos honró y regaló mucho. Parece que el intento de llamarnos fué querer por medio nuestro tratar de paces, viendo que la fortaleza se defendía, y que se perdía la esperanza de tomarla, por haber ya cuatro meses que duraba el cerco y haber perdido mucha gente, así con la artillería de la fortaleza como un asalto que les salieron a dar una noche los mismos de la fortaleza. Pero quisieron mis pecados que después de haber peleado tan bien, y sin ocasión ninguna ni tener necesidad ni de municiones ni de bastimentos, por sólo que se cayó un pedazo de contramuro o reparo fuera de la muralla de la fortaleza, se perdieron de ánimo de manera, que, unánimes el capitán y soldados, que con esclavos negros debían de llegar a 200, con cuerdas a la garganta, se salieron, y, echándose a los pies del capitán moro, le entregaron las llaves: cosa la más infame que creo ha sucedido nunca a vasallos del Rey de España, y la más gloriosa que ha sucedido nunca a este reino. De allí a poco, cortaron las cabezas a 70 hombres de los rendidos: crueldad grande, pero bien merecida.

» En fin, llegamos al campo del Sultán poco después que vino la nueva de haberse rendido Bandel Comorán, y con todo eso el Sultán nos despachó para Ormuz a tratar de las paces. Pasamos por una ciudad llamada Lara, donde estaban presos en la fortaleza aquellos cuatro fidalgos portugueses con otros tantos criados, detenidos por razón de la guerra y dignos de toda compasión, por estar cargados de prisiones, aherrojados en unos tristes aposentillos, despreciados, maltratados, enfermos y con mil necesidades. Llevamos licencia del Sultán para verlos, que les fué de suma consolación. Pedimos les alargasen las provisiones, y lo hicieron. Dímosles algún refresco de dulces y vino que les llevábamos. Prestámosles un poco de dinero, que luego nos lo pagaron en Ormuz; y todos se confesaron con nosotros, y, finalmente, les salvamos algunas cosas de precio que tenían

---

(1) Nota marginal del P. Leandro: « Sultán y Kan todo es uno ».

escondidas, y las llevamos a Ormuz, donde fuimos recibidos como dos ángeles de paz.

» Salió a recebirnos a la playa infinito pueblo de fieles e infieles, que no nos dexaban desembarcar, jubilando todos, por entender luego la embajada que llevábamos. El Capitán nos recibió muy bien, a quien, después de dada la obediencia al P. Vicario, fuimos a dar la embajada: el cual dixo acetaba las paces. Pero en las condiciones estaban tan diferentes, que ha sido menester ir y venir varias veces. La primera, quedó allí el P. Fr. Luis por ayudar al P. Fr. Vicente y por sus indisposiciones; pero, como entonces no traje resolución, entraron los persas en sospecha, por haberse quedado en Ormuz el otro Pabre. Y la segunda vez fué, por esto, necesidad que volviese conmigo el P. Luis, y porque di palabra de hacerlo. Iba y venía yo con tanta diligencia, que camino de veinte días lo hacía en ocho. Y era cosa maravillosa, las bendiciones que me echaban toda la gente del camino, sabiendo trataba de paces; porque, cerrado el camino de Ormuz, todos estaban perdidos.

» Hemos tenido algunos trabajos y estropiezos en este negocio; que no es cosa nueva ponerlos el demonio a los siervos de Dios, en especial tratando cosas de la gloria divina y bien de los pobres; que éste fué uno de los motivos que tuvimos para acetar lo que este Sultán nos pidió. Pero lo principal que nos movió, fué acreditarnos con el pueblo morisco, concluyendo una cosa de tanta importancia y que todos tanto deseaban, con que juzgamos nos cobrarían afición: cosa tan importante y esencial para dar orejas a lo que les predicáramos tocante a la verdad evangélica.

» De todo esto avisamos al P. Prior Fr. Juan (1), y me respondió le parecía bien. Y el demonio por todas partes ha procurado poner estropiezos opuestos diametralmente a estos fines (2). El primero fué que un moro, de nación judío, que nos había servido de intérprete y le llevamos a Ormuz, y a quien habíamos hecho mucho bien, sin tener otra ocasión sino querer hacer mal, nos levantó que traíamos en nuestra compañía dos Vehedores de Hacienda de su Majestad, del Estado de India, y tocante al negocio que tratábamos, que no pretendíamos si no engañar a este Sultán, etc. Y en conformidad de esto, porque no faltase segundo testigo, cristiano, grave y religioso, confirmó esta falsedad con su dicho el Obispo de Cyrene (que, por la obligación estrecha que me corre de mirar por la reputación y crédito, no de-

(1) El P. Juan Tadeo, Prior otra vez de Ispahán por estas fechas y con autoridad de Vicario General de las dos casas.

(2) El P. Leandro pone en el texto estas palabras latinas: « *oppositos ex diametro* », que hemos traducido « opuestos diametralmente ».

Fr. Leandro, sino de mi religión, me veo forzado a dar cuenta a V. R. de lo que pasa acerca desto).

» Cinco días después que este Sultán nos despachó para Ormuz con el negocio de paces y antes de llegar nosotros a la isla, escribió el Obispo de Cyrene al Sultán tratándole de paces, y, según dice el Capitán de Ormuz, sin entenderlo él; por lo cual han estado y están disgutados y tuvo tres meses presos los marineros que le llevaron al Obispo la respuesta del Sultán, por venir escondidos de noche, hasta que agora, por amor de mí, los mandó soltar, que eran vasallos del Sultán. Y bien claro se ve cuánto daño ha hecho con su carta; pues, demás que acá están arrepentidos de haber ellos comenzado a tratar de paces, pensando que por su mano las han de concluir con grandes ventajas; y engáñanse mucho, porque el Capitán, antes no las concluirá, que tratarlas por su mano; y así se lo ha escrito a este Sultán, y que por ninguna otra que por la nuestra las quiere acabar, por ser religiosos de vida exemplar, verdaderos, desinteresados e inviados por Su Santidad a estos Reinos.

» Luego que llegamos la primera vez a Ormuz, escribió segunda vez el Obispo de Cyrene al Sultán; y, aunque se supo luego, no entendimos lo que contenía. Helo sabido, habrá un mes, deste embaxador, nuestro amigo, en cuya casa estamos, y de un criado suyo, grave y fidalgo, los cuales dicen que el Sultán les dió por disculpa, de no querer concluir este negocio por mano nuestra, el haberle escrito una persona tan grave como el Obispo, que demás de ser nosotros forasteros, somos gente que no tratamos verdad, y que no nos debía dar crédito. Yo no acabo de persuadirme que sea así, aunque por otra parte hay mil indicios de ello.

» He querido dar cuenta a V. R. desto, por parecerme es cosa grave, y de hacer caso della, que el Obispo haga tal oficio. Porque, habiendo venido nosotros a predicar a este reino la fe de Jesucristo, que contiene verdades tan superiores a todo entendimiento humano, ¿cómo nos han de dar crédito a ellas, cuando un Prelado de la Iglesia afirma que no se nos debe dar en cosas de tierra y lodo, como es mil escudos de presente, que es en lo que se repara para concluírse las paces? Siempre que me acuerdo desto, no hago si no encoger los hombros, pareciéndome hay aquí encerrado algún sacramento de la gloria de Dios, y digo maravillado: *¿ Mannú ?* Espero en la divina bondad que nos ha de ser este trabajo mucho más dulce y sabroso que el mismo *manná*, y en esta confianza lo hemos llevado alegrísimamente, dando gracias a Dios por todo. »

CAPITULO VII

HÁCENSE LAS PACES

El Shah atento con los prisioneros portugueses.— Roberto Sirley y el P. Redento, embajadores de paz a Ormuz y a España.— En Ormuz quedan concluídas las paces y libres todos los prisioneros.

Vamos ahora a ver cómo recibió el Shah a los prisioneros portugueses, y quiénes los libertaron y llevaron a Ormuz la paz y la alegría. Nos lo cuenta todo el P. Redento de la Cruz, como testigo de vista y aun parte muy activa y mediador eficaz en el negocio de las paces (1).

« Cuando llegaron los cautivos portugueses a la corte persiana, todo el mundo creyó, dice el P. Redento, que los iba a mandar matar. Pero no fué así, porque el Shah tenía ya cabal noticia de la llegada próxima de don García de Silva y Figueroa, embajador del Rey Católico a sus estados. Por eso « el Rey los recibió con mucho amor y cortesía, haciéndolos cada día grandes favores, convidándolos, llevándolos a caza, diciendo que bastaba que fuesen vasallos del Rey de España, su hermano y amigo, para que él los hubiese de tratar de aquella manera; haciéndoles también muy grandes donativos de dinero y vestes ricas. Trataba de enviarlos con un embajador moro a Ormuz. »

Este embajador moro había de seguir luego su camino a Goa y a España, para dar explicaciones al Rey Católico de los sucesos de Bandel Comorán y de los otros negocios pendientes entre ambas naciones. Pero luego cambió el Shah de parecer en cuanto a enviar embajador moro, « por tener información de todos los que han ido a 'franquía' (2), haciendo allá mil insolencias, bellaquerías y borracheras, con grande disgusto de aquellos Príncipes, muy en descrédito y

---

(1) « RELACIÓN BREVE *del viaje que hizo el P. Fr. Redento de la Cruz en compañia del conde don Roberto Sirley, embajador del Rey de Persia a Su Majestad Católica, desde Aspahán, corte de aquel Rey, hasta Lisboa.* » Consta esta Relación de 14 folios en 8.° A ella nos referiremos en adelante al citar al P. Redento, mientras otra cosa no se advirtiere.

(2) Quiere decir a Europa, ya que, como sabemos, a los europeos los llamaban, y llaman aún en Oriente, « francos ».

deshonra suya. Por lo cual se determinó a enviar nuevamente por embajador a España a don Roberto Sirley, que por aquellos días había vuelto a Persia, « por la vía de Laur y tierras del Rey Mogol, con respuesta de la embajada que llevó a los Príncipes cristianos los años antes. »

Pero es el caso que don Roberto no se mostró inclinado a volver con esta nueva embajada. El Rey le tanteó una y otra vez, incluso convidándole a una cacería; y para insinuarse en su ánimo, « lo fué examinando, preguntándole qué le parecía que hiciese con aquellos portugueses que tenía como prisioneros. Don Roberto le respondió que le parecía que los enviase honradamente, y que en ningún modo perdiese la amistad del mayor y más poderoso Rey de los cristianos. » Entonces el Shah le dijo « que sería de muy su gran servicio, si él tornase a emprender otra vez este viaje y embajada, llevando dichos captivos para presentar en la India, y que pasase él a España para tratar con el Rey cosas de importancia. »

No se determinaba a ello don Roberto, « representándosele en su imaginación todo lo que en tan largo camino había padecido; y así, rehusando esta empresa, se excusaba por el mejor modo que podía, diciendo que aún no eran dos meses que había llegado, y un día de reposo no había tenido de caminos tan largos, y de tantos trabajos que había padecido en compañía de su mujer; que deseaba mucho quietarse. También decía que no le enviase a España, donde fué tan desacreditado y calumniado sin razón. Ni a la India, donde fué por los portugueses tan perseguido, procurándole quitar la vida, y que, ya que no pudieron, le quemaron y perdieron la hacienda. Nada de esto bastó para dar satisfacción al Rey, porque estaba ya resuelto en ello, y así le apretaba mucho para hacerlo aceptar. »

No pudiendo, en efecto, don Roberto librarse, como quisiera, de la insistencia del Rey, « le pidió un día de término para pensarlo bien y ver el estado de sus cosas. Concedióselo el Rey, y luego don Roberto se fué a comunicar esto a los Padres carmelitas descalzos, para que, encomendando a nuestro Señor el negocio, le aconsejasen lo que les pareciese convenir más. » Los Padres lo encomendaron a Dios « con mucho cuidado », y luego se resolvieron a aconsejar a don Roberto « que emprediese esta embajada, moviéndolos el ver que pendía de ello la libertad de los portugueses captivos, estando a peligro, si él no fuese, de que tarde o nunca se verían libres, y corrían peligro de que algunos quedasen moros, por mozos y de poca experiencia. Más: que con su ida se remediaría Ormuz, que estaba en tan grande necesidad, sin mantenimientos para su comida, sin agua para beber, que todo esto va de la Persia (sólo tienen

algunas cisternas que allá hinchen con la lluvia), sin dinero, ni el común ni el particular, por haber cesado el comercio de las cáfilas de Persia; y era tanto, que ni para pagar los soldados tenían, y así, cada día se amotinaban, y estaban a peligro que los persianos prosiguieran su guerra, sabiendo ellos todas estas necesidades en que estaban los de Ormuz; mientras los persas se veían como cebados de los despojos y presas que habían hecho y victoria que habían alcanzado ..... »

Con esto, don Roberto se avino a aceptar nuevamente el cargo de embajador, a condición de que le había de acompañar un Padre carmelita, y que, si no era así, de ningún modo se metería él otra vez en embajadas. Por lo demás, dijo «·que, si esta su ida era de la gloria de Dios y servicio de Su Majestad Católica, él se arriscaría a todo, aunque fuese su vida; y así envió su respuesta al Rey, que tan solícito estaba por saberla ». El Rey recibió con ello « muy grande contento, y juró por su cabeza que todo cuanto le pidiese don Roberto, se lo concedería ». Don Roberto le pidió que le diese por compañero al P. Fr. Redento de la Cruz, para que entrambos formasen a una aquella embajada, « lo cual, si no le concedía, no se partiría, aunque le hiciese pedazos todo su cuerpo. » El Rey se lo concedió, mandó extender una real orden, « sellada con su real sello », para que el Padre Fr. Juan Tadeo, como superior de la Misión carmelitana de Persia, mandase, a su vez, que el P. Redento de la Cruz, súbdito y compañero suyo, acompañase a don Roberto Sirley en aquella embajada.

« Este mandato del Rey, interpretado fielmente del persiano en nuestra lengua », lo inserta en su RELACIÓN el P. Redento, y es como sigue: « Nuestro mandato Real fué dado: Conviene a saber, cómo a los Padres muy reverendos y virtuosos cristianos, el P. Fr. Juan Tadeo y el P. Redento, que de las partes de la cristiandad vinieron a nuestro real servicio y al presente residen en nuestras tierras; pues, como enviásemos al Muy Ilustre y estimado Hijodalgo don Roberto Sirley con servicio de nuestra embajada a las potentísimas Majestades de la Cristiandad, mandamos asimismo al Padre superior Fr. Juan que, por razón de más crédito y confianza, enviase a su compañero P. Fr. Redento de la Cruz, que vaya en compañía del sobredicho Grande y Muy Ilustre Hijodalgo, para que los dos tengan una misma palabra en el servicio que van a las sobredichas Majestades Cristianas, a las cuales, de nuestra parte, den y signifiquen nuestra embajada, y que el sobredicho Padre Juan se quede en este reino para nuestro real servicio, al cual dimos este mandato para que enviase al P. Fr. Redento en compañía del sobredicho Hijodalgo y al P. Fr. Juan aquí le detuvimos para que resida

en nuestros reinos.... Dado en el mes de Ramadán de 1024 años de Mohamet.»

La orden y patente, que el P. Juan Tadeo dió al P. Redento, está en lengua latina en la misma Relación, con todas las cláusulas que pueden obligar en obediencia a un religioso. Fué escrita y firmada por dicho Padre y sellada con el sello de su oficio, y dada « en nuestro convento de Jesús María de Ispahán a 19 de marzo de 1615 »(1).

Con estas cartas y patentes, habiéndose despedido del Rey, se dispusieron don Roberto y el P. Redento a cumplir con su embajada. Esta no pudo llevarse a cabo tan pronto como todos esperaban, por los trámites que hubieron de seguir para conducir consigo a los cautivos y para alcanzar todas las cartas que deseaban llevar para el Pontífice, para el Rey de España y para cuantas autoridades habían de ver y tratar en aquellos negocios, juntamente con los más amplios poderes que pretendieron y lograron obtener, con el fin de arreglar ellos, en nombre del Shah, las paces con los portugueses de Ormuz.

Una vez que lo hubieron conseguido todo a la medida de su deseo y de su celo, por el bien de los cristianos y en especial de los cautivos, se partieron de Ispahán a 10 de octubre del mismo año 1615. Para estas fechas, los cautivos del Comorán habían sido enviados por el Shah al Kan de Shiraz, con la orden de que los tuviese allí hasta que Su Majestad dijese. Nuestros embajadores llevaban ahora la autoridad del Rey para que los libertasen y los llevasen consigo. «Llegaron, dice el P. Redento, a una ciudad que se llama Shiraz, que está casi en el medio camino de Ispahán y Ormuz, donde fué necesario detenerse algunos días, que lo ordenó así Dios para el bien de las almas de aquellos esclavos, criados que fueron de los portugueses tomados en el Bandel Comorán. Porque, como trajese orden el embajador, con mandato muy expreso del Rey, para que se los entregasen todos, había muy grande dificultad; porque, como los tenían la gente más principal de la tierra, disimulábanlos y escondían. Pero, aunque no se debieron de hallar algunos, los demás parecieron, ayudando mucho a esto la industria del Padre, porque procuró que llegase a noticia de ellos la orden que tenían del Rey, y les aseguraba que, si venían a casa del embajador, estarían seguros. Así principiaron a venir voluntariamente, sin que sus amos lo supiesen; con la cual traza, quedaron burlados, aunque muy sentidos, los amos, y sin costar de nuestra parte ningún trabajo. El embajador atendía a las cosas de su cuerpo, dándoles de comer y vestir, y

(1) En la citada RELACIÓN del P. Redento.

el Padre a las de sus almas, confesándolos luego y haciendo que oyesen misa, la cual cada día decía, para así echar de sus almas el veneno que habían tomado con la comunicación de aquella miserable gente en tantos días.»

El P. Redento, más que embajador, era Misionero. Si él, como el P. Leandro, aceptó esta embajada, fué siempre con miras a la salvación de las almas. Los que no lo entienden así, los que ven en esto miras y políticas humanas y nada más qne eso, lo han criticado y critican en los Misioneros. Es porque en esos críticos no existe el puro amor a las almas, como existe en el pecho ardiente de nuestros Misioneros, como existía en aquel corazón de nuestro antiguo canónigo aragonés, el Misionero carmelita P. Redento.

He aquí por qué, como él mismo nos dice, hablando de sí en tercera persona, «una cosa era la que tenía muy afligido al Padre: no poder ayudar a una portuguesa blanca, que cada día le enviaba a pedir ayuda; pero era muy dificultosa cosa el dársela, porque la tenía su amo muy encerrada. También se supo, añade, de otras dos mujeres, que estaban en las mismas condiciones. Viendo, pues, que no había otro remedio, hizo muy del enojado embajador con el Duque de aquella tierra, diciendo que no había de partirse de ella hasta darle unas esclavas portuguesas que le encubrían y que había de escribir al Rey que no quería obedecer su mandamiento. Con esto, el Duque, aquella misma tarde, envió a llamar al Padre, para que fuese a examinar a aquellas mujeres: si querían ser cristianas, que las daría, y cuando no, que se quedarían en su tierra. Fué el Padre, y hallólas bien persuadidas a todas de los moros, prometiéndolas éstos muchas mercedes. Al fin, preguntando el Padre a la portuguesa si quería ser cristiana o no, ella respondió con grande ánimo: que cristiana nació y cristiana quería morir, aunque la hiciesen pedazos. Viéndola los moros tan determinada, la hicieron pasar a la parte donde estaba el Padre; y, preguntando a las otras lo mismo, respondieron que querían ser moras. Pero no es mucho, pues lo habían nacido y mamado también sangre mora, habiéndose convertido a nuestra santa fe pocos años antes.»

Después de estos trabajos y rebuscas de cristianos esclavos, «recogiéronse, dice nuestro Misionero, veinti tantos hombres, y también un marido con su mujer y hijos, y tres mujeres»: que fueron otras tantas almas salvadas de las garras de Lucifer y de una esclavitud ignominiosa.

Partieron, al fin, de Shiraz con estos bellísimos trofeos, «y llegando a una ciudad que se llama Jarón (Djahrum) a siete días de Ormuz, se adelantó el Padre, rogándoselo el embajador, para que diese razón de su venida a don Luis de Gama, Capitán que era de Ormuz. Halló en el camino, dice

el mismo P. Redento, poco más de media jornada de Ormuz, a un portugués; y, como viese el Padre que se le encubría, dióle más deseo de hablarle. Aunque era muy de noche y tarde, conoció en sus palabras melancólicas, sus malos y engañosos propósitos que llevaba, como él propio vino a confesar: que iba al Kan o Duque de Shiraz por ciertos negocios que tenía que tratar con él, para remedio de sus necesidades, pues en Ormuz no lo hallaba. Luego que vió esto el Padre, principió a persuadirle cuán engañado iba del demonio. Con la eficacia que el Señor le comunicó al Padre con su gracia, al fin desistió el otro de su dañado intento, y prometió al Padre de volverse con él a Ormuz. Venía en guarda de uno o dos moros, para que lo presentasen a dicho Duque; y así, luego que vieron que el Padre trataba de llevárselo consigo, vinieron casi a amotinarse los moros, diciendo que no lo dejarían de ningún modo, aunque les diese millares de ducados; porque les había dado palabra el portugués que en llegando a Shiraz, se haría moro. Viendo, pues, que era imposible podérselo sacar, disimuló el Padre, y usó de una traza muy buena, que fué escribir una carta al embajador, con grande secreto y muy encomendada, contándole cómo llevaban por fuerza aquellos moros a aquel cristiano; pero en todo caso se los sacase de las manos, y se lo trajese consigo. Fué el Señor servido que, aunque ellos lo procuraban llevar con grande cautela, vinieron a dar en manos del embajador, y se lo quitó y trajo consigo. Después, aquel portugués sirvió al mismo embajador algunos meses.»

El mismo P. Redento nos cuenta, de la manera más sencilla, su entrada en Ormuz y la alegría que allí causó su presencia, por las buenas noticias que les llevaba y los poderes que él y don Roberto traían del Shah para firmar las paces entre persas y portugueses, con otras cosas que cuenta el Misionero por estas palabras: «Llegó a Ormuz dicho Padre, día de Nuestra Señora de la Esperanza, a la noche (el 18 de diciembre), día que en Ormuz se celebra con grande regocijo. Fué su llegada de grande alegría para todos los de aquella ciudad, esperando que presto se pondría fin a las calamidades de aquella tierra; y así por esto como por otros respectos, se holgaron mucho sus Padres carmelitas descalzos que residen en aquella ciudad; y así recibieron al Padre con increíble consolación y contento.»

El P. Redento, sin pérdida de tiempo, «vióse, dice, al otro día con el Capitán, y le dió una carta de creencia del embajador. Trataron luego de lo que tocaba a su venida, (esto es, a la venida del embajador don Roberto), si podía venir con seguridad, y si se habían de hacer las amistades que por la guerra pasada estaban deshechas, trayendo los

capítulos que se pedían, de parte del Rey de Persia, para que, según eso, viese si se había de efectuar la concordia; porque, de otra manera, no traía orden de pasar adelante.»

La impresión que causaron estas palabras en el ánimo de don Luis de Gama, la expresa así el P. Redento: «El Capitán, dice, se holgó sumamente de su venida; y, visto y considerado todo bien, despachó un hombre con cartas suyas y de dicho Padre al embajador, respondiéndole cuánto estimaba todo, en particular su venida, y que las obras darían testimonio de todo esto. Prometiéndole, pues, al Padre de que no dudase el embajador en su venida y del buen suceso de los negocios, le escribió el Padre que viniese con buen ánimo, que del Capitán y de la ciudad sería bien recebido, y que no se trataba de otra cosa si no del recebimiento que se le había de hacer.»

Con estas buenas noticias, prosiguió su camino el embajador don Roberto para Ormuz, y «llegado al Bandel Comorán, envió a llamar al Padre», para hacer su entrada en aquella plaza junto con el Misionero, ya que entre ambos formaban aquella embajada histórica. Don Luis de Gama, al saberlo, «envió un navío con soldados muy bien puestos», para mayor honra y decoro de ambos embajadores. La embajada entró en Ormuz el segundo día de enero de 1616, siendo recibida por todas las gentes de aquella plaza con aplauso y aclamaciones. «Fué el Señor servido, dice el P. Redento, de que se concertasen las cosas todas bien, entre el embajador y el Capitán, siempre con asistencia del Padre; y así se publicaron las amistades y se abrió el camino para el comercio el día de los Reyes, con mucha alegría y contento de todo el pueblo. El embajador entregó todos los portugueses y criados al capitán de Ormuz, con que se vieron cumplidos los buenos deseos de dicho Padre y sus compañeros, de ver remediadas las necesidades de Ormuz y ver libres aquellos cristianos, sin que ninguno quedase en Persia, gracias al Señor que lo hizo.»

Con esto quedó patente y demostrado lo bien que supieron hacer el papel de diplomáticos aquellos pobres Misioneros descalzos. Algo mejor, a lo que parece, que los que en nuestros tiempos han dado tanto dinero para librar a otros cuantos prisioneros, que levantaron en vilo a nuestro pueblo.



CAPITULO VIII

EMBAJADA A ESPAÑA

Bautismo de cuatro esclavas. — Respóndese a la crítica de don García. — El P. Redento en Goa. — Propaga la devoción a la Virgen del Carmen y su escapulario. — Es nombrado Vicario General de los carmelitas de Persia, con orden de volver allá. — Impedimentos que le opusieron. — Resuelve el caso el jesuita P. Jerónimo Xavier. — Documento importantísimo que aclara un punto oscuro.

Cuando llegaron a Ormuz el P. Redento y don Roberto, ya no encontraron allí al P. Vicente. Había salido con dirección a Roma el 13 de agosto de 1615, a dar cuenta a los superiores de las nuevas de la Misión (1). Esta vez le dejaron en Italia unos cuantos años. Quedó al frente de la casa de Ormuz el P. Leandro nuevamente. El pudo dar más completa información al P. Redento que pasaba a España.

Don Roberto iba acompañado de la famosa Teresa Amazonitis, su mujer, cuya historia portentosa narramos detalladamente en el libro anterior (2). Con ellos viajaban los criados necesarios y el acompañamiento que solían llevar entonces los grandes señores.

El P. Redento ejercía entre el séquito de don Roberto el oficio de capellán y Misionero, como principal, aunque ya sabemos que nunca se prescindía de él en los negocios secretos y propios de la embajada, como parte integrante de la misma. Tan buena maña se dió a predicar y misionar entre los del séquito del embajador, que convirtió a cuatro esclavas de doña Teresa Amazonitis antes de llegar a Ormuz, y en Ormuz recibieron el bautismo en la iglesia de los carmelitas. Dícelo así el mismo Padre en su RELACIÓN: « El día de San Antonio Abad baptizó el P. Fr. Redento en la iglesia de su casa cuatro esclavas, criadas de la condesa, mujer del embajador, siendo padrino el Capitán de la plaza, y dicha señora condesa la madrina, concurriendo a este

---

(1) Carta del P. Leandro al P. Ferdinando de Santa Maria, General de la Orden, escrita en Ormuz y enero, último, 1616.
(2) Capítulos III y IV.

acto todo lo mejor del pueblo. Llamáronse: Luisa, Esperanza, Ana y Magdalena.»

Ahora vamos a dejar a los Padres Leandro y Luis Francisco en Ormuz continuando su obra misionera, para seguir nosotros de cerca al P. Redento en su embajada a España, y defenderle, como es debido, contra los ataques que le dirige don García de Silva y Figueroa, como se verá en su propio lugar. Con esto queremos poner también en su punto lo que de verdad y de falso hay en el famoso autor de los COMENTARIOS, el cual, no estando tan bien informado como los nuestros, ni habiendo vivido, como ellos, tantos años en Persia, ni conocido tan cabalmente a los orientales, se dejó llevar de lo que decían ciertos émulos de don Roberto, cuya fama pone don García en cuarentena, o más bien la oscurece con los más negros colores de su pluma.

Como últimamente se han resucitado los COMENTARIOS de don García de Silva y han llegado a ensalzar su autoridad hasta en algún periódico serio, es de todo punto necesario el ir publicando lo que a este respecto dicen nuestros Misioneros, para ver si la verdad se abre camino sin estridencias ni intemperancias como las del impetuoso don García.

Volviendo a lo que decíamos, «detuviéronse los embajadores, según el P. Redento de la Cruz, todo el mes de enero en aquella fortaleza de Ormuz, esperando el buen tiempo de partirse para Goa, y a los 30 de enero, día de San Andrés Fesulano, carmelita (1), a la noche, se partieron y gastaron tres días hasta pasar una isla llamada Lareca, tres leguas distante de Ormuz.

» El día de la Purificación, que es a 2 de febrero, dos horas antes del día, corrieron muy grande peligro, más por descuido o ignorancia de los oficiales de la nave que por mal tiempo; pues, cuando menos pensaron, hallaron la nave casi en seco, con tres brazas de agua solas. Cuando advirtieron el daño y quisieron aplicar el remedio, unos de turbados, otros de temerosos, queriendo abajar las velas, no podían, ni el timón gobernaba. Sólo se oía una voz y llanto de todos, como hacían los apóstoles cuando decían: ¡Sálvanos, que perecemos! La ruina y peligro se vió evidentemente, si no acudiera al socorro, por su misericordia, la que es Madre de ella, en su mismo día tan solemne de la Purificación; y así, con su ayuda, luego se halló la nave en tres brazas y media, luego en cuatro; y, como acertasen las aguas a crecer, fué la nave saliendo de aquel peligro; y todo el restante del camino hasta Goa fué muy próspero y feliz, sin

(1) Entonces debía de celebrarse su fiesta ese día. Hoy se celebra a 4 de febrero.

ninguna desgracia ni muerte, aun de caballos, con ir muchos; y descubierta la tierra el día de la Cátedra de San Pedro a la mañana (1), llegaron a la Barra de Goa en 24 días, a los 24 de febrero, vigilia de San Matías Apóstol, con admiración de todos, que en tan pocos días y con tanta bonanza se hubiese llegado.

» Fué dicho Padre Fr. Redento con carta del embajador don Roberto a verse con el Virrey de Goa, el cual le recibió con mucha alegría y contento, así por la relación que dijo tenía de él, como por los servicios que había hecho en la Persia a la India y a los portugueses, como por las nuevas de la venida del embajador. Y así usó con él de muy grandes cortesías y le hizo al embajador muy solemne recibimiento, como consta en otra parte (2).

» Entraron en Goa víspera de San Cirilo Carmelita (3), habiendo estado el embajador aposentado aquellos días en un palacio que tienen los Virreyes dos leguas de Goa, muy regalado del Virrey, hasta que estuvo aparejada la casa que le señalaron para su habitación en Goa.

» De allí a cuatro días se vió el embajador con el Virrey, para tratar de los negocios que traía; y el Virrey envió a llamar al P. Fr. Redento, para que asistiese en aquella junta, en la cual quedó confirmado todo lo que el Capitán de Ormuz había hecho sobre las amistades con el Persiano. »

Ahora viene lo que los émulos achacaban a don Roberto Sirley, lo que recogió fácilmente don García y lo trasladó a sus célebres COMENTARIOS

« Halló el embajador (dice serenamente y sin nombrar a nadie el P. Redento) algunas personas que le tenían mala voluntad, y le procuraban desacreditar e impedirle su embajada, y de hacerle todo el daño que pudiesen, como hicieron en España y en el Syndi, procurando provocar a ello al Virrey, y hasta gente principal. Pero fué el Señor servido que no prevaleciesen, dando todos más crédito a dicho Padre que no a los émulos; procurando él informar de todo al Virrey y a otras personas, obrando Dios por medio suyo de manera, que no pudieron hacer nada los contrarios: tan satisfecho quedó el Virrey y todos de su información.

» La ventura fué estar este Padre en muy buena opinión y reputación con todos, así por cartas de muchos, como por informaciones particulares, quizá movidos más por afición que le tuviesen que por sus merecimientos. Y fué esto tanto, que el mayor de todos los contrarios dijo al mismo

---

(1) A 22 de febrero, fiesta de la Cátedra de San Pedro en Antioquía.
(2) No ha llegado a nuestras manos esa RELACIÓN, a la que se refiere el P. Redento varias veces en la que vamos siguiendo ahora.
(3) O sea a 5 de marzo, víspera de San Cirilo Constantinopolitano.

Padre un día: 'Para nuestro daño habemos puesto en tanta opinión a V. R., que agora es de todos tan creído y estimado.' En suma, ordenólo Dios para bien del embajador y su mujer; porque, según las cosas tan graves que sus enemigos sembraron, no se podía coger si no muy grande ruina o total daño suyo. Porque no decían menos sino que eran herejes, y que habían intentado contra la corona del Rey de España, y que venía agora engañosamente enviado del Rey de Persia para espiar aquellas tierras, y otras cosas semejantes; de manera, que no faltaban pareceres que le diesen *un bocado* (1); y también no faltó quien lo procuró. Pero, como dicho Padre informase de todo lo contrario, y lo veían venir en su compañía, se apagó después este fuego con el ejemplo que dió el mismo embajador y su mujer, de su cristiandad, y muchas señales muy claras de ser muy diferente de lo que le imputaban. »

Así se expresa nuestro grave y sesudo Misionero aragonés acerca de la conducta de don Roberto y de las calumnias que sus émulos le levantaron en Goa, del odio que les debía inspirar aquel personaje histórico, hasta querer y procurar darle un veneno o « un bocado », como dice con palabra más benigna el P. Redento.

Después de esto, ¿qué fe nos va a merecer lo que dice el impulsivo don García en sus COMENTARIOS acerca de todos estos personajes que nuestro Misionero describió y trató íntimamente? ¿Cómo no hemos de excusar a don García, haciendo honor a su celo y patriotismo, con decir que fué demasiado crédulo en acoger todos los dichos y hechos que tan falsamente, como dice nuestro Misionero, levantaron a don Roberto sus émulos y enemigos declarados?

Porque don García narra minuciosamente en muchas páginas de sus COMENTARIOS la historia de esta embajada muy de otra manera (2), con calificativos denigrantes para nuestros Misioneros, en especial para nuestro P. Redento, hasta llegar a decir que *se empeñaba en sustentar este frayle con una estraña ambición el nombre de embaxador que tanbien se arrogaua a sí* (3): lo cual es tan falso como sabemos por las credenciales del Shah que dejamos arriba copiadas y por lo que el superior de dicho Padre atestiguaba en las letras patentes.

Es, además, muy gratuita y tendenciosa la afirmación que hace don García acerca del negocio principal de esta embajada y la razón de apoyar el P. Juan Tadeo ante el Rey

---

(1) Un bocado de veneno, quiere decirse en esta sencilla palabra. Subrayamos nosotros la palabra.
(2) Cfr. COMENTARIOS, tomo II, pág. 125-49.
(3) Ibidem, pág. 145.

la designación de don Roberto para llevarla. Ya sabemos las miras altas y evangélicas que tuvieron nuestros Misioneros, como se ha dicho: la paz de Ormuz, la libertad de los cautivos cristianos y el negociar con el Rey de España para bien de las cristiandades de Persia y de las posesiones portuguesas en aquellas costas.

Pues bien: don García cuenta de este modo la historia. «Facilitó, dice, la enbiada de don Roberto... la mucha diligencia que para ello puso Fray Juan Thadeo, prior de los carmelitas descalços, ya nombrado, el qual fué el principal instrumento con que se hizo esta negoçiación, ansi con el Rey como con sus ministros; la ocasión que pudo mouer a este religioso para entremeterse con tanta acçión y fuerça en caso semejante *y tan ageno de lo que profesaua* (1) fué la competencia que tuuo con los frayles de San Agustín, o por hablar más propiamente, ellos con él y con los demas Frayles de su Orden. Porque, como de muchos años atrás los agustinos tuuiesen un conuento en Ormuz y otro en Spahan, lleuauan mal que los carmelitas lo tuuiesen también en esta ciudad, y en Ormuz hazían abiertamente grandes diligencias por echallos de una pequeña iglesia que los carmelitas allí auían fundado con nombre de hospedería (2), diziendo auerlla hecho sin orden de su Majestad. Esta competencia... mouió a fray Juan a que buscase valedores para que, ansi en la corte de España como en la Romana, negociasen poder tener en estas dos çiudades, conventos (3).»

Así lo afirma todo don García, sin saber nada de los breves de los Romanos Pontífices sobre estas fundaciones carmelitanas en aquellas tierras, a las que los carmelitas habían ido con mandatos de Su Santidad y como embajadores suyos.

De la competencia entre agustinos y carmelitas, en las relaciones de nuestros Misioneros y en las cartas particulares a sus superiores se refiere lo que pasó entre ellos. Bastante diremos y hemos dicho ya en este libro.

Sigamos ahora al P. Redento. Su RELACIÓN es interesante y atractiva, como la de todos los Misioneros. En ella está perfectamente retratada su alma apostólica.

Apenas llegado a Goa, aunque embajador y todo, procuró buscar un convento donde hospedarse. Todos los religio-

---

(1) No tan ajeno; pues era embajador del Papa, como don García lo era del Rey de España.

(2) *Hospicios* llamaban los carmelitas a algunos conventos especiales de sus religiosos, para los que tenían que pasar por ellos de un convento a otro, a fin de no andar hospedándose en casa ajena.

(3) COMENTARIOS, tomo II, pág. 133.

sos de Goa le ofrecieron « una celda ». Pero él, antes de decidirse a escoger por cuenta suya, « quiso seguir el consejo del Inquisidor, con quien comunicaba mucho ». Este le aconsejó que se recogiese en el convento de la Madre de Dios, de franciscanos recoletos, como más a propósito para su vida retirada. El tal convento distaba una milla de Goa. Y no solamente se lo aconsejó el Inquisidor, sino que él mismo en persona fué a pedir hospedaje para el buen Padre carmelita. Recibióle el Guardián « con muy grande voluntad », y allí estuvo nuestro Misionero durante su estancia en Goa. Mucho lo sintió don Roberto, que lo quería tener a su lado en su posada para tratar sus negocios con mayor facilidad. Pero contentóse luego, sabiendo lo contento que se hallaba el Misionero, y lo puntual que le tenía siempre que le necesitaba.

Once meses, nada menos, estuvo el P. Redento con su compañero viviendo con los Padres recoletos de Goa, los cuales trataron a los nuestros « con muy grande caridad, como quien tanto la profesaban; que por ser tan ejemplares, eran de todos estimados en la India. » Hacían la vida de ellos; acompañábanles en los ejercicios de piedad y de oración, y en todo lo principal seguían los actos de comunidad, « para aprender de su ejemplo y virtudes », como dice humildemente el agradecido corazón de nuestro Misionero aragonés.

Durante este tiempo hizo su profesión el Hermano Eliseo, que fué a 26 de junio de aquel año 1616, y cayó en domingo. La profesión fué muy solemne. Celebróse conforme al ritual carmelitano. El P. Redento dijo una fervorosa plática alusiva al acto. Asistieron todos los religiosos recoletos y muchos seglares, todos los cuales, « así religiosos como seculares, asistieron a la profesión con candelas encendidas, que esta es usanza suya ». Entre los concurrentes estaban los Padres y parientes del Hermano Eliseo.

En los once meses que estuvieron los nuestros en Goa, tuvo el P. Rendento ocasión de hacer muy buenas amistades, siendo uno de sus mejores amigos el P. Fr. Francisco de la Asunción, recoleto, « varón de muy grande santidad », a quien escogió por confesor durante aquel tiempo.

Además, no teniendo allí superiores de su Orden, a imitación de su Madre Santa Teresa, se eligió un superior a quien consultar y prestar obediencia en todo. Y éste fué el P. Jerónimo Javier, de la Compañia de Jesús, « varón de grande fama por su santidad y que iba por las mismas pisadas de su pariente el Beato Javier, que es el lustre de la Compañía de Jesús ». El P. Redento se había comunicado mucho por cartas con el P. Jerónimo Javier, cuando este Padre residía en la corte del Rey de Mogol y el P. Reden-

to en la del Rey de Persia. De ahi la confianza ilimitada que le inspiró aquel santo jesuíta. El P. Redento le hizo director y superior suyo, « para que le guiase y encaminase, no sólo en las cosas del alma, sino también en los otros negocios que se le ofreciesen. »

El negocio principal que se le ofreció, fué el de la fundación carmelitana, cosa deseada y tratada muchas veces por los nuestros en la misma ciudad de Goa. Poco a poco iban desapareciendo algunas dificultades. La mayor que había, era la de ser aquella ciudad del patronato de Portugal y el ser los nuestros enviados directamente de Roma. Esta es la clave para explicar tantas idas y venidas de nuestros Misioneros, tantas promesas de presente y tanto irlo dejando para lo porvenir.

Esta vez parecía que la cosa iba de veras, pues nada menos que lo deseaba y lo pedía el señor Arzobispo don Cristóbal de Lisboa, el cual « hizo al P. Redento mucha caridad, por ser muy devoto de la Santa M. Teresa de Jesús. » Don Cristóbal le dijo, sin embargo, « que no podía dar licencia para hacer convento sin licencia del Rey ». Para alcanzar, lo más pronto posible, la autorización real, don Cristóbal mismo « escribió una carta muy buena » a Su Majestad Católica. Mientras tanto, lo que él autorizaba era que « pudiesen venir sus Padres carmelitas, que están en la Persia y en Ormuz, a hacer un oratorio ». La licencia para esto, se la dió el Arzobispo « in scriptis », y el P. Redento se la envió al Padre Leandro, superior de Ormuz. Tan entusiasmado estaba ya el buen Arzobispo con la nueva fundación en su archidiócesis, que llegó a señalar el sitio donde podría hacerse. Mas tardó todavía algunos años en lograrse. Ya lo veremos en el libro siguiente por sus pasos contados.

Con lo frecuentes que eran las visitas de los Misioneros teresianos a Goa, iba extendiéndose por allí la devoción a la Virgen del Carmen y a su santo escapulario. Las mejores familias tenían a gala y devoción el vestirlo. Nuestro Misionero aragonés contribuyó ahora mucho a extender la devoción más popular de la Virgen; tan popular, que no puede explicarse sin tenerlo como cosa poco menos que de milagro porque prende como reguero de pólvora en todos los corazones. Nuestros Misioneros iban echando ese reguero por su camino.

Por este motivo deseaban y favorecían también esta fundación carmelitana los Inquisidores de Goa, « llamados Francisco Borges de Sosa, Inquisidor Mayor, y Juan Fernández de Almeida ». También éstos « se lo pedían a Su Majestad en una carta que le escribieron ». Con ambos entabló estrecha amistad el P. Redento, « tratando con ellos muy particular y frecuentemente, los cuales, como hubiesen recibido

el escapulario de Nuestra Señora del Carmen, hicieron que también toda la familia de ellos lo tomasen ». Y sobre este particular del escapulario, dice el P. Redento que fueron tantos los que de sus manos le recibieron en Goa, « que no le daban lugar a dicho Padre los que iban a buscarle al convento de la Madre de Dios, o los que lo cogían cuando iba él a la ciudad, dejando, cuando se fué, estendida en toda la ciudad muy grande devoción y muy grande noticia de ella, de la que había muy poca primero. »

Muchos fueron también los que le pidieron el hábito de la Orden; « pero, como estaba él para pasar adelante, no quiso darlo a ninguno, y así los despedía a todos. Mas creció en algunos tanto la devoción, que determinaron ir a la Persia a tomarlo, pidiendo al Padre con mucho encarecimiento que los enviase allá. Entre éstos, fueron cuatro los principales que, desde el principio que llegó a aquella ciudad, le hicieron grande instancia, aunque él procuró divertirlos cuanto podía. Pero como los viese tan perseverantes y unánimes, después de más de siete u ocho meses que lo pedían, los aceptó para enviarlos allá, probada bien su vocación no sólo por el Padre, pero aun por religiosos de otras Religiones... Todos eran muy grandes estudiantes. Tres de ellos iban ya en el tercero de Teología. Se llamaban Sebastián Mascareñas, Andrés Belloso, Pedro Acevedo y Francisco de Lemos. Todos eran bien nacidos y emparentados y con buenas legítimas. » El P. Redento les negoció todo lo referente al viaje y admisión en la Orden, y les buscó lugar en una nave que salió de Goa con rumbo a Ormuz. Además, « les dejó una instrucción del modo como se habían de regir en el camino », que la incluye en su RELACIÓN, « para que sirva de recuerdo al propio que la dió », y que encierra consejos admirables de discreción y santidad. Debía de ser el agraciado Sebastián Mascareñas a quien quiso nombrar superior de los otros, para que empezasen a ejercitar la virtud de la obediencia y ser en todo jóvenes disciplinados.

Después de esto, el P. Redento hizo los preparativos para seguir su camino a España, pues ya estaban aparejando la nave que había de conducir a los embajadores del Rey de Persia. Mas, he aquí lo que improvisamente le ocurrió entonces, según él lo cuenta. « Estando ya de partida para España, llegáronle cartas del superior de sus Padres que están en Ormuz (1), dándole nuevas de cómo eran llegados dos Padres suyos de Roma con patente de Vicario General para él, rogándole mucho que se volviese allá, y que en ningún caso prosiguiese su viaje, pues no tenía superior ya que le

(1) Era éste el P. Leandro de la Anunciación, algo contrario a la embajada del P. Redento, como veremos más adelante.

mandase; antes él lo era de todos. También le ponía que en conciencia estaba obligado a hacerlo, porque mandaba su Padre General que no dejase el gobierno, ni saliese de aquellas partes en ningún modo. También le representaba de cuánta necesidad era él para la Persia.

» Todo esto movió al Padre a resolverse a no pasar adelante, sino volverse a la Persia, principalmente por el orden tan preciso de su Padre General, de que no saliese de aquellas partes, que le parecía que le obligaba mucho en conciencia; y, como él iba tan contra su voluntad, se holgó mucho de esta ocasión tan buena para tornarse.

» Resuelto, pues, en esto y muy determinado, se lo dijo al embajador, mostrándole las cartas que había tenido por diferentes vías, lo cual sintió el embajador tan por extremo, que no se puede encarecer. Estaban ya las cosas del Padre en orden para llevarlas a la nave; mas hizo que se quedasen sin embarcar, estando ya las del embajador embarcadas.

» Como era este negocio de tanta importancia, para que ni por una ni por otra parte le cargasen, ni mezclase él en esto la voluntad y amor propio, y porque habia de causar grande admiración en todos la mudanza, quiso consultarlo con su Padre Javier, como hacía todas las demás cosas, confiado en que con su parecer y consejo no erraria, y que a todos podía dar satisfacción con eso. Mostróle, pues, las cartas y representóle la determinación que tenía. Pero el Padre Javier, para determinarse, tomó tiempo de encomendarlo a Dios y comunicarlo con sus Padres más graves. Estaban estos Padres de la Compañía en la grande fiesta, que hacen en su convento, de la Conversión de San Pablo, y así no pudo dar luego la respuesta; y no pudo ser este negocio tan secreto, que no llegase a noticia del Virrey y Arzobispo, los cuales, como asistieron a aquella fiesta y el P. Redento también, lo cogieron los dos aparte, diciéndole de las nuevas que habían tenido de su determinación, y persuadiéndole, y aun rogándole con términos muy corteses y con mucho encarecimiento, para que no desistiese de la empresa, siendo cosa tan de la gloria de Dios y servicio de Su Majestad, pareciéndoles que todo cesaría si él no fuese, y otras muchas razones que pasaron. Vióse el Padre en tanto aprieto y tan estrecha obligación, que no supo qué responderles, sino que él se sentía obligado en conciencia a hacerlo así por los órdenes tan precisos de su Padre General, y que más obligado estaba a su conciencia que a todos los del mundo. No les faltó replicas, a las cuales, por última resolución, les respondió el Padre que le asegurasen su conciencia personas doctas, y que sus Señorías diesen satisfacción a su Padre General, que él, de esa manera, les serviría, mandándoselo también el Padre Javier, a quien allí tenía por superior.

» Con esto, continúa el P. Redento, quedaron ellos muy contentos. Y estando de allí cerca el P. Vice-Provincial de la Compañía, lo llamaron y dijeron que luego, aquel día, acabado el oficio, juntase sus consultores y tratasen sobre este negocio: si contravenía el Padre Redento a la obediencia de su superior, no tornando a la Persia. Y el Virrey también habló sobre esto al P. Javier. Tuvieron su consulta; y, aunque de parte del P. Redento había gran contrapeso, todavía se resolvieron en que estaba más obligado a pasar adelante; y así avisado el Virrey de esta resolución, envió al otro día al P. Javier de su parte, para que se lo dijese y se lo mandase, como quien tenía poder para eso, y que él lo estimaría aquello mucho, etc. Fué el P. Javier con el encargo, y el P. Redento quedó obligado a no poder contradecir, y más mandándole aquel santo varón, y diciéndole que él escribiría a su Padre General, y que lo mismo habían de hacer su Vice-Provincial y el Virrey y el Arzobispo.

» Así quedó asentado esto, sin que se hablase más sobre ello, dándole todos al Padre esas cartas que decían, quedando muy agradecidos. Y no contento el P. Javier de las cartas que han escrito, le dió un papel al P. Redento, por el cual consta cómo se lo mandó, y es del tenor siguiente, escrito de propia mano. 'Jhs. Certifico yo, el Padre Gerónymo Xavier, de la Compañía de Jesús, Rector del Colegio nuevo de San Pablo, que, estando para se embarcar el P. Fr. Redento de la Cruz, carmelita descalzo, me vino a decir (como a quien había tomado por superior cuando a esta ciudad llegó) de una carta que le vino de Ormuz, la cual me mostró y ví, en que el P. Fr. Leandro de la Anunciación, de su religión, le decía que habían venido cartas y orden de Roma de su Padre General, que lo hacía Vicario General de los Padres de su Orden de estas partes, y que el dicho su Padre General extrañó la nueva que él había oído que se había partido de Aspahán para España, y le ordenaba que no saliese de estas partes. Y decía el dicho P. Fr. Leandro que, si esta su carta le tomaba antes de embarcar, *nullo modo* le convenía embarcarse, sino que se tornase a Aspahán, para cumplir con la voluntad de su Padre General, y con la obligación de su oficio. El dicho P. Fr. Redento, movido de esta nueva orden que le venía, vino a tratar conmigo y preguntarme lo que debía hacer de sí acerca de esta jornada. Afirmóme que estaba determinado de desistir de su camino y tornarse para la Persia y hacer lo que se le mandaba, diciendo que estimaba más la obediencia que toda otra cosa y que el gusto del embajador, con quien iba, y que la voluntad del Rey de la Persia, que lo enviaba. Oídas sus razones por esta parte, y viendo que el Virrey de este Estado instantemente me afirmaba ser de mucho servicio de Su Majestad

el Rey de Portugal y del Shah de Persia, y importar mucho al bien de la embajada esta su ida, quedé perplexo y dilaté la respuesta, por ser tan grave negocio éste, hasta encomendarlo a Dios nuestro Señor y tratarlo con el Padre Vice-Provincial y sus consultores. Hícelo así, y él y todos ellos afirmaron ser muy conveniente que el dicho Padre prosiguiese su jornada; porque, de lo contrario, ponía en grande riesgo el fin que se pretende de su Misión de Aspahán, y por otros respectos particulares, dignos de consideración.

'Y después me habló el Virrey, pidiéndome hiciese con el dicho Padre continuase su jornada, por ser así muy importante para el servicio de Su Majestad el Rey de Portugal y del Rey de Persia y para el bien del negocio que el embajador don Roberto llevaba, y de otros intentos que se pretendían de mucho servicio de Dios y de los Estados de Portugal y Persia y bien de la cristiandad de estas partes. Que todo visto y considerado y encomendado al Señor Dios, me resolví ser así conveniente que el dicho Padre continuase su jornada, y juzgué que ésta sería la voluntad de su Padre General, si en Aspahán estuviera; y que, consideradas las muchas circunstancias que en esto concurren, el mismo Padre General lo enviara para bien del intento de su Misión.

'Y así, con el parecer de muchos Padres graves, que sobre esto consulté, me resolví en lo dicho. Y con la autoridad que él me dió tomándome por su superior, le mandé expresamente que, dejando acá orden de lo que sus Padres habían de hacer, fuese su jornada, asegurándole que era ésta la voluntad de sus superiores; que, como digo, así se lo hubieran de mandar, si ellos estuvieran presentes y vieran las circunstancias que para hacerla concurrieron. Y por verdad le dí este atestado, hecho y firmado de mi nombre en Goa a 28 de Henero de 1617. — Gerónimo Xavier. »

Hemos querido tratar estos puntos con las mismas palabras de la RELACIÓN del P. Redento, que, cierto, lo refiere sencillamente tal y como pasó en la realidad. Algunos émulos suyos, y hasta algunos de sus hermanos y de sus mejores amigos, le culparon luego por haber seguido su camino contra lo que habían dispuesto de él sus legítimos superiores. Este también es un punto obscuro que se aclara en la vida de este venerable Misionero aragonés. Por ser ignorado de muchos contemporáneos suyos y religiosos nuestros (nada digamos de don García de Silva), tomaron a castigo de Dios lo que le pasó más adelante.

Sigámosle ahora por su camino.

CAPITULO IX

Con rumbo a Lisboa

La « Nuestra Señora del Carmen ». — Religiosos a bordo. — Edificante Cuaresma, Semana Santa y Pascua en alta mar. — Vueltas y revueltas en el Cabo. — Tiburones y demás. — La fiesta del Carmen. — 40 víctimas del « mal de Loanda ». — Piratas. — Aprovisionamiento. — Entra la « N. S. del Carmen » en Lisboa.

Después de la resolución tomada de continuar su viaje, el P. Redento escribió a los Padres de Ormuz y de Ispahán, refiriéndoles lo sucedido. Su deseo hubiera sido volver a Persia; pero, en vista de las razones que le dieron las autoridades superiores de Goa, civiles y eclesiásticas, y la manifestación de la voluntad divina, expuesta claramente esta vez por su confesor y director P. Javier, con harto sentimiento suyo, seguiría con rumbo a Lisboa y trataría de volver a Persia lo más pronto posible.

No hay para qué decir que el sentimiento, que decía tener nuestro Misionero, había de ser muy cordial y muy cierto. No le creemos capaz de decir lo que no sentía. Nadie le obligaba a ello. Podía defender su causa por otros caminos, y más viéndose ahora superior de aquellos conventos y ser necesario pasar a España para defenderlos ante la justicia, y a Roma a recibir órdenes del Papa y del General de su Orden, después de informarlos debidamente de todo.

Puestas en orden sus cosas y llegado el día del embarque, se despidió « del Virrey, del Arzobispo, de los Inquisidores y de las demás personas de su obligación ».

Los últimos días los pasó « en Nuestra Señora del Cabo, de los Padres recoletos franciscos, que está junto al embarcadero ». Con estos santos religiosos estuvo hasta los últimos momentos. Allí esperó al Hermano Eliseo, que fué a despedirse de sus parientes. Cuando estuvieron juntos, a la hora señalada se fueron a la nave, y se embarcaron « el primer día de febrero por la noche ». A la mañana, muy de mañanita, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, « dieron vela a la nave », la cual, gallardamente, salió del puerto de Goa, muy henchido otras veces de mástiles y de velas; pero esta vez bastante tranquilo y despojado de ellas, porque de

las naves que en el pasado año habían salido de Portugal, sólo había llegado aquélla en que iban nuestros Misioneros y que se llamaba « Nuestra Señora del Carmen ».

¡Hermoso presagio de feliz travesía! Con Nuestra Señora del Carmen habían de arribar a las playas de Occidente los que partían con ella del Oriente. « De grande consolación, dice el P. Redento, fué para él y su compañero ir en casa particularmente dedicada a su Madre, de que ellos y todos lo tuvieron a particular suerte y ventura ».

Mandaba la nave el Capitán Lanzarote de Franca Pita. Llevaba de Piloto a Alexo de Mota, ambos fidalgos portugueses. El Maestre era Manuel Fernández, español, que llevaba una cruz de Alcántara en el pecho. Todos ellos eran cristianos viejos, muy a las derechas, como ha de verse en la travesía. Precisamente en esto es en lo que va más ocupado nuestro Misionero, juntamente con los otros religiosos que iban en la nave. Eran éstos el P. Jacinto Palau, dominico catalán, el P. Fr. Isidoro de la Encarnación, franciscano portugués, que llevaba por compañero a Fray Simón de San Diego. Así que, con el capellán de la nave y otro sacerdote secular, llamado Tristán de Barrios, eran cinco los sacerdotes, con dos hermanos legos, el franciscano y el carmelita. Todos ellos iban « muy unidos y hermanados ». Desde el primer día, los tomó a su cargo el embajador don Roberto Sirley, dándoles de comer todo el viaje hasta Portugal, regalándolos en su misma mesa y honrándolos cuanto pudo. Así iban, en expresión del P. Redento, « como en un refectorio conventual ».

Cada día rezaban las letanías de Nuestra Señora, « y muchas veces a canto de órgano », dice nuestro Misionero. No sabemos qué órgano fuese aquel, a no ser que las voces humanas lo imitasen como los orfeones, que es lomás probable. No era tan fácil entonces como ahora celebrar la santa misa y muchas misas en tales embarcaciones, por mucho porte que tuviese la « Nuestra Señora del Carmen ». Además que, en tan largas travesías, no era fácil conservar para tantos meses las formas, que es lo más seguro. Tambien tenían que descontar los días borrascosos y de mar gruesa. Así y todo, dice el P. Redento que « los domingos y días de fiesta dijeron por lo menos dos misadas consagradas siempre ». El capellán de la nave colocaba su altar en el punto más a propósito para que la pudieran oír la tripulación y los pasajeros. « En la cámara del embajador se aparejaba otro, siempre muy bien dispuesto ». Allí decían la misa para los familiares de don Roberto y algunas otras familias distinguidas. « Cuando, por la lluvia o por otros inconvenientes, no se podía decir la misa sobre la cubierta al pasaje y a la marinería, don Roberto brindaba con su oratorio a la oficialidad y a otras

muchas personas, a todas las que fácilmente podían oír la misa en su cámara. Allí la decía con frecuencia el P. Redento. Y cuando el mar o la lluvia no permitían decir la misa fuera, la celebraban allí todos los sacerdotes que iban en la nave.

A los ocho días de embarcarse, « entró la Cuaresma », dice nuestro Misionero. Como los sacerdotes y religiosos que iban en la nave eran muy celosos y ejemplares, quisieron celebrar dignamente aquel santo tiempo. A ello ayudó mucho el espíritu profundamente cristiano del Capitán, de la tripulación y del pasaje. Aquellos eran otros tiempos, nada contemporizadores con el mal, y muy solícitos para cumplir los deberes cristianos, sin miedos a los respetos de los peores.

Celebraron pues, la Cuaresma, como pudieran celebrarla en el pueblo de más fe de las Españas de entonces, « por la buena comodidad que había de religiosos ».

Ante todo, designaron los predicadores o Misioneros para la Cuaresma. Fueron elegidos, por sus dotes y buenas prendas, el P. Jacinto Palau, dominico, y el P. Redento, carmelita, los cuales, alternando, habían de predicar en la nave todos los domingos de Cuaresma, el Miércoles de Ceniza, el Mandato del Jueves Santo, la Pasión en el Viernes Santo y la plática de la Resurrección. Así lo cumplieron ambos, empezando el P. Jacinto el Miércoles de Ceniza, haciendo un llamamiento a los fieles a la penitencia y cumplimiento pascual. Todos se pusieron la ceniza con espíritu profundamente cristiano, y santificaron aquellos días tan aceptables para la vida de piedad y de meditación de las verdades eternas. La nave dijérase haberse convertido en una iglesia flotante. Dice así el P. Redento:

« Tuvieron todos los Padres bien en qué ocuparse aquella Cuaresma con tantas confesiones, porque eran cerca de 400 personas de confesión en la nave. Los tres días mayores de la Semana Santa se hizo el oficio cantado con la solemnidad que pudieron los Padres, habiéndose aparejado un altar, bajo las lonas, muy capaz y competente, donde fué hecho el oficio con asistencia del Capitán y demás gente. » Además de este altar, prepararon otros dos en distintas partes del barco, para que con facilidad pudiesen todos asistir a los divinos oficios de la Semana Mayor, como lo hicieron; y « a los cuales tres altares, dice el P. Redento, acudía la gente a hacer sus estaciones, según la costumbre de tierra ».

Pero lo más admirable y difícil de comprender en nuestros regalados tiempos fué que durante los tres días de mayor penitencia, Miércoles, Jueves y Viernes de la Semana Santa, allí mismo tomaron su disciplina los religiosos, « como suelen en sus conventos », con algunos compañeros se-

glares que se les unieron en este ejercicio de penitencia, « con gran edificación de todos ».

Quienes con tanto fervor celebraron la Cuaresma, se alegraron y regocijaron fraternalmente los días de la Pascua. En la cámara del embajador don Roberto « se armó un altar muy curioso con paños de oro, para celebrar la solemnidad y alegría de la Resurrección de Cristo, el cual altar, según nuestro Misionero aragonés, estuvo puesto durante todo el octavario, y fué muy visitado por los que iban en la nave ».

Después de dar cuenta de estos actos religiosos y del gran bien que hicieron los Misioneros durante la Cuaresma con estos ejercicios de piedad y de penitencia, empieza el P. Redento a notar en su RELACIÓN los sucesos más memorables de aquella larga travesía y las cosas que más le llamaron a él la atención.

Véanse algunas sencillas notas, como muestra, por no desflorar del todo tan hermosa RELACIÓN.

« Pasamos, dice, la línea ecuatorial a 24 de febrero, donde perdimos de vista nuestro Norte.

» El Jueves Santo cayó un muchacho al mar, y no hubo remedio para librarlo; lo mismo fué también de otros tres. Otros se libraron por saber nadar. También algunos murieron de enfermedades, aunque pocos, entre ellos fué un criado del embajador, llamado Diego Ruiz, a 16 de junio, el cual tuvo enfermedad larga. Era natural de Valladolid.

» Aunque tuvimos muchas 'calmerías', pues nunca nos duró 24 horas continuo viento, a todos afligía mucho. Con todo esto, nos hizo Dios muy evidentes mercedes; pues llegamos, podemos decir que casi sin viento, a los 4 de mayo, día que era de la Ascensión del Señor, a ver tierra en más de 34 grados: cosa que a todos admiró de que tan sin pensar nos hallásemos tan cerca del Cabo de Buena Esperanza, que no estaba de allí 100 leguas por el rumbo que íbamos. Y aunque pensaban los oficiales que en muy breves días estarían a la otra parte de este Cabo, que es todo lo arduo y dificultoso de este viaje y enfadoso camino, y donde muchas naves peligran o les es forzoso tornar atrás, por las tan continuas y grandes tempestades que allí hallan, porque no se ensoberbeciesen y desvaneciesen con tan feliz viaje, quiso Dios humillarlos, con darles un viento contrario muy fuerte, que forzó al Piloto a apartarse de tierra, donde estaba cinco o seis millas lejos, y hacerse al mar. »

Aquí se extiende el P. Redento en consideraciones sobre los vientos favorables y vientos contrarios que tuvieron en el Cabo de Buena Esperanza, al que ellos dieron vista el 4 de mayo, y al día siguiente tuvieron vientos contrarios, los cuales « algunos días no les dejaban caminar si no muy pocas horas »; a veces les parecía perder camino, « y hallaban

que lo ganaban, de que el Piloto y todos quedaban maravillados ». Las corrientes de aquel famoso Cabo han jugado siempre con las naves a su capricho, haciéndolas andar dando tumbos de un lado para otro a su talante. Como 18 días anduvieron aquellos tripulantes de la nave « Nuestra Señora del Carmen » dando vueltas sin poder doblar el Cabo de Buena Esperanza, y dice el cronista Misionero: « No parezcan muchos, porque naves ha habido que han estado dos y tres meses en pasar camino de 50 o 100 leguas; y la que menos está, es otro tanto como la nuestra, poco más o menos ».

Hacia el 22 de mayo « llegaron a tan buen puesto, que ya todos creían ser pasado el Cabo; tanto, que se hizo lo que suelen siempre: decir misa en hacimiento de gracias a Dios, y, en señal de alegría, darse el « buen viaje ».

El 23 y el 24, contra lo que los oficiales creían, anduvieron « perdiendo siempre el camino que tenían hecho ». El 25, « que era el solemnísimo día del Santísimo Sacramento », desde el amanecer caminaron con viento en popa, muy grande y muy favorable; tanto, que llegaron a descubrir tierra; « y tan cerca, que no estaba a tres leguas. Quedaron todos los oficiales muy admirados, suspensos y dudosos qué tierra sería aquella, pareciéndoles que sería la Costa de Angola, pensando que ya quedaba atrás el Cabo; pero, cuando fué el día aclareciendo, también ellos se fueron desengañando, conociendo claramente que era el Cabo de Buena Esperanza, viendo de allí también muy claramente el puerto de Saldaña, que está un poco más bajo del Cabo adentro. Al fin, continúa el Misionero, fué el Señor servido que lo pasasen en día tan solemne, y darles tan buen tiempo y viento para proseguir su viaje, habiéndoles hecho dobladamente de que pasasen dos veces el Cabo con tanta prosperidad que, el pasarlo una sola, cuesta a todos tan caro. »

Vuelve a hacer aquí nuestro Misionero algunas digresiones geográficas y científicas, no siempre tan puntuales como suele. Dice que « pasaron por allí en tiempo del invierno de aquella tierra », y que « hacía tan grande frío como en cualquiera de nuestras partes ». Es curiosa la leyenda que recogió de los tripulantes u oficiales de la nave, como él los llama. Sabido es que antiguamente se llamó Cabo de las Tormentas « hasta el tiempo de la reina Catalina de Portugal, que le puso el nombre de Cabo de Buena Esperanza, porque en pasándolo, la cobran todos de llegar al puerto que desean ». Pues bién, dice aquí nuestro Misionero que, « como hay tan grandes tormentas para pasar este Cabo, muy pocas naves son las que dejan de romper mástiles, árboles, antenas o velas; y otras muchas también han vuelto atrás. Algunos han querido escudriñar, dice, la causa a que puede atribuírse esto, y han querido decir que es por estar

allí el demonio, que echó el ángel Rafael de Sara, hija de Raguel, que se casó con el hijo de Tobías: el cual demonio mató los siete maridos que se casaron antes con la misma Sara. » Y en confirmación de esta leyenda, sus autores traían a cuento el texto de la misma sagrada Escritura, en que se dice que « entonces el ángel, después de haber perfumado el aposento de los recién casados con el humo del hígado de aquel pez que había pescado Tobías, cogió al demonio y lo llevó al desierto del Egipto superior ». Como se ve, hasta las leyendas las van recogiendo los Misioneros en sus interesantes RELACIONES.

Mucho llamaron la atención del P. Redento la diversidad de peces que encontraron en los alrededores del Cabo. « Es cosa de ver, dice, la diversidad y gran copia de peces que acompañan a las naves hasta llegar al Cabo. Llámanse bonitos, cachorras, albacoras y otros nombres. En particular se veían muchos tiburones, que son pescados de la grandeza de un hombre, aunque de cabeza mucho mayor. Son muy crueles; tanto, que llegan disimuladamente a los que ven estar nadando y asirlos de alguna pierna o brazo u otra parte del cuerpo y no lo dejan en ningún modo, sin salir con la presa o con todo, y siempre son anuncios de calmas; y así, cuando no hay viento, andan alrededor de la nave; y si hallan carne, que suelen meter a desalar en el mar, ellos la cuecen dentro de sí, comiéndosela. Suelen pescar algunos con anzuelos muy grandes, que para eso traen puestos en cuerdas muy gruesas; otros con lazos, metiendo el cebo en medio, de manera que, cuando lo van a coger, se quedan ellos cogidos; y, para subirlos a la nave, son menester ocho o diez hombres; aunque su carne, por no ser muy buena, sólo la come alguna gente pobre. »

Habla luego de los peces voladores, los cuales acosados de los bonitos, « que son sus enemigos, se defienden con volar, y algunas veces vuelan tan alto, que entran en las naves. Es muy buena comida. » En aquellos días comieron abundante pesca. « Hubo grande regalo de pescado fresco, dice el Misionero; porque algunos días, que el viento hacía más fresco y la nave caminaba más, había hombre solo que pescaba de 15 a 17, más o menos. »

Entretenidamente describe el P. Redento, a su modo, algunos de los peces que más le llamaron la atención, y entre ellos el pulpo. « También vi allí, dice, aquel gran pescado tan apegadizo, llamado pulpo, el cual es feísimo, con muchas garras; la boca muy escondida. Es muy dificultoso describirse. Tiene muchos a manera de dientes, o, por mejor decir, muelas grandes como una castaña. En cualquier parte que ase con alguna de ellas, es muy malo de desapegar,

así sea piedra o palo u otra cosa, pero el remedio para desasirlo es el aceite.»

Algo más le llamó la atención el ver las ballenas, en no pequeño número. Porque dice: «Vense también muchas ballenas, cuya grandeza no creerá si no quien la viere. Va echando, por un agujero que tiene en la cabeza, agua muy alta, como surtidor.»

Dejando aquí las descripciones y digresiones del Misionero, sigámosle ya en la ruta desde el Cabo de Buena Esperanza en adelante. «Pasado el Cabo, dice, poco a poco fueron entrando los vientos que llaman generales, los cuales eran siempre en popa. Luego el Capitán de la nave comunicó con los oficiales el regimiento que traía del Rey, que decía que de ningún modo tomase la isla de Santa Elena, por estar allí siempre enemigos que van a hacer agua, como ha sucedido muchas veces hallarlos a las naves portuguesas y pelear con ellos. También prohibía el Rey que tomasen Angola, aunque es tierra de portugueses, por otros respectos. Trataron de lo que se había de hacer para el bien de la nave; porque, como habían estado cerca de cuatro meses hasta pasar el Cabo, les pareció que no se hallaría agua bastante para llegar a Portugal, que era menester, a buen caminar, más de otros tres meses. Determinaron hacer según el agua que tuviesen, porque de los demás mantenimientos había en abundancia. Fué el Señor servido que se conservase en las pipas tanta agua, que les pareció que, a su cuenta, sobraría, hecho y cumplido su viaje, y así que no era necesario ir a tomar ninguna a tierra.

» Esta fué una de las mayores mercedes que en este camino se podía recibir del Señor; porque, si se fuera a Santa Elena, era cierto hallar enemigos; y si a Angola, alargar el viaje; pero todos estos favores se deben a la Virgen Santísima del Carmen, que tenía de su nave tan buen cuidado. Y aunque unos hallaban poca agua y otros mucha, pero en particular las pipas del Rey, que eran 150, se hallaron más bien proveídas, y también las del señor embajador, que eran 35, sin otras jarras que traía, para el servicio de sus siervos, de los religiosos que bebían de ella, y de otros muchos pobres a quienes daban, haciendo cada día, no sólo de agua, pero de otras muchas cosas, muy continuas y grandes caridades y limosnas, con grande ejemplo y edificación de todos. Y bien tenía dicho embajador y su mujer en qué emplear su caridad, porque había muchos pobres en aquella nave, y no había quién les favoreciese si no ellos. Trajo matalotaje muy grande, porque con ser los de su familia y obligación más de 25 personas, traía mucha abundancia para socorrer a las demás necesidades.

» Pasaron por la altura de Santa Elena a los 11 de junio,

la cual está a los 16 grados, yendo a la línea equinoccial.

» El día de San Antonio de Padua, que fué a 13 de junio, se dispararon algunas piezas de artillería en la nave, a gloria del Santo, por ser portugués. Hubo muy solemne oficio cantado, diciendo la misa el P. Isidoro, y hizo una plática el P. Fr. Redento de la Cruz. A la tarde hubo una comedia muy bien hecha, que fué de grande divertimiento.

» A los 21 del dicho mes se pasó la altura de la isla de la Ascensión, que está a los 8 grados; y a los 24, a la noche, la altura de la isla de Fernando de Noroña, que está a los 4 grados. Hasta aquí se han disminuído los grados desde el Cabo.

» La víspera de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo se pasó la línea equinoccial, y se principiaron a aumentar los grados hasta el 38 y medio, en que está Lisboa; y empezamos a ver nuestro Norte, continuándonos siempre los vientos favorables .....

» A los 3 de julio cesaron los vientos generales, y hacíamos muy poco camino hasta los 9 de julio. Estando en los 10 grados de la banda del Norte, nos dieron entonces los vientos generales. Tuvimos pocas calmas. De 30 grados para 35, las tuvimos cuatro o cinco días ..... El camino derecho que hay desde Goa a Portugal son 3.700 leguas; pero, como vamos barloventeando, en particular hasta el Cabo de Buena Esperanza y en el mismo Cabo, así se alarga el camino a más de 5.000 leguas; y viénese a tardar también en este viaje tanto, por las muchas calmarias que se pasan, particularmente los que salen tarde de Goa, porque pierden los monzones, propios tiempos de los vientos.

» A 16 de julio, que es el día de Nuestra Señora del Carmen, tomó el Capitán y la gente de la nave muy a pechos el hacer muy solemne fiesta, por ser el título de la nave y por otros respectos. Aderezóse el convoy muy curiosamente; y quien más se mostró en esto, fué el embajador y su mujer, como tan devotos que son de esta Señora y de llevar su escapulario. Así, dieron muy curiosas piezas y paños de oro y seda, con que se aparejó un altar con tanta curiosidad, como podía estar en la mejor iglesia. Dijéronse vísperas cantadas la víspera de la fiesta, y hicieron después algunos bailes y danzas. Y el día propio, dijo la misa el P. Fr. Redento y predicó el P. Fr. Jacinto. Confesáronse y comulgáronse muchos aquel día, y tomaron el escapulario, proveyéndoles a todos el P. Fr. Redento. Aquel día mandó el embajador dar a muchos pobres de comer, y tuvo convidado al Capitán de la nave. Después de comer, hizo la gente de la nave una comedia muy bien hecha, y regocijaron también de otras maneras la fiesta, con mucha alegría de

todos. Envió a los comediantes la señora condesa una colación muy buena.

» El día de Nuestra Señora de las Nieves, 5 de agosto, que es la fiesta de los marineros y llaman los portugueses de Nuestra Señora de las Necesidades, aparejaron el convoy muy bien los Mayordomos de la Cofradía, y estaba muy bien puesto; pero vino una lluvia, que lo hizo descomponer alguna cosa. La fiesta festejóse muy bien, y dijo la misa el P. Fr. Isidoro y una plática el P. Fr. Redento. Hicieron una comedia y algunas danzas.

» El día de Nuestra Señora de la Asunción, 15 de agosto, aunque no se hizo tanta fiesta, todavía quiso el Capitán de la nave hacer alguna solemnidad y encomendó al Padre Fr. Redento la plática para aquel día, la cual hizo despidiéndose de todos, por última que sería en el viaje.»

Pero aquí la RELACIÓN del Misionero da un salto atrás, después de haber referido las fiestas principales que celebraron durante aquella larga navegación, y vuelve a tomar el hilo de su ruta en la costa de la Guinea y a relatarnos los percances del camino.

» La costa de Guinea, dice, entra poco después de pasada la línea equinoccial, y son allí tan excesivos los calores con calmarias, que mueren muchos. Pero Dios nos hizo merced de que pasásemos por esta altura con buen viento, y así no la sentimos, aunque las lluvias fueron tan crecidas, que dañaron mucha hacienda de la nave. Pero, aunque pasamos tan bien por aquí, quiso Nuestro Señor darnos después unas calmarias muy grandes, que duraron cerca de un mes, en el cual caminamos muy poco. De estas calmarias se engendraron algunas enfermedades que suele haber en este camino, que llaman 'mal de Loanda'. Sucede venir los cuerpos muy cansados con tan largo camino y tan grandes trabajos y descomodidades, con pocos mantenimientos buenos, y los pocos ya sin virtud, que sirven de muy poca ayuda y sustento; y así vienen a quedar todos tan flacos, que aun a los propios marineros les vienen a faltar las fuerzas para lo que deben hacer para el bien de la nave. Y así, a quien coge este dicho mal, lo ase luego del pecho y en dos días lo ahoga; que, si no se acude con mucha presteza a darle los santos sacramentos, mueren luego sin ellos. De este mal y cámaras murieron hasta 40 personas.

» Como creciesen las enfermedades y muriesen algunos y los mantenimientos se acabasen y la agua fuese muy poca, todos los hombres se hallaban sin vigor para el trabajo, por ser cerca de siete meses que éramos salidos de Goa, sin haber tocado tierra alguna, ni haber tenido ningún refresco; por lo cual, sabiendo la gente de la nave que había orden del Virrey para no tomar tierra hasta Lisboa, y

que se fuese por 42 grados sin tocar las islas Azores, se determinaron los marineros de la nave, de común consentimiento, ir al Capitán de la nave a pedirle tomase la primera tierra, porque ya ellos no se hallaban con fuerzas ni valor para trabajar. El Capitán llamó entonces a algunas personas principales de la nave y a los oficiales, y les propuso lo que habían pedido los marineros y les leyó la orden que dió el Virrey, y así, que dijesen lo que les parecía: si por las grandes necesidades presentes se podía romper dicha orden, que mandaba expresamente no se tomase tierra hasta Portugal. A todos les pareció que, supuestas las grandes necesidades de esta nave, no se debía ejecutar tal orden, sino tomar tierra. Y así asentaron y concluyeron que se tomase la isla Tercera, por ser muy abastecida de todas las cosas necesarias. Y así tomaron la derrota para allá, y a los 24 de agosto, día de San Bartolomé, por la mañana, se vió la isla de las Flores, fué la primera tierra que vimos desde el Cabo de Buena Esperanza. Esta es la primera isla de las seis de las que llaman Azores.

» El sábado siguiente a la mañana, se descubrieron tres veleros enemigos y se puso la gente para pelear, y toda la artillería y armas en orden. Fuéronse acercando dos de ellos, y descubrimos que eran de moros con algunos flamencos y franceses mezclados, puestos también ellos en orden de pelear. Acometieron dos veces a la nave con grande esfuerzo y ánimo; pero les valió poco, y no se hirieron ni hicieron ningún daño a nuestra nave ni a ninguna persona, y ellos lo recibieron grande; porque fueron muertos algunos, y una de aquellas naves fué muy maltratada, y, según vimos, debió de irse a fondo, porque se quedó muy atrás, y les vimos a más de prisa echar el agua, sin poderla estancar.

» Traíamos entonces muy buen viento, y entramos por un canal, que de la una y otra parte están la isla de San Jorge y la isla Graciosa, no habiendo distancia de la una a la otra más de cuatro o cinco leguas. El tiempo se nubló y cayó alguna lluvia, que nos hizo no poder ver la isla Tercera; y así íbamos derecho camino y la dejábamos ya a mano izquierda; y prosiguiéramos delante, si no permitiera el Señor que aclareciera un poco por donde estaba la isla, y vimos que la dejábamos ya. Quiso el Piloto volver la proa para ir allá, y se levantó luego viento tan recio y tan contrario, que no era posible de podernos llegar cerca, y debíamos de estar hasta seis u ocho leguas lejos. Dispararon algunas piezas, por si oían de la tierra, y no oyeron nada, por venir el viento de allá. Viendo el trabajo en que estábamos y sin remedio, con grandísimo desconsuelo, se determinaron tres marineros a ir en un batalejo pequeño a dar aviso a tierra; que fué grandísima osadía. Quiso Dios ayudarles por el consuelo

y bien de todos nosotros, y así llegaron cerca de media noche a la ciudad, cansados y casi muertos. Encendieron luego fuegos, para que los viésemos, que era la señal que llevaban, para que supiésemos que eran llegados. Con esto cobraron todos grande ánimo, esperando el otro día por alguna embarcación; y así vino con muchas flámulas y gallardetes, de que todos tuvimos el consuelo que se puede imaginar.

» Supimos cómo la nave Capitana, que había salido sola de Goa más de 20 días antes que nosotros, estaba allí cuarenta días había, esperando armada de Portugal, por haber tenido aviso del Rey que esperase la Armada que de allá vendría, por la poca seguridad que había del camino con tantos enemigos. Pero, como nosotros llegamos, pusieron en orden tres galeras muy bien armadas, para que fuesen en nuestra compañía, y así estuvimos allí, dando vueltas por no apartarnos de la ciudad, hasta que enviaron toda la provisión necesaria para la nave, viniendo también muchas embarcaciones pequeñas con refrescos de frutas y otros regalos, con que todos nos refrigeramos y consolamos mucho.

» Acabado esto, salió la nave Capitana del puerto con las galeras, y nos dió nuestro Señor el viento que podíamos desear y pedirle; con que nos partimos a 3 de septiembre, domingo, a mediodía.

» Al cuarto día se nos mudó el viento en Nordestes muy grandes, con lo cual no pudimos alcanzar la altura de los 40 grados, donde nos esperaba la Armada Portuguesa para acompañarnos hasta Lisboa y defendernos de los enemigos, si se hallaran. Creció el viento tanto, que nos llevó casi a la altura del Cabo de San Vicente, y bien cerca de él.

»Después de haber andado durante nueve días entreteniéndose los Pilotos dando vueltas a una y otra parte, nos vino buen viento, con el cual llegamos a ver tierra a 25 de septiembre. Algunas leguas antes de llegar a Cascais, vinieron Pilotos muy buenos y prácticos de aquella playa; y así, entraron en las naves a las 10 horas de la noche, no sin algún peligro de dar en seco por algunos desórdenes. Disparó la Capitana una pieza, con la cual vinieron al reclamo muchísimas barcas, las cuales llevaron gran suma de hacienda, por hurtar los derechos al Rey; y dicen personas prácticas que fueron tantos, que llegarían a la suma de cerca de 200 mil escudos los derechos hurtados al Rey de las dos naves.

» A 27 de septiembre, día de San Cosme y San Damián, vinieron luego las galeras de Lisboa para ayudar a llevar las naves al Río arriba; pero aquel día se hizo muy poco camino, y volvieron a echar las áncoras antes de llegar al paso peligroso. Pasamos allí aquella noche, y amaneció el otro

día muy nublado, de que los Pilotos estaban con muy grande cuidado no sucediera alguna desgracia; pero el gloriosísimo arcángel San Miguel quiso, en la víspera de su día, venir en nuestra defensa y alcanzarnos un viento muy favorable, en medio de tan grande oscuridad, el cual nos llevó en popa a Lisboa, sin desgracia ninguna, gloria a Dios nuestro Señor. Bien había obligación de darle muchas gracias, pues, con aquel tiempo, que suele venir siempre mal viento y dar al traste con las naves, llevó las nuestras con tanta seguridad, que no fué poco; porque aquel río, en declinar a la una parte o a la otra, dan en seco las naves, como ha sucedido, por estar, cuando se entra a la mano derecha, mucha arena y a la izquierda peñascos.

» De todo nos libró nuestro Señor por su misericordia, llegando a Lisboa a 28 de septiembre, víspera de San Miguel, sin haber tenido alguna desgracia en tan largo camino y con salud, que no es poco.

» Duró este viaje siete meses y veinticinco días, por los pocos vientos que hallamos, por respecto de salir tan tarde de Goa.

» ¡Sea todo a gloria del dulcísimo nombre de Jesús y de su Madre Santísima y de San José y de nuestra Santa Madre Tesesa de Jesús y de los demás Santos que nos patrocinaron en este camino! »

Así termina la RELACIÓN de este Misionero, que ha venido por toda la travesía dando gloria a Dios en sus Santos, y pensando más en el negocio de la salvación de las almas que en los negocios de su embajada.



CAPITULO X

EL P. REDENTO EN LA CORTE DE ESPAÑA

Memorial al Rey. — Graves asuntos de paz, de comercio, de porvenir en el Oriente. — Daños y remedios. — Defensa del embajador don Roberto Sirley. — El Rey envía al Padre con instrucciones a Persia. — Embarca en Lisboa. — Carta inédita.

Ya hemos visto cómo llegó el P. Redento, con el embajador de Persia, a Lisboa el 28 de septiembre de 1617. No sabemos cuándo se encaminaron a la corte, ni en qué forma fueron recibidos por Su Majestad. Parece que en España, como en Ormuz, precedió el P. Redento al embajador en presentarse al Rey Católico, para dar fe de la honorabilidad de la persona de don Roberto Sirley, conforme a las instrucciones que el Misionero carmelita había recibido.

Los documentos que tenemos a la vista y que vamos a insertar aquí por ser inéditos y por la suma importancia que tienen para nuestra historia, se circunscriben solamente a las gestiones del P. Redento y a las instrucciones que recibió del Rey para devolver la embajada al Shah de Persia: cosa, que se malogró desgraciadamente, como luego diremos.

He aquí, pues, cómo nos cuenta el P. Redento lo que trató con el Rey en su primera entrevista, según se halla en un manuscrito de nuestro archivo en Roma (1).

» Cuando me vi con Su Majestad, dice, recién llegado a esta corte, le dije cómo el Rey de Persia mandó a mi superior, que está en la Persia, que me enviase con su embajador, y esto por palabra y por un mandato. Y así lo hizo, moviéndole también ser estos negocios tan del servicio de Dios y de Su Majestad y de toda la cristiandad. Mostréle la patente que traía y la carta particular, para él, del Rey de Persia ..... (2).

(1) No lleva este manuscrito título alguno. Es copia de letra clara y hermosa. Parece una minuta o « pro-memoria ». Son 5 páginas en 8.°

(2) Lo cercenado en el texto dice así: « que si puedo irán agora las copias ». Por donde se ve que el P. Redento, juntamente con esta minuta, enviaba las copias y comprobantes de lo que decía, quizás a algún Ministro del Rey.

» El fin que tuvo el Rey de Persia, fué para que hiciese fe de cómo enviaba por su embajador a don Roberto, y de cómo le dió facultad para tratar de los negocios que se dirán abajo, diciéndonos a la despedida que lo que haga don Roberto, tendrá por hecho el Rey de Persia, y que su *sí* sería el suyo, y su *no* también.

» Los negocios principales son: el descargo que da el Shah de la guerra que hubo entre los persianos y los portugueses. El segundo: el comercio y trato de sus tierras, no sólo de seda, pero de otras muchas cosas, estimando más que lleve Su Majestad Católica el provecho grande que saca el Turco. Y lo otro era cerrar el paso del Mar Rojo, porque no le vaya también al Turco tanta riqueza como le va en las naves, que cada año pasan por allí, de los Reyes indianos, que proveen toda la Turquía y otras partes de Asia, toda el Africa y muchas provincias de Europa, como son Francia, Venecia, Inglaterra, Holanda: por lo cual, están en la Turquía mercantes de todas las partes. »

Dicho esto, el P. Redento entra a explicar al Rey los motivos de la guerra entre persas y portugueses, y hácelo como quien está en el fondo de las cosas y tiene, además, espíritu de imparcialidad para juzgarlas con toda rectitud; porque sigue diciendo: « Las causas que movieron a empezar la guerra al duque de Shiraz contra la fortaleza del Comorán, que tenían los portugueses, fueron: la primera, por haber muerto los portugueses a muchos árabes, vasallos y tributarios suyos, llevando mantenimientos de trigo y otras cosas de Ormuz en sus embarcaciones. También por la descortesía que en Ormuz usaron con un embajador suyo, que pasaba a la India, matándole después uno o dos criados. Sintió también la ida del Obispo de Cirene, tomando título y color de que iba en compañía de don García de Silva, embajador de Su Majestad, que decía sería ya llegado a Ormuz, y aun no era salido, en aquel tiempo, de España; habiendo sabido también que procuró esta ida tan acelerada, temiéndose alguna cosa por respecto de la mala cuenta que dió de la seda que trajo de España: lo cual sintió el Shah y más el dicho duque, por haberlo honrado y dado paso por su tierra. »

Además de estas causas, explica el P. Redento al Rey lo que el Shah había hecho por atraer a los Príncipes cristianos tomando por medianero al Papa, y dice: « Esperaba también el Rey de Persia, muchos años había, con paciencia el remedio de las fuerzas y desórdenes que se hacían en Ormuz y Bandel Comorán a sus vasallos, por haber puesto por medianero a Su Santidad, para que lo escribiese al Rey de España, como lo hizo. Sentía mucho que en su misma tierra y reino de Persia hubiese quien hiciese tales fuerzas a sus mismos persianos y vasallos, habiéndoles permitido a los

portugueses, por gracia, que hiciesen poco a poco aquella fortaleza y la habitasen, para el bien y comodidad de las cáfilas que van por la Persia a Ormuz, y para que, entre unos y otros, se conservase más unión y amistad.»

Por si esto fuera poco, trata el P. Redento de buscar lo que más exacerbó el ánimo irascible del Shah de Persia para romper bruscamente con los portugueses, diciendo: «Ayudó en esta ocasión también la nueva, que llegó a Persia, de que el Emperador de los Romanos había confirmado las treguas con el Turco, por lo cual éste venía con un gran ejército contra él.»

«Estas son las causas que da el Rey de Persia, dijo el P. Redento al Rey de España, para hacerse aquella guerra entre portugueses y persianos; y que fué muy forzado de algunos a hacerla, como se puede ver, habiendo mandado a dicho duque de Shiraz, antes que se tomase la fortaleza del Comorán, que hiciesen paces con los portugueses. Y esto pasó así, a la verdad, como lo saben, dice, los Padres Fr. Leandro y Fr. Luis Francisco, carmelitas descalzos, que fueron llamados para ir a tratar de estas paces, y, estando para partirse, llegó nueva de cómo era tomada la fortaleza, y luego que se tomó, que se retirase todo el ejército al punto.»

Da cuenta el P. Redento al Rey don Felipe de los cautivos tomados por los persas en esta ocasión y del buen trato y regalos que recibieron del Shah, el cual los acogió «honrándolos mucho y dándoles más de tres mil ducados para que se repartiesen entre ellos, y a cada uno un vestido de telas ricas, de oro, de plata y de seda, según la cualidad de cada persona.» Y no contento con eso, «mandóle después a don Roberto, su embajador, que los trajese a Ormuz, encomendándoselos mucho, el cual lo hizo así y se los entregó al Capitán de aquella fortaleza.»

Insiste nuestro Misionero en decir cómo hicieron las paces el Capitán de Ormuz y don Roberto, siguiéndose con esto el reanudarse el tráfico comercial por aquella vía de Ormuz, interrumpido y cortado por las pasadas guerras, y cesando con ello «los trabajos grandes de Ormuz y la opresión en que estaba, con la falta de todo, así de mantenimientos como de dinero.»

Pasa después a tratar con el Rey sobre las conveniencias comerciales que habían de resultar, para los reinos españoles, de una inteligencia con el Shah de Persia. El P. Redento estaba muy bien documentado acerca de estas materias, como lo acreditan sus notas. Por dos puertas principales, dice, «entraba grande abundancia de mercadurías en todas las tierras del Turco»: por el Mar Rojo y por la Persia. Por la puerta de Persia «entraba mucha riqueza de sedas, alfombras y otras muchas cosas», que venían de la India y del

Gran Mogol por Ormuz y por Candahar. Todo este comercio iba a Turquía por la vía de Babilonia o Tauris, y era llevado a Alepo, « donde lo esperaban gran cantidad de mercantes », para comprarlo y venderlo en las diversas provincias del Gran Turco. « También llevaban estas mercadurías a Constantinopla por la vía de Eriván, lo más ordinario en camellos ». Por la otra puerta, « que es el Mar Rojo », llegaban muchas naves « cada año, y descargaban en el puerto más cercano de la Meca sus mercadurías ». Por aquí entraba « gran cantidad de especiería, drogas, ropas y géneros de todas suertes, de gran curiosidad y valor, como almizcle, ámbar, pedrería, diamantes, gran copia de perlas y mucho anil. Toda esta hacienda llevaban los indios en tiempo que hacen feria en la Meca, donde concurre mucha gente, y se volvían cargadas sus naves de escudos de oro de diversas tierras, de reales de España, de corales y de otras cosas de grande valor, como se sabe por algunas naves que han tomado los portugueses. De la Meca llevan después aquella hacienda al Cairo y Damasco, principalmente, y de allí a Alepo, donde los sobredichos mercantes están esperándola. » Con toda esta riqueza y mercancía « el Turco queda muy poderoso y muy rico, con los grandes derechos que se le pagan en las muchas aduanas que tiene ». Además de quedar bien « proveída » Turquía y sus dilatadas provincias con tanta « especiería, drogas y ropa », que « los mercaderes compran barato, más que en Portugal, como es notorio. »

De todo esto viene a concluir el P. Redento, que este comercio se hace « con notable daño de Portugal; porque las especierías y demás drogas y ropa de la India, que los reinos de la Europa y otros habían de llevar, con razón, de Portugal, no tan solamente no lo llevan, mas antes llevan de esta corona de Castilla la moneda a sus tierras y de allí la devuelven a Turquía, para con ella comprar las dichas mercadurías. » Si no se pone el remedio que indica el Misionero, dice éste, « siempre se estará Portugal con lo poco que le viene de la India, que, en comparación con lo que de ella va a la Turquía por las puertas dichas, es un arroyo pequeño al lado de un río muy caudaloso y grande. »

Para dar una idea aproximada, ofrece el P. Redento al Rey una sencilla estadística comercial en dos cifras, diciendo: « porque lo más ordinario que viene a Portugal de todas las mercancías, no llegará a cuatro mil toneladas », mientras lo que va por las otras dos puertas que ha dicho, « según personas práticas y entendidas, serán veinte mil toneladas».

« La dificultad está, dice el P. Redento, recogiendo la que muchos oponían, en el cerrar estas dos puertas ». Pero el Misionero responde, con los más conocedores de la cuestión, que, « aunque parece muy dificultoso, no lo es; porque

la de Persia, el mismo Rey se obliga y ofrece a hacerlo; y vemos que ha comenzado, de lo cual siente ya el Turco y sus tierras muy notable daño, como se sabe de los que allí viven». La otra puerta, dice, «se puede cerrar con una buena armada puesta en el estrecho de la Meca, con lo cual no podrá pasar ninguna nave».

De todo ello resultarían «muchos provechos», dice el buen Misionero; porque con eso quedaría «limpia la India y segura de enemigos, que la inquietan y le son perjudiciales». Y eran aquellos que, entonces como hoy, so capa de comercio y a la sombra del pabellón comercial, llevaban allí el virus de la herejía y de la irreligión, cerrando con ello el paso triunfal de la Cruz de Cristo, llevada en brazos por los Misioneros católicos. Si no hubiera sido por eso, hoy las inmensas tribus de la India serían tan católicas como las de la América. Porque el P. Redento, más que por las razones comerciales, que no eran si no medios, buscaba los altos fines de propagar el reino de Cristo en aquellas apartadas regiones. Por eso dice a continuación, y concluye:

«Si por el provecho temporal que se puede esperar, son de estimar estas cosas, no menos también por el bien que puede resultar para tantas ánimas; que es grandísimo el número de cristianos que tiene como vasallos el Rey de Persia. Porque, estando en esta amistad tan atada y trabada, y con lo que se ha de aumentar cada día con la comunicación y comercio, vendrá el Shah a condescender con lo que deseamos y pretendemos para el aumento de nuestra fe. Y como los que han de venir a este comercio sean principalmente cristianos de los armenios chulfalinos, con los favores que su Majestad Católica les hará, les obligará a que se aficionen a dar la obediencia al Papa y a ser católicos.»

Finalmente, espera con esto el P. Redento que el Shah venga a cumplir las promesas hechas a los cristianos y a los Misioneros, de dejarles con toda libertad predicar, evangelizar y profesar su fe, en sus propias iglesias, si se llegase a realizar esta inteligencia entre él y los Príncipes cristianos, especialmente con el Papa y con el Rey de España. «Todo lo cual, termina diciendo el P. Redento, si Dios lo encamina, ha de ser para muy grande aumento de nuestra santa fe y bien de toda la cristiandad».

Así concluye esta Memoria sobre los puntos que trató nuestro ínclito Misionero con el Rey don Felipe III.

Parece ser que, después de esta audiencia que el Rey dispensó al P. Redento, éste explicó más largamente los mismos puntos que había tratado con Su Majestad en otro papel más largo, que tenemos a la vista. En este escrito se hace una defensa más precisa y minuciosa de don Rober-

to Sirley, tan maltratado por don García de Silva y Figueroa. Vamos a trasladar aquí esa defensa por la unión que tuvo don Roberto con nuestra Orden, en especial con nuestros Misioneros, por lo que vinieron a reposar sus restos mortales en nuestra iglesia de La Escala, en Roma, como en otro lugar dijimos. También dijimos, en una revista, al saltarnos a la pluma los nombres de don Roberto y de don García de Silva y Figueroa, que era necesario leer lo que acerca de este célebre personaje inglés, cuya fama ha sido tan traida y tan llevada por las historias, dicen nuestros Misioneros, para formarse una idea más cabal de la verdad y realidad de las cosas y personas (1). Por eso vamos a insertar lo que a este propósito dice nuestro Misionero de la Persia (2).

El escrito en cuestión fué dirigido a Su Majestad el Rey don Felipe III, y empieza diciendo: « El P. Fr. Redento de la Cruz, carmelita descalzo, dice que dos puntos señaló a V. M. el dia que habló: el uno, asegurarla del ánimo del embajador; el otro, de la embajada y negocios que trae.

» Cuanto al primero, dice que, después que le conoce y trata, y en todo el tiempo que viene con él en su compañia, nunca le ha visto ni rastreado cosa que fuese con doblez en servicio de V. M.; antes mucho celo de él y deseo de acertar en todo, como se ha visto en muchas ocasiones.

» También en lo que de palabra ha dicho en todas aquellas partes de la grandeza de V. M., y particularmente testificando al Rey de Persia que es V. M. el mayor Rey y Señor de todos los cristianos, y el que profesa con él más amistad, con otras cosas de éstas.

» Consta también de sus obras; pues, llegado al Rey del Mogol, no quiso darle una carta que llevaba del Rey de Inglaterra, por parecerle sería perjudicial al estado de India, la cual él tiene aún sellada y cerrada. También quejándose a dicho Rey de que en sus tierras le habían querido matar, y ya que no pudieron, le quemaron casi toda la hacienda que llevaba. Sabiendo el Rey del Mogol lo que habían hecho los portugueses, le dijo que él se los entregaria con sus haciendas (hallándose entonces alli muchos) para que tomase satisfacción a su gusto. El le respondió que de sus vasallos la querría, que habían dado lugar para que lo hiciesen los portugueses; no de ellos, que bastaban ser vasallos del Rey de España, a quien él tanto debía, para tenerlos por amigos.

(1) Esto lo dijimos en la REVISTA *de la Exposición Misional Española*, núm. IV, Barcelona, enero de 1929, pág. 184.

(2) En la última página se lee: « Apuntamientos que dí al Rey: Fr. Redento de la Cruz ». Es un cuadernillo en 8.º con 11 págs. sin numerar, y siguen cinco páginas en blanco.

Todo esto testifica y confiesa el P. Jerónimo Javier, de la Compañía de Jesús, cuya virtud y santidad es bien notoria a todos, que se halló él en aquella ocasión presente, y sirvió de intérprete entre dicho Rey del Mogol y el embajador, como podrá ver V. M. por ese papel suyo.

» Llegando después dicho embajador al Rey de Persia, halló buena ocasión también, si quisiera vengarse con los cautivos portugueses que tenía; y, no sólo no les hizo ningún daño, con poderle hacer el Rey tan particulares honores y favores; pero, antes, le persuadió que los enviase honradamente, y forzándole después a él que los trujese y viniese con su embajada, lo hizo.

» Después abrió el camino para Ormuz, como podrá ver V. M. por esos papeles del Capitán de aquella fortaleza y de los mismos portugueses cautivos ». Por aquí se ve que don Roberto se trajo consigo toda la documentación oficial de los tratados hechos con el Capitán de la plaza de Ormuz. Y sigue la Relación diciendo, de don Roberto, cómo, « ofreciéndosele muchas dificultades para no aceptar esta embajada, tomando parecer de los Padres carmelitas descalzos de lo que haría, persuadiéndole ellos de que no dejase de venir, respondió que sí, pues le decían que era gloria de Dios y servicio de V. M., con no haber descansado de su largo viaje anterior más de dos meses...... »

Y porque es tan principal circunstancia, para hacer confianza de él, saber si es católico o no, dice el P. Redento que en aquellas partes siempre lo ha profesado, y que muchas veces él y su mujer, doña Teresa, le han dicho que nunca lo han dejado de ser, ni aun en Inglaterra, y que antes perderían las vidas. De cuando llegaron a la India, hay testimonio de los Padres de la Compañía de Jesús que estaban allí, y que al mismo Rey del Mogol dijeron que eran católicos, y que como tales procedieron en todo. De que lo fueron siempre en Persia, lo hay también de los Padres de San Agustín. « Desde que partimos de allí, lo puedo yo dar, dice el P. Redento, y de que, como tales, él y ella, han procedido siempre, y se confesaron la Cuaresma pasada generalmente, y muchas otras veces entre año. Y lo han mostrado en obras y en palabras, y en cuantas ocasiones se han ofrecido, y en el deseo del augmento de la fe y estado de los católicos: con lo cual parece que queda suficientemente probado el primer punto; porque, si en aquellas partes tan remotas, viéndose el dicho embajador tan exento y libre y favorecido, sin que ninguno le hiciese fuerza, hizo las cosas dichas, parece que agora más se puede fiar y esperar de él. »

Los demás negocios tratados extensamente en estos « Apuntamientos de nuestro Misionero para Su Majestad Católica », ya los saben nuestros lectores, y habiéndolos abre-

viado nosotros al tomarlos de la RELACIÓN breve del P. Redento, no hay para qué repetirlos aquí tomándolos de la RELACIÓN más extensa.

A todos estos puntos o «Apuntamientos», contestó Su Majestad con la siguiente «Instrucción para Fray Redempto de la Cruz, religioso carmelita descalzo que por mandado de Vuestra Majestad va a Persia» (1):

» Fray Redento de la Cruz: Por la satisfacción que tengo de vuestra persona y del zelo con que tratastes de las materias de la embajada que el Rey de Persia me envió por don Roberto Sirley, siendo necesario remitir a don García de Silva y Figueroa, que mandé por embajador a aquel Rey, la conclusión y aprobación de lo que se trató con su embajador, y enviarle estos órdenes, por que me pueda bien informar del estado de todo, y dar a entender al Rey de Persia la estimación que debía hacer de la buena voluntad con que aceptó la paz y amistad que me envió a ofrecer y pedir, y de los favores que para el comercio concedo a sus vasallos, me pareció encargaros esta jornada, en la cual espero vos habréis de manera que yo quede bien servido, y huelgue siempre de os agradecer y hacer, por este respecto, favor y merced.

» Habéis de ir embarcado en los galeones que agora se aparejan en Lisboa, de que es el Capitán Mayor Ruy Freire de Andrade, en los cuales mando se os dé agasallado y lo necesario para el viaje, y se os haga todo el buen tratamiento; y tanto que llegaréis a Ormuz, entregaréis al Capitán de aquella fortaleza el pliego de mis cartas que lleváis para él, dentro del cual va otro para don García de Silva, mi embajador, que el mismo Capitán de Ormuz os ha de dar en la forma que le ordeno, para con él pasar a Persia, como os encomiendo que lo hagáis cuanto más brevemente os fuere posible. Y para el gasto del camino, se os dará en Ormuz, por cuenta de mi Hacienda, lo que fuere necesario.

» Iréis derecho al lugar de Persia en que se hallare el embajador don García de Silva y Figueroa, y, dándole mis cartas, le informaréis de todo lo que ha pasado en estas materias, para que, enterado de ellas, las vaya a concluir y asentar con el Xá, llevándoos consigo; y dejo os de encargar con más particularidad los buenos oficios que habéis de hacer con él y con las personas que conviniere, para que entiendan lo mucho que tienen alcanzado, y de cuánta utilidad les será, porque fío de vos lo representaréis enteramente.

» Y si el embajador fuere muerto o salido de Persia,

(1) Es copia, que se guarda en nuestro Archivo de Roma.

haréis en este caso lo que el Capitán de Ormuz ordenare de mi parte, de que largamente le mando avisar.

» Escrita en Madrid, a 4 de marzo de 1619.—Yo el Rey.

» El Duque de Villahermosa, Conde de Frallo.»

Huelgan los comentarios a esta regia misiva y comisión honorífica para el ilustre hijo de Santa Teresa.

Ahora, las órdenes a que se refiere la carta y lo que se debía hacer en « estas materias », por dicha nuestra, lo sabemos también por otro documento precioso, que juntamente con estos papeles, se conserva en nuestro Archivo de Roma. Helo pues, a continuación (2).

» Lo que se ha asentado acerca de la amistad que el Rey de Persia por su embajador mandó ofrecer a Su Majestad, y del comercio y trato de la seda: que todo se ha de capitular y firmar en Persia por el mismo Rey y por el embajador de Su Majestad, en virtud de los poderes que se le envían, es lo siguiente:

» Que Su Majestad acepta la paz, amistad y buena correspondencia que el Rey de Persia le ha ofrecido; y por lo que holgará de que se asegure y continúe, quiere empezar luego, haciendo, de su parte, lo que el Rey de Persia propone acerca de cerrar el paso del Mar Rojo, y así ha mandado aprestar una Armada contra los navíos de enemigos, que navegan en aquel mar, con la cual, se entiende, se conseguira el quitar al Turco los provechos que recibe de las mercadurías que por aquella vía entran en sus estados.

» Que, visto haber satisfecho Su Majestad por este modo a lo que se le pidió, ante todas cosas se ha de reponer el Bandel Comorán, que el Sultán de Shiraz indebidamente ocupó los años pasados, en el estado que tenía antes de que la guerra empezase, restaurándole y quitando de aquel contorno el fuerte que de nuevo hicieron los persianos, o cualquiera otra fortificación que se hubiere hecho.

» Que Su Majestad tiene por bien que el comercio de la seda se efectúe por todos y cada uno de los tres medios que el embajador propuso, y los vasallos del Rey de Persia la puedan llevar a Ormuz, y venderla en aquella ciudad, o pasar con ella a Goa para el mismo efecto, o para venir a Portugal en las naos de viaje de cada año, como mejor les estuviere.

» Que, en demostración de la buena voluntad con que Su Majestad admite la plática de esta amistad y comercio, y por hacer merced y favor a los persianos y armenios, vasallos del Rey de Persia, tiene Su Majestad por bien que, en

(2) Son tres páginas escritas y una en blanco. Están en castellano, con muy hermosa y clara escritura.

los primeros cuatro años, los que llevan seda a Ormuz, para venderla allí o pasar con ella a Goa o a Lisboa, paguen por entrada en la alfóndiga de aquella ciudad la mitad de los derechos que conforme al regimiento y estilos de la misma alfóndiga pagaban de antes; y, pasados los cuatro años, pagarán las dos partes de los derechos y se les quitará la tercera; y volviéndose de allí a Persia, de las mercadurías que llevaren en retorno, pagarán por salida lo mismo que pagaban de antes.

»Que, si pasaren a la ciudad de Goa y vendieren en ella la seda, pagarán en la alfóndiga por entrada de lo que así vendieren, por los primeros cuatro años, la mitad de los derechos debidos, conforme al regimiento y estilos de la misma alfóndiga, y de allí adelante las dos partes, y de salida lo acostumbrado, como queda dicho en Ormuz.

» Que, vendiendo en Goa la seda y aguardando con ella para pasar a Portugal, se entienda estarán en franquía, y no serán obligados a pagar derecho alguno de entrada o salida, sin embargo de cualquiera regimiento y estilo encontrados.

» Que, de la seda que trujeren a Lisboa, pagarán en la Casa de la India de aquella ciudad, por entrada, la mitad de los derechos, por los primeros cuatro años; y de allí adelante las dos partes, quitándoseles la tercera; y a la vuelta pagarán lo que se acostumbra, y en la misma forma que pagan los portugueses que llevan mercadurías a la India.

» Que de lo que procediere de la seda que trujesen a Lisboa, podrán llevar de retorno las dos partes empleadas en mercadurías y la tercera solamente en dinero, con declaración que serán obligados a emplearle en Goa o en Ormuz, sin pasar con él a Persia; pero que, si quisieren trocar en Goa los reales que llevaren de Portugal por la moneda corriente de aquella ciudad, para emplearla en otras partes, lo podrán hacer conforme al estilo que en esto hubiere con los demás mercaderes portugueses y naturales de la India.

» Que Su Majestad tiene por bien que los vasallos del Rey de Persia, no paguen de aquí adelante en Ormuz los derechos que llaman 'Corujos', que hasta agora se les llevaron.

» Y, siendo tanta la liberalidad que Su Majestad usa con los persianos y armenios, el Rey de Persia prometerá que ningunos otros navíos de Europa tratarán ni contratarán en los puertos que tiene en el Mar Pérsico, ni sus Capitanes y Ministros admitirán ni darán acogida a las gentes que en ellos fueren.

» Que en Lisboa se señalará una casa, adonde puedan estar los persianos y armenios, y sus haciendas, seguros; y los que fueren moros, podrán libremente tratar y contratar, sin que sean molestados ni maltratados; pero, en caso

que traten de pervertir a algunos o blasfemen públicamente de nuestra santa fe, con escándalo de los cristianos, serán castigados según su delito.

» Que, para asistir a los persianos en sus negocios, puedan tener en Lisboa un cónsul, el cual será persiano o armeno, y, en falta de ellos, portugués, y no de otra nación; y que, para jueces de las causas que se movieren acerca de la cobranza de sus haciendas, les nombrará el Virrey de Portugal tres desembargadores, que breve y sumariamente, sin apelación ni agravio, les hagan hacer entero cumplimiento de justicia.

» Y porque la isla de Baharán, que los Capitanes del Rey de Persia ocuparon injustamente, es del Rey de Ormuz, vasallo de Su Majestad, se presupone que, en ocasión que con tan particulares muestras de amistad y buena correspondencia Su Majestad viene en lo que por parte del Rey de Persia se le ha pedido, ha él de restituir aquella isla al Rey de Ormuz, cuya es; y así lo espera Su Majestad, y que, con efecto, lo pondrá luego en ejecución. »

Así terminan los puntos asentados en Madrid, por el Gobierno del Rey Católico, sobre las cuestiones comerciales con el Rey de Persia; y, sin que entremos nosotros aquí en el mérito jurídico ni comercial de tales puntos, sólo debemos decir que el benemérito P. Redento se hizo cargo de cuanto de palabra y por escrito le dieron en Madrid sobre el asunto, y se puso en camino de Lisboa para salir de allí con rumbo a Persia en los galeones de Freire de Andrade.

Parécenos necesario decir aquí algo de lo que hemos llegado a saber de la vida que llevó el P. Redento en la corte, es decir, de la opinión que de él formaron los que con él vivieron en trato íntimo y ordinario, como fueron los carmelitas descalzos del convento de San Hermenegildo. Aunque pocas frases y éstas de una sola carta que ha llegado a nuestras manos, es todo lo que sobre este punto poseemos, resulta de alto precío y estimación, por ser de un testigo muy calificado.

Trátase del M. R. P. Fr. José de Jesús María, General de los carmelitas descalzos de la Congregación de España. El P. José escribió a su antiguo hermano y amigo Fr. Juan Tadeo de San Eliseo, « Vicario de los carmelitas descalzos de Persia y Oriente », la siguiente carta (1).

« La de V. R., que trujo el P. Prior Fr. Redento, he leído con mucho gusto, de quien he sido informado extensamente del progreso de esa Misión. Nuestro Señor disponga las co-

(1) Es original; está escrita en castellano; se conserva en nuestro Archivo de Roma. A la misma carta sigue la auténtica de las reliquias, en latín, y lleva la misma fecha que la carta.

sas de manera que sea para el aprovechamiento de muchas almas.

»De harto consuelo les fuera a Vuestras Reverencias el poder tener ahí un número competente para poder seguir su comunidad concertada. Pero también lo será, aunque el número sea pequeño, el ser mucho el fervor y pocas las ocupaciones. Y es de gran momento el estar ahí *in preparatione animi* para el martirio. Y a mí me hace devoción, cuando no se esperaba otro fruto, que en mitad de tantas almas que blasfeman de Dios, haya algunas que lo sirvan y alaben; y que en tierras donde hay mezquitas, frecuentadas con infames ritos y ceremonias, haya templo consagrado al culto divino, donde habita el Rey de los cielos, rodeado de sus hijos carísimos, como pimpollos de oliva.

» Mucho me he alegrado de tratar al P. Fr. Redento, Prior de esa casa, que me ha parecido un religioso muy cuerdo y observante. Él dará noticia a V. R. del estado de la embajada de este conde. Con ésta le he entregado dos reliquias de nuestra Santa Madre, esto es: un pedacito de una costilla y otro poquito de carne, para que tengan Vuestras Reverencias en su compañía, que sé les ha de ser de notable consuelo. Son grandes los milagros que hace Nuestro Señor cada día con el contacto de semejantes reliquias.

» La recompensa que pido a V. R. sean oraciones, que ya se me va acabando el oficio y la vida; pues estoy ya en los sesenta y ocho años, y, aunque son tantos, no me falta la memoria de cuando nos encontramos en Génova, de que la ida de V. R. fué como casual a Roma, y cómo por ese medio consiguió V. R. la ejecución de los deseos que el Señor le dió mucho antes de ir a servirle entre infieles.

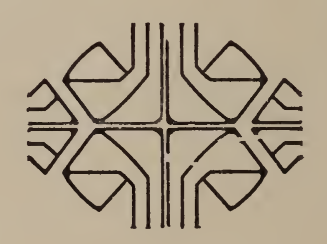
» Plegue a Su Majestad sea para los efectos que arriba he apuntado. A todos los religiosos envío muchas saludes. Désela Nuestro Señor a todos, como deseo para su santo servicio. De Madrid y marzo a 12 de 1618. De V. R. siervo

Fr. José de Jesús María.»

Es preciosa esta carta por lo que dice de las reliquias de nuestra Santa Madre, de las cuales extiende una formal auténtica, escrita en latín, el mismo sabio y santo General, habiendo sido refrendada también por el P. Diego de San José, el famoso Secretario general que tuvo en sus principios la Reforma teresiana. « La magnitud, forma y figura de las reliquias es la misma, dice la auténtica, de la que tienen los dibujos a pluma que van al frente de estas letras.»

Con estas cartas y estas reliquias salió el P. Redento de Madrid, según dijimos, en compañía del Hermano Eliseo, y ambos se embarcaron en el puerto de Lisboa, en los galeones de Freire de Andrade, que zarparon con rumbo a Goa.

Dejemos ahora al buen P. Redento y a su compañero, camino de Persia, último viaje que hicieron ambos, y vamos a ver lo que durante estos últimos años hicieron los carmelitas de Ormuz, en especial el P. Leandro, protagonista de esta fundación, como de algunas otras.



CAPITULO XI

La Misión de Ormuz

Su estado, su trabajo, su fruto. — Género de vida. — El tiempo de calmas o calores. —¿ Misioneros de a pie o de a caballo ?—Dos sonetos y tres décimas a la Beata Madre Teresa.

El P. Vicente había salido de Ormuz para Roma a los principios de la fundación, o sea a mediados de agosto de 1615. Así lo dice claramente el P. Leandro al General de la Orden por estas palabras (1): « De Shiraz partí la última a los 16 de julio del año pasado (1615). Tuve en el camino una gravísima enfermedad, que llegué a la muerte. Llegué aquí a 20 de agosto, ocho días después de partido el P. Fr. Vicente. Dejó a todo este pueblo con grandes deseos de tornarle a ver, y que venga tan bien negociado como se espera. »

Había ido el P. Vicente a Roma a tratar algunas cuestiones de jurisdicción, suscitadas por el hecho de pertenecer nuestros Misioneros a la Congregación de Italia y tener amplias facultades directas de la Santa Sede, mientras el territorio de Ormuz, Goa y otros lugares en que deseaban fundar casas de Misiones, estaban sujetos al patriarcado de Goa, como se verá más adelante, al llegar ciertas resoluciones de la Santa Sede. Su salida repentina obedeció a lo mal que se iban poniendo las cosas entre persas y portugueses, de cuya tirantez habían de salir mal parados los Misioneros. Por su parte, el P. Leandro, un año más tarde, daba cuenta del estado de la casa de Ormuz, diciendo al General de la Orden, que en vista de lo enervador del clima, en especial en verano, el convento de Ormuz no era propicio para casa noviciado, como habían imaginado en los primeros días; pero sí para « convento con número competente de religiosos que ayudasen a llevar la carga », pues entonces « bien se podía vivir allí con mucha gloria de Dios y provecho de las almas ».

(1) « De Ormuz y enero, último, de 1616 ». En el Archivo de la Orden, Roma.

Por aquellas fechas, últimas de enero de 1616, « eran no más de tres Padres y dos Hermanos donados », y ya, dice, « se confiesan en casa casi toda la ciudad, se acude a los enfermos, se predica las fiestas, se cantan misas, y hacemos todos los demás ejercicios que se hacen en Roma, quitando el coro ».

Claro es que « el ser pocos, añade, hace sentirse más el trabajo, especialmente al tiempo de las calmas. » Este tiempo era insoportable en Ormuz, como nos dirá el mismo Misionero más adelante.

Habla luego de la solemnidad con que reservaban al Señor en el Monumento el Jueves Santo, y del Nacimiento que hacían, y de las fiestas con que se regocijaban en las Navidades. En Italia al Monumento le llaman Sepulcro y al Nacimiento Presepio. Estas mismas palabras usa en su epístola el P. Leandro al referir al General las fiestas respectivas, diciendo: « Al hacer el Sepulcro y Presepio, le aseguro a V. R. que en ninguna parte del mundo le he visto tan lindo ni tan perfecto y propio como el que hicimos aquí este año ». Con la misma solemnidad celebraba siempre las fiestas de nuestra Madre Santa Teresa. Y las de este año hubieron de ser tales, que envió la RELACIÓN de ellas a Roma « por dos vías », para que, si se perdiese la una, pudiese llegar la otra.

Los deseos por el aumento y bienestar de esta casa de Ormuz, los manifiesta así al final de su carta: « Pareciendo de gloria de Dios esta fundación, por su amor le suplico yo a V. R. se esfuerce a consolarnos con frecuentes cartas y con religiosos bastantes, que Dios se los dará a V. R. por otra parte. Y pareciéndole lo contrario, también nos lo avise V. R., que estamos aparejados a obedecer. Yo tengo confianza en que me consolará V. R., enviando quien ocupe este lugar, y a quien yo sirva de ojos, como lo hago agora, a los religiosos que aquí están, en cuanto alcanzo, *usque ad aras* (1), de lo que me parece que aquí se puede, que en ello procuro que se haga, y deseo ser el primero en todo, aunque siempre, por mis pecados, me quedo atrás. »

Todavía explica más y mejor el estado de esta Misión, el género de vida que llevaban y la dureza del clima, en otra carta, diciendo (2): « Habrá ya cerca de tres años que estamos en posesión de la iglesia por el Vicario, con Santísimo Sacramento, tres altares, donde continuamente se dice misa. Se administran con frecuencia los santos sacramentos de penitencia y eucaristía; se hacen procesiones públicas fuera de la iglesia, por una plaza muy hermosa de nuestro distri-

(1) Que significa: « hasta el sacrificio ».
(2) Carta escrita al General de la Orden con fecha de « julio del 1615 ».

to, que está adelante de ella. Se predica continuamente, siendo la iglesia muy capaz para el pueblo de Ormuz; que, si no me engaño, ya envié a V. R. el año pasado por este tiempo el modelo de ella. Se entierran públicamente; se hacen honras, exequias y cabos de años, y todo a son de campanas, que tenemos dos que se oyen por toda la ciudad.»

Esto lo dice el Misionero, no por alabanza, sino por dar cuenta cabal a sus superiores de Roma del apostolado que allí hacían. Y para que no fluctuasen en Roma en dejar bien asentada aquella fundación, añade que es caso de conciencia el fomentarla y ayudarla, «teniéndose, dice, cuotidiana experencia del fruto que se saca por los muchos que frecuentan en nuestra casa los sacramentos, y la devoción que han tomado a este santo hábito y a nuestra Santa Madre; demás que es esta casa un escalón para la Misión del Sindi, en caso de que haya de continuar.» Porque, efectivamente, para estas fechas habían ya fundado otra residencia misional en las embocaduras del Hindus, en la ciudad de Tatta, emporio comercial del Gran Mogol, adonde había ido de fundador el P. Luis Francisco, el ecijano, compañero del P. Leandro en Ormuz.

Para dar más importancia, toda la importancia que veía el P. Leandro en la fundación de Ormuz, dice que esta mansión en tal punto «es como una acogida, o por mejor decir, retirada; no para huir, sino para descansar los religiosos del trabajo de la Misión o para mudarlos con otros, ora por enfermedad, ora por otra ocasión que la prudencia enseña a los superiores», y, sobre eso, «una cosecha de limosnas, de donde se puede socorrer, en caso de necesidad, la casa de Aspahán.»

Por aquí se ve la generosidad de aquellos portugueses y de todos aquellos cristianos de la isla, que daban para sostener aquella fundación carmelitana, y aun para que los carmelitas pudieran prometerse el ayudar con sus limosnas a las otras Misiones pobres, que tenían fundadas o que proyectaban fundar en medio de infieles y de las castas bajas de la India; porque, desde entonces, tal era ya el pensamiento de estos meritísimos fundadores.

Insiste todavía el P. Leandro en indicar a los superiores la organización monástica que debía darse a la casa de Ormuz. «Me parece, dice, que no sólo conviene aceptarla y fomentarla con religiosos, sino honrarla luego con darle Prior y Subprior, para mayor estabilidad, aunque la tiene harto grande, respecto de las circunstancias dichas. Tiene necesidad de ocho religiosos, por lo menos: cuatro o cinco sacerdotes, y los demás Hermanos profesos; que novicios no juzgo conviene en ninguna manera, por ser tierra muy caliente, y el tiempo que duran las calmas, no da lugar a ejer-

cicios de novicios; y a soldados noveles cualquiera intermisión o remisión hace gran daño, pero a religiosos provectos no se le hará. El tiempo de las grandes calmas son tres meses: junio, julio y agosto. En este tiempo, traemos en Ormuz camisas de lienzo, tan grueso o más que la estameña de Italia; sólo tiene que es de algodón. Los hábitos se han hecho hasta agora, para aquel tiempo, de una estameña gruesa, como unas capas que solían usar en Roma, poco más o menos. Baños han tomado algunas veces los Hermanos, y yo dos o tres, no por regalo, sino por medicina; porque salen tantos granos en el cuerpo, que se hacen llagas grandes, si no se acude con tiempo..... El dormir es en el terrado descubierto, donde están hechas celdillas, cerradas alrededor con cañas u otra cosa semejante. En aquel tiempo, moralmente hablando, no se podría dormir debajo de cubierta sin hacer mal. Pasados estos tres meses, es más templada tierra que Roma, sin ningún invierno, de manera que no es menester nunca hacer fuego. Esto es lo que hay puntualmente acerca de Ormuz, y lo que a mí me parece, remitiéndome al parecer de V. R. en todo.»

No se acaba aquí la carta del P. Leandro. Arreglados los negocios de su casa y expuesto el estado actual de ella con delicadeza y cordura, aumentan en él los destellos de estas prendas en lo que sigue diciendo al P. General para el bien de todas las Misiones de la Orden. Primero en cuanto al personal. Acerca de esto advierte que los superiores de estas casas no sean meros presidentes, sino superiores locales canónicamente elegidos en una u otra forma, para mayor respeto, amor y obediencia por parte de los súbditos; porque, de lo contrario, a los simples presidentes, cuando no hay mucha virtud, suelen los súbditos tratarlos «como si todos fueran compadres».

Además de esto, dice lo conveniente que sería nombrar un superior con carácter de Vicario General o «Superintendente» de todas las casas de Misiones, a quien pudiesen todos recurrir en sus dificultades, «para lo cual había de tener autoridad, siendo persona de quien se pueda hacer tal confianza por sus partes y virtud. Y en esta parte, añade, espero que Vuestras Reverencias no serán escasos ni repararán.»

A renglón seguido dice al General: «La caridad grande y amor paterno que conozco me tiene V. R., me da confianza a tomarme más licencia de la que me dan mis pocos años y canas, para decir mi parecer en cosas que, aunque tocan al oficio de V. R., son tan esenciales de las Misiones, que V. R. lo tendrá por bien y perdonará mi ignorancia y atrevimiento, conociendo mi voluntad. Ordinariamente, para las Misiones de infieles, me parece, si no me engaño,

que se tiene ojo a elegir personas de edad, en quien la experiencia de las cosas del mundo asegura la prudencia y la virtud. Yo me atrevo a decir que, cuando la virtud no es probada, y más probada especialmente en materia de obediencia, no se debe fiar de la experiencia del mundo, aunque sea junto con prudencia humana, siendo por lo ordinario ésta la que mayor guerra hace a la virtud, y en particular a la obediencia, inquietándose a sí y a los superiores..... »

Po todo lo cual, dice nuestro Misionero: « Parece que convendría se buscase primero virtud, acompañada con letras divinas, que en partes tan remotas son mucho menester: y la prudencia, caminando las cosas vía recta, basta que la tengan los superiores. De más que, al obediente nunca le falta aquel *loquetur victorias*, cantará victorias, y no hay victoria sin prudencia; que no es pequeña obedecer a ciegas. »

Es curioso y edificante lo que propone luego el P. Leandro al General de la Orden para su resolución. Había pareceres diversos y aun contrarios entre algunos Misioneros, no solamente de los nuestros, sino también de otras órdenes religiosas, sobre el andar evangelizando en tierras de infieles.

Algunos buenos mendicantes querían recorrer los pueblos y los campos, villas y ciudades a pie, como varones apostólicos. Otros decían que con esto se perdía mucho tiempo a causa de las distancias inmensas y la escasez de evangelizadores. Unos y otros aducían las razones que mejor les cuadraban para defender cada cual su parecer, y todos lo hacían llenos de celo y de amor a las almas, y con ansias de ganarlas y edificarlas.

El animoso y apostólico P. Leandro, por su parte, es de parecer de andar como los mejores y más santos mendicantes, como San Francisco y sus hijos, los cuales « a pie, descalzos y penitentes, y vestidos, dice, de sacos, han convertido innumerables almas a Dios ». Mas, no pagándose de su parecer, e inclinando su cerviz al yugo de la obediencia que acaba de predicar hace poco, añade en seguida: « Plegue a Dios que yo me engañe, y que no sea tentación del diablo parecer a algunos de nosotros que no conviene andar a pie. Yo me contento con avisar a V. R., que sé por fe está en lugar de Dios y ordena en su nombre lo que fuere mayor gloria suya, declarándonos cuál sea su voluntad; y entonces andaré tan contento a caballo como a pie. Y aunque lo ando agora, porque lo manda la obediencia, confieso que se sujeta la voluntad de buena gana, pero no el entendimiento, hasta saber lo que V. R. ordenare. »

Tal espíritu alentaba en el cuerpo de este hombre incomparable. A pie o a caballo, y más veces a pie que a caballo, hizo varios viajes, ahora y más tarde, por tierras persianas. Para entretener el camino, ya sabemos que componía versos admirables, de clásica factura, de marcado sabor del siglo de oro, en que recibió educación esmerada, como cumplía a su linaje.

Dios queriendo, tenemos el propósito de publicar algún día todos los versos suyos que han llegado a nuestras manos. Ahora insertaremos aquí, por pertenecer históricamente a este lugar, dos sonetos suyos, juntamente con tres décimas que envió al General de la Orden con esta misma carta que estamos copiando.

Había sido beatificada en 1614 la Reformadora del Carmelo. La noticia llegó al P. Leandro cuando éste se disponía a emprender el viaje desde Ispahán a Ormuz, pasando por Shiraz. En este viaje compuso estas poesías en honor de su Madre Teresa, y escribía al General diciéndole lo siguiente:

«Gran regocijo causó en todos nosotros la nueva de su beatificación y el saber se trate de la canonización. Deseamos tener alguna relación de las fiestas que hallá se han hecho, para consolarnos de lo poco que acá podemos hacer en honra suya; aunque, si Dios me lleva a Ormuz (1), como espero, yo propongo de trabajar lo posible por hacerle una insigne fiesta para su día. El Señor, por su intercesión, me conforte para ello alma y cuerpo. Hasta agora no le he podido hacer otra de dar la reliquia grande, que yo tenía suya, para ponerla en el sacrario de Ormuz, queriendo privarme de ella, porque esté con decencia debida. Si V. R. me quisiere hacer caridad de algún poco de sus reliquias, la recibiré grandísima y estimaré como es razón. También le he compuesto dos sonetos, tan rústicos como yo, que los enviaré con ésta, y otros versos que he hecho en estos tres viajes de Ormuz, por divertirme en el camino.»

Hé aquí ahora los sonetos a que se refiere y las tres décimas a la Santa. Tienen que ser estos los versos, porque en la colección que él hizo y escribió de su propio puño y letra, al margen llevan esta nota: « Octubre, desde Ispahán a Xiras » (2).

Véanse, pues, a continuación los que él llama « sonetos rústicos »:

---

(1) Era el término de su viaje esta vez.

(2) Todas estas poesías dedicadas a la Santa, están incluídas en el PASATIEMPO POÉTICO del P. *Leandro,* que otras veces hemos citado.

DOS SONETOS

en loor de Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, en su día.

1.°

En un monte encumbrado y muy fragoso,
que un tiempo fué fructífero y ameno,
crecido habían abrojos entre el heno,
y hecho se había silvestre y escabroso.
Mas ya llegó otro siglo venturoso,
y el cielo apareció todo sereno,
produciendo de nuevo aquel terreno
un blanco lirio, intacto y muy hermoso.
Dios te salve, Azucena, que hoy nacistes
y el Carmelo desierto hermoseastes;
sobre los altos plátanos crecistes,
y al mesmo Creador enamorastes;
en tanto vuestros ramos extendistes
que con ellos los polos abrazastes.

2.°

Un jardín plantó Dios de propia mano
en la cumbre de un monte misterioso,
donde el cedro, ciprés, plátano umbroso,
dieron flores y fruto soberano.
Mas, como era terreno el hortolano (1)
a quien encargó Dios el huerto hermoso,
dejó de cultivarle, perezoso,
y vino de sagrado a ser profano.
Pero hoy escogió Dios una Pastora,
que arrancó espinas, trasplantó rosales,
hizo ingertos de frutas peregrinas,
limpió el lugar de inmundos animales:
bien la podré llamar divina Flora,
a quien las sienes ciñen clavellinas.

---

(1) «Hortolano», en vez de hortelano, escribía también Santa Teresa.

TRES DÉCIMAS

al mesmo propósito.

Retrató Dios en Teresa
la santidad de su Madre,
para que al justo le cuadre
ser del Carmelo Princesa;
y así tomó por empresa
« o padecer o acabar »;
porque se hizo mostrar
que le era muy semejante:
en los trabajos constante
y Fénix en el amar.

En su rostro resplandece
de la virtud la hermosura,
de esperanza la verdura,
de fe el candor que florece.
Allí de nuevo amanece
aquel primero fervor
que fué de gracia la Flor,
de la Iglesia alegre día:
indicio claro que ardía
en vivas llamas de amor.

Moría por padecer,
padecía sin cansarse,
y holgaba de fatigarse
ansiosa de merecer.
En vivas llamas arder
se vía esta noble Esposa,
que, prudente y fervorosa,
queriendo templar su ardor,
crecía más en amor
y en ser a su Dios graciosa.

Así escribía y cantaba por los años de 1615 en tierras de Persia un poeta-Misionero castellano, con la misma entonación, con el mismo gusto y con la misma soltura y frase galana, con que escribían y cantaban en tierras de Castilla, en honor de la Madre Teresa de Jesús, Cervantes y Lope de Vega. Estos versos de nuestro Misionero no desmerecen un ápice al lado de los buenos de nuestros mejores clásicos.



CAPITULO XII

DÍAS DE BORRASCA

La eterna cuestión del nacionalismo.— Causas y efectos de la persecución a la Misión de Ormuz. — Una carta que vale un imperio. — Fortaleza indomable del Misionero-poeta. — Salvó la libertad de la Iglesia y su Misión carmelitana.

No todas fueron satisfacciones para el poeta-Misionero, ni las cuerdas de su lira sonaron solamente en los campos de Persia con aires bucólicos; sino que también tuvieron sonidos de clarín guerrero junto al castillo de Ormuz, como lo veremos a su tiempo.

Llegaron días de prueba para nuestros descalzos de Ormuz y en especial para el P. Leandro, que era el superior de aquella Misión. De tiempo atrás, por lo mismo que nuestros religiosos eran allí muy queridos y estimados, volviéronse contra ellos esas pequeñas y grandes miserias humanas, que se llaman « envidia y nacionalismo exagerado ». Todo esto se envolvía con capa de celo y de justicia. La justicia decía que no había lugar en la isla para los Misioneros carmelitas, enviados por el Papa, entrados por la puerta de Persia, amigos de los ingleses, favorecedores de pactos entre persas e ingleses, con el fin de echar de aquellas partes a los lusitanos: la justicia levantaba esta vez una calumnia infame contra unos pobres evangelizadores de Cristo. El celo decía que se bastaban y se sobraban los agustinos portugueses para los menesteres profesionales y necesidades de los cristianos de aquella fortaleza; que, siendo los agustinos los primeros en llegar y estando bajo el protectorado portugués, y siendo ellos mismos portugueses, habían de quedar allí ellos solos, y habían de salir los Misioneros enviados por el Papa, por ser extranjeros.

Se trataba, pues, de una cuestión nacionalista, de una enferm dad pestilencial, que tantos estragos ha causado en las Misiones orientales. A no ser por ella, ¡quién sabe si a estas horas estarían ya convertidos la mayor parte de los pueblos del Asia, como lo están los de América! Por eso los buenos Misioneros y amantes de las Misiones, como nuestro venerable P. Tomás de Jesús y el P. Leandro de la Anunciación,

han clamado tan alto contra el nacionalismo en las Misiones. Sobre esto, bien sabido es lo que los Pontífices han escrito y han decretado en estos últimos tiempos, y la frase que acaba de pronunciar Pío XI: « El nacionalismo cae como un azote sobre las Misiones ».

Esto se ha dicho aquí para entender en su verdadero sentido y en todo su alcance la persecución levantada contra los nuestros en Ormuz, el origen de ella, los tristes efectos que se siguieron, la energía del P. Leandro en defender su punto de vista y las expresiones vivas y enérgicas de sus cartas, tanto cuando escribe al Papa como a los superiores de su Orden.

Dicho esto, véase como él nos va introduciendo poco a poco en el fondo de la cuestión que decimos, causa de la persecución que él y los suyos padecieron. Dice así, escribiendo al P. Benigno de San Miguel, Procurador General de su Orden (1): « De Nuestro Padre General sabrá V. R. por extenso todo lo que pasa; que le aseguro que son tantas las cartas que he escrito y las vías que he hecho (2), que estoy hecho pedazos; y V. R. me perdonará y se contentará de recurrir a Nuestro Padre. » Pero esta carta no ha llegado a nuestras manos; ni a ella tuvo respuesta el Misionero en mucho tiempo, tanto que vuelve a narrar en otras, minuciosamente, lo que aquí decía.

« Sólo suplico a V. R., dice al Procurado General, que se compadezca de nosotros y que haga nuestras partes, como quien conoce y ha experimentado algo de acá. »

En efecto, el P. Benigno había ido a Persia en compañía del P. Redento de la Cruz, como dijimos en el libro anterior, y había vuelto a Roma, para el capítulo general que se celebró allí a 4 de agosto de 1613, en el que fué elegido Procurador General. Bien sabía el P. Leandro que, como noble romano, había de tomar con empeño su negocio; por eso se dirige a él con tanto entusiasmo y cariño.

A pesar de que se refiere a lo que dice en la carta al General, no deja de apuntar al P. Benigno el siguiente detalle para su gobierno: « Don Luis de Gama (el Capitán de Ormuz) fué nuestro amigo y bienhechor el tiempo que le estuvo bien a él; agora, que no nos ha menester para su consuelo, danos del pie. Yo estimo bien poco su desestima, porque confío que estoy en gracia y amistad de Dios; y por esta riqueza y bienaventuranza de la tierra, elegí ser desprecia-

---

(1) Desde Ormuz a 4 de mayo de 1618. En el archivo de la Orden, Roma.

(2) Quiere decir que ha enviado copias de la misma carta por diferentes vías, como solían entonces, es decir, por la vía de Marsella, de Venecia, Livorno, etc. Estas eran entonces las más corrientes.

do en la casa del Señor, más bien que complacer a los Príncipes (1).»

No sólo se había enfriado el Capitán en la amistad con los nuestros y llegaba ya a «a darles del pie», según expresión del P. Leandro, sino que también se había vuelto contra ellos el Vicario Foráneo; y ambos, el Capitán y el Vicario, fueron los primeros y mayores promovedores de la persecución desencadenada contra los Misioneros carmelitas. «Están muy unidos contra nosotros el Capitán y el Vicario, dice el P. Leandro; pero éste (el Vicario) no puede hacer cosa de importancia, porque tiene atadas las manos, habiéndole mandado el Señor Arzobispo de Goa que no se meta en este negocio, ni en pro ni en contra. Pero, con todo eso, se ha desmandado, habrá unos tres días, no dejando que se enterrase acá un difunto, que, sabiendo que estaba el Capitán para quebrarnos las casas, quiso y mandó en su testamento que le enterrasen en nuestra iglesia; y el Vicario con el testamentero, que es un beneficiado de la obligación del Capitán, notificó a los Hermanos de la Misericordia, de parte de Su Majestad, que no viniesen a esta casa, y lo mismo el Vicario, de quien nació la trama, amenazando con el embargo a todos los que contraviniesen estas órdenes.»

Este hecho, como es natural, produjo escándalo en el pueblo, e hizo que el P. Leandro se alzara a defender sus derechos y la causa de la justicia, como estaba obligado por su oficio. «¡Padre mío! dice dirigiéndose al Procurador de la Orden, yo no niego que nuestra profesión es de humildad y más humildad y modestia; pero, sin perder nada de esto, disponen nuestras Constituciones que defendamos nuestra justicia. Y, demás de que en Ormuz lo principal, de que nos sustentamos, son legados, de que yo hago poco caso, porque no nos ha Dios de faltar, no faltándole El a los que le invocan, lo principal, que aquí se ha de considerar, es que no es razón que, teniendo justicia, vean los cristianos, moros y gentiles que podemos tan poco en Roma que no nos la hacen. Y mucho peor sería que, de ver el descuido que allá se tienen, infiriesen que no la tenemos. Y de esto se sigue mucho daño para el bien de las almas; por poco estimarán la doctrina, cuando a mí me estiman en poco; y es fuerza estimarse en poco, cuando ven que hacemos cosas injustas; y, aunque no lo sean, hace que se juzguen por tales ver que no nos hacen justicia. También a nuestra Santa Madre persiguieron; y aunque tenía pro-

---

(1) Asi escribe este texto el P. Leandro: «Elegi abjectus esse in domo Dei mei, magis quam placere principibus».

picio al cielo, no se cansaba de hacer diligencias exteriores y mandar procuradores a la corte y procurar favor y escribrir cartas. Porque en este valle de lágrimas todo es menester; porque no siempre quiere Dios hacernos milagros, sino que deja obrar naturalmente a las causas segundas. Vuestra Reverencia es la principal a quien Dios tiene dado este cargo, por razón de su oficio y de la afición y amor que nos tiene, y así confío que hará en este particular, y en los demás, oficio de padre; que, si Su Santidad es informado de este agravio, fácilmente proveerá de justicia..... »

Y en esta carta incluye el P. Leandro otra para el Papa, escrita en latín elegantísimo, ciceroniano, presentando a los ojos de Su Santidad el cuadro que ofrecía la Misión carmelitana de Ormuz. Pero, antes de trasladar aquí algunos párrafos siquiera de esa hermosa carta del hijo al Padre, veamos con todos sus detalles cómo se desencadenó esta tormenta, lo que el P. Leandro tuvo que sufrir y decir durante ella, expuesto y narrado todo en otra carta que vale un imperio, escrita y dirigida también al Procurador General (1).

Dice así, entre otras cosas: « Por muchas partes tengo avisado a V. R., a Nuestro Padre y a Su Santidad, de lo sucedido; y así confío que habrá llegado alguna a sus manos. Pero, porque es posible que se perdiesen todas y porque V. R. me manda que le dé larga y menuda cuenta de las cosas de estas partes, haré aquí relación breve y compendiosamente de todo, tomándolo de su principio.

» Día de Nuestra Señora de la Concepción del año pasado, recibí una carta de don Vasco de Gama, primo hermano de don Luis de Gama, Capitán de esta fortaleza, y él muy amigo y devoto nuestro, en que me avisaba que había venido de Portugal una Provisión de Su Majestad, en que, muy apretadamente, mandaba que nos echasen de aquí. El Capitán tuvo la misma nueva por tierra, de que la Provisión venía por las naos. Comuniquéle el caso, y él me aconsejó que fuese a Goa y pidiese al Virrey, recién llegado, que era don Juan Coutiño, conde de Redondo, que suspendiese esta Orden hasta informar a Su Majestad de la verdad, y que él me daría cartas para el Virrey y una certificación del servicio que hacíamos a Dios y al Rey en esta tierra.

» Yo reparé en esto, por no tener licencia expresa de nuestro P. Fr. Juan Tadeo; pero teníala tácita, porque, habiendo el P. Fr. Redento enviado de Goa una licencia del Arzobispo para tener allí un hospicio, al P. Fr. Juan le pareció que no fuese a tomar posesión de él hasta ver las órdenes que ve-

(1) Esta lleva la fecha del 18 de noviembre de 1618, desde Ormuz.

nían de Roma. Y al fin me decía: Pero consúltelo con el Capitan, y haga lo que le aconsejare; por donde me parece me abrió más la puerta.

» Vine a casa. Comuniquélo con los Padres, y parecióles que era, no sólo conveniente, sino también necesario. Y luego otro día negociamos con secreto una carta triplicada de todos los casados de esta tierra para el Rey (que yo envié de Goa por dos vías y la otra por tierra), y otras dos para el Virrey y Arzobispo y todos los clérigos.

» No era tiempo de monzón (1), y así, a 10 de diciembre me partí a Yúlfar, una ciudad de Arabia, en busca de un navío pimentero, en el cual, día de Navidad, nos hicimos a la vela, y en trece días, noche de los Reyes, llegamos a vista de la India. Desembarcamos en Carapatán, río de donde había salido aquel navío, y de allí a seis días llegué por tierra a Goa, octava de la Epifanía. Hablé y di las cartas al Virrey y al Arzobispo, y visité a los Inquisidores y a todos los Ministros, así del Consejo de Estado como de las Relaciones; y en todos hallé grande acogida y facilitado el negocio. Y lo estuviera, si, como el Virrey me ofreció, lo remitiera a cualquiera de estos tribunales. Mas, como él es hechura del Arzobispo don Fr. Alejo, y ésta era pretensión suya y de sus frailes y tenía a su lado al Obispo de Cyrene, no bastó ya saber de la muerte del Arzobispo de Braga (que fué quien dió la orden de expulsión en Portugal en nombre del Rey), para que quisiese, como lo pedían todos, suspender el negocio, excusándose con que él no venía a diferir, sino a ejecutar las órdenes de Su Majestad.

» Ha de saber V. R. que esta Provisión se pasó estando V. R. en Madrid (2) o poco después de partido; porque, como el Arzobispo vió que Su Santidad no quería mandar que saliésemos de aquí, hizo él hacer esta diligencia impetuosa, por ver si salía con ello. *Sed non est consilium contra Dominum* (3). Quiera Dios que su apresurada muerte no fuese castigo de este intento.

» Como el P. Redento estaba en la corte, y tenía yo confianza que con estas naos de este año nos había de enviar algún buen despacho, traté, y estaba resuelto (como se lo avisé a V. R.) de quedarme a invernar en Goa (4); pero, viendo que el Virrey no quería hacer nada, y que una perso-

---

(1) Monzones son los vientos que soplan en los mares, especialmente en el Océano Indico, unas veces en una dirección y otras en la opuesta.

(2) El P. Benigno estuvo en Madrid para recibir el pie derecho de Santa Teresa, que la Congregación carmelitana de España regaló a la de Italia.

(3) Significa: « No prevalece el decreto o consejo contra el Señor ».

(4) Así decía en la carta del 4 de mayo del mismo año 1618, antes citada: « De Goa escribí a V. R. largo, y me acuerdo que daba por cierta mi *quedada* a invernar allá y las razones que a ello me obligaban..... »

na sospechosa me persuadía a quedar allá, por el mismo caso me resolvía a tornar; y así me negocié con algunas provisiones que dejé allá para venir en las naos, y dentro de tres días me partí en un navío de remo de mercaderes, habiéndome despedido del Virrey y Arzobispo, el cual me dió una licencia y carta para su Vicario, que, por sola ésta, era bien empleada la jornada.

» La licencia decía: 'Los Padres carmelitas descalzos podrán confesar y predicar en todas las iglesias de Ormuz y en la suya, que hasta agora tuvieron, mientras que se la dejaren tener abierta, por ser ministerios del servicio de Dios y en bien de las almas, que no se pueden impedir.' Y la carta para el Vicario decía: 'Vuestra Reverencia no se meta en la ejecución de esta orden de Su Majestad, que va contra los Padres carmelitas, ni en pro ni en contra. No en pro, porque no es razón encontrar las órdenes de Su Majestad. No en contra, porque tengo un breve de Su Santidad, en que manda que les favorezca.' Y advierta V. R. que aquella licencia, no sólo es para confesar y predicar, sino también de su parte para tener la misma iglesia, pues la nombra por tal y la da hecha. Y diciendo Su Santidad en su breve que *de sola licentia Ordinarii, nulla alia requisita* (5), podamos fundar, ya esto está establecido y la licencia del Arzobispo confirmada, sin que él la pueda revocar.

» Con esto me vine a Ormuz, bien temeroso de lo que habíamos de pasar; pero confiado en la protección de la Virgen y de nuestra Santa Madre Teresa y San José, en cuyo día (19 de marzo) entré en esta Fortaleza a las tres de la tarde, que fué principio de nuestros trabajos.

» Luego que desembarqué, visité al Capitán, y el otro día, muy de mañana, me envió a llamar y me intimó la orden de Su Majestad, y dijo que no había otro remedio, sino irnos con Dios. Yo le respondí que él me hiciese los requirimientos que debía, y que yo respondería a ellos; mas que salir, no lo había de hacer sin orden de mis superiores, y que, a pedimento suyo, el Padre superior, en mi ausencia, había despachado un propio al P. Fr. Juan Tadeo, que es nuestro Vicario General; qúe esperase a que viniese la respuesta, y que, mandándolo él, sin réplica ninguna nos saldríamos al punto. Enojóse mucho, y dijo que no había más que esperar. Y con esto me despedí.

» A la tarde, envió al Oidor que me lo notificase. Y siendo yo avisado de esto, procuré que se hallasen aquí muchos

---

(5) Es decir: « Constando sólo con la licencia del Ordinario o Arzobispo, sin ningún otro requisito o condición » podían fundar en Ormuz los carmelitas descalzos. Tales eran las palabras textuales del breve del Papa respecto a esta fundación.

vecinos, y delante de ellos respondí que yo ponía sobre mi cabeza la orden de Su Majestad; mas que, al presente, suplicaba de ella, atento a que constaba que Su Majestad estaba mal informado, y haber siete años que estábamos en posesión de aquellas casas, cinco con iglesia y Santísimo Sacramento, donde se enterraban los fieles difuntos y se predicaba y celebraban los oficios con aplauso de todo el pueblo, y con licencia del Virrey y Arzobispo, y con Oratorio, y habiendo bendecido la iglesia el Vicario del Arzobispo, sin condición ninguna hasta aquel punto. Además, que Su Majestad no nos daba nada, ni nosotros lo queríamos; y que aquel pueblo nos sustentaba y nos quería sustentar. Y todos a esto dijeron que sí. Y que el derecho, en caso semejante, nos daba lugar para escribir al Rey e informarle de la verdad.

» El Oidor se fué con esta respuesta, y el Capitán la pidió auténtica, y comenzó a amenazar que nos había de quebrar por fuerza las casas. Y por otra parte me envió diversas personas graves, primero una a una y después juntas, al Oidor, al Vicario y al Veedor de la Hacienda, para que me persuadiesen a que me fuese, y que él se obligaba a guardarnos la casa hasta saber la voluntad de Su Majestad. Yo respondí siempre, que no había de tratar de desamparar la casa totalmente; que, hasta saber la voluntad del P. Fr. Juan Tadeo, por darle gusto y porque tuviese con quien disculparse, que nos iríamos algunos a la otra banda o a Quéixome (1) y cerraríamos la iglesia, dejando la guardia debida; y que en viniendo la orden del P. Fr. Juan, había de hacer lo que él mandase. Y con esto los despedí primera y segunda vez a todos.

» El Capitán no quiso venir en nada, diciendo que no tenía orden para hacer concierto; pero que me daba ocho días de término, para que me resolviese. De allí a los ocho días llegó el Hermano Fray Diego con una carta de dos pliegos para el Capitán, muy discreta y docta. Era del Padre Juan. A mí me ordenaba que, si no era amarrados, en ninguna manera saliésemos de aquí. Envié la carta al Capitán, y a decirle que aquella era la respuesta que le daba.

» Otro día me envió a llamar, y tornó con mucha blandura a persuadirme que nos fuésemos; y yo le respondí lo mismo. De allí a cuatro o cinco días me volvió a llamar con un clérigo, diciendo quería hiciésemos algún concierto. Yo iba ya; mas envió también a decir que fuese conmigo el Padre Subprior. Y, yendo a tomar la capa y a llamarle, me

(1) «Quéixome» era otra islita cercana, en poder de los portugueses, desde donde traían el agua potable a Ormuz, por ser la de esta isla tan insalubre como dijimos al principio.

dió un salto el corazón, tan desacostumbrado, que, juntándose la sospecha que daba el enviarnos a llamar a ambos, me obligó a responderle que me perdonase, que no era tiempo de desamparar yo la casa. Y envié al Padre Subprior a que supiese lo que quería. Mas él no quiso decir nada; que, pues yo no quería ir a tratar de concierto, que se vendría a las obras. Fué ésta manifiesta inspiración del cielo; porque tenía él noticia de que todos los demás religiosos estaban enfermos de un mal que corrió en la ciudad, a modo de catarrillo, que no perdonó a ninguno, y tenía aparejada la manchúa (o falúa) a la puerta del socorro de la fortaleza, para meternos en ella; y aquí, cerca de casa, estaban escondidos todos los picapedreros de la ciudad, con picos, para dar un asalto al convento. ¡Dios sea bendito, que nos libró de aquel peligro, y nos dejó prevenidos para otros semejantes! Y no es maravilla, por ser aquel día sábado, en que la Virgen ayuda a los suyos, y mucho más a sus propios hijos.

» Llegóse con esto la Semana Santa, y así no se hizo ninguna diligencia hasta pasada la domínica de Quasimodo. Entre tanto (que era tiempo de monzón), escribí a Goa a todos los Ministros, lamentándome mucho de la fuerza que se nos hacía; con que quedaron dispuestos para lo de adelante.

» Pasadas las fiestas, tuve nueva que nos querían dar el asalto. Preparámonos para él con muchas disciplinas y ayunos, oración y comuniones. Y la mañana que había de ser, dijimos las misas muy con tiempo, y los Hermanos se comulgaron. Saqué el Santísimo, con mucha cera que ardía; y, puestos todos en oración, esperábamos el golpe con confianza. Estaban los pedreros prestos, como antes; y teniendo aviso de que el Oidor había salido de la fortaleza, hice repicar la campana grande a modo de fuego, a fin de que se juntase gente, para que no consintiese que se hiciese ningún desacato: cosa que con mucho fundamento se debía temer, acometiendo la iglesia con furia tantos infieles, enemigos mortales del nombre cristiano, y con mucha razón debía procurar se previniese este daño.

» El Oidor traía orden de que, si hubiese algún movimiento, disimulase con que venía a otra cosa, y así lo hizo. Pero el negocio era manifiesto, y el signo o aviso a todos fué cosa maravillosa, y espectáculo de grande admiración ver la devoción con que acudió todo el pueblo, todos los pobres, los meninos de las escuelas seculares, y todos los soldados; unos lloraban, otros cantaban letanías, y los soldados consagraban sus vidas por la libertad y defensión de la Iglesia; y, según nos contaron, por las calles no se oía otra cosa que lamentos de las mujeres, que, llorando,

acudían a las chinelas, tiradas de sentimiento que les causaba la pérdida de esta casa, donde todos hallaban consuelo y remedio. Tomás Texeira, que es aquel soldado portugués que luego que yo partí para Ormuz, hará siete años, pasó para Portugal con Juan Cavalín, me dijo que era un retrato del día del juicio.

» El Oidor fingió que iba a hacer una visita, y así, aquella mañana, no tuvo efecto; y yo despedí a todos, exhortándolos a que el juntarse allí no era para hacer motín, sino sólo para defender el Santísimo Sacramento de un desacato; y que siempre que fuesen avisados, acudiesen.

» Aquel mesmo día, después de comer, fuí avisado del mismo peligro, y nos aparejamos de la misma manera; pero no tocamos campana, sino, por medio de amigos, se juntó casi la misma gente que por la mañana. Llegó el Oidor, y detrás de él el Maestro de las obras con todos los pedreros de la ciudad. Yo salí al encuentro para le protestar, por reverencia de aquel Señor que llevaba en las manos, que no tocase en la iglesia, sino que se tornase, porque nosotros no queríamos más que informar a Su Majestad de la verdad; y que si, estando informado, lo tornaba a mandar, que al punto nos iríamos. Y no fué necesario hablar palabra, porque él, en viendo al Señor, le adoró, y dijo que allí no había qué hacer sino tornarse. Y así lo hizo, y dió cuenta al Capitán. A éste le extrañó mucho que saliésemos con el Santísimo Sacramento, y pidió se hiciesen papeles escritos de todo. Requirió al Vicario para que nos quitase el Santísimo Sacramento. El se excusó con decir que tenía orden del Arzobispo para ni en pro ni en contra se meter en este negocio, y mostró de esto una carta del Arzobispo que le traje yo de Goa. La copia de esta carta con los demás papeles envió el Capitán a Su Majestad; y yo, con el mismo correo, escribí al Duque de Lerma y al Secretario de Estado de Portugal, Francisco de Lucena, haciéndoles relación de lo sucedido y de las razones que hacen en nuestro favor, y les pedí que favoreciesen causa tan pía.

» De allí a un mes, poco más, llegó aquí don Luis de Gama Sousa por Capitán de la fortaleza. Todos en casa se alegraron, por les parecer que eran ya acabados los miedos. Yo me entristecí, por entender que, estando el Obispo de Cyrene en Goa, y siendo éste su amigo, que había de traer orden para hacer las mismas diligencias, dudando que don Luis de Gama, por ser nuestro amigo, no las habría hecho; pero el nuevo Capitán se nos mostró tan devoto, que me engañó.

» Convidéle para la procesión del Corpus Christi, que hicimos día de San Juan a la tarde, con sermón y mucha solemnidad, y él aceptó el convite; pero después no vino, di-

simulando una disentería. Al día siguiente, me vino un hombre a pedir que hablase por él al Capitán sobre un negocio (y sin duda fué hecho a posta, según los indicios). Yo fuí; y, antes de me dar lugar a que le hablase sobre ello, me dijo la orden que tenía, y que la había de ejecutar antes de que yo saliese de la fortaleza; es decir, que quisiese yo irme con los religiosos a Quéixome hasta que viniesen cartas del P. Fr. Redento, y que él se contentaba de que quedase un Hermano por guarda de la casa. Yo le dije que no estaba en mí hacer conciertos, y que él no se querría descomulgar. Y me fuí levantando para irme. El mandó que me cerrasen las puertas, y así quedé preso, y lo estuve ocho días.

» En este tiempo juntó a consejo todos los magnates, tocaron a rebato, mandaron gente de guerra al convento, congregaron todos los pedreros, mandó llegar la galera a tiro de falcón de nuestra casa; envióme, a donde yo estaba preso, a amenazar con guardas que había de bombardear la casa, si no nos íbamos. Fueron tantas veces las que me hablaron en esto, que, enfadado de lo oír, respondí estas palabras: 'Yo no estoy en Ginebra, ni en la Rochela. En estas partes, aunque se quiebran iglesias, no es con bombardas. Diga vuestra merced al señor Capitán que soy católico y castellano y hijo de mi Padre, y, sobre todo, carmelita descalzo; y que la menor de estas razones me obligan a que, en la materia de que se trata, no digo don Luis de Sousa, pero ni el Rey nuestro Señor que estuviera aquí, ni el mundo todo, me doblen el brazo, ni hagan tomar otro parecer; que, si él hiciere lo que amenaza, me pesará mucho, y no menos por él que por mí; mas, que me consolaré que nada de esto fué bastante a que viniese en cosa tan mal hecha, como desamparar una iglesia *en tierra de cristianos,* a vista de tantos moros, gentiles y judíos' (1).

» Ha de imaginar V. R. que en este intermedio estaba la ciudad de la mesma manera alterada que la primera vez, y hasta los infieles lo sentían: unos lloraban y otros se escandalizaban. Los Padres y Hermanos lo hicieron famosamente; porque también fueron contrastados con ruegos y amenazas, y se mostraron aún más constantes que yo.

» Finalmente, cuando tocaron a rebato, nigún vecino quiso ir: cosa que el Capitán sintió mucho. Y así, viendo que no había remedio, me soltó a los ocho días. Pidióme que enviase con la primera ocasión un religioso a Goa, a dar cuenta al Virrey de nuestra justicia. Yo tenía orden del P. Fr. Juan Tadeo para enviar a ordenarse a Fr. Jorge, y así se lo ofrecí

(1) Decía el P. Leandro *en tierras de cristianos,* por estar la isla de Ormuz en poder de los portugueses.

al Capitán. Partió el Hermano día de San Bernardo (1). Llevó cartas para el Virrey, el Arzobispo, el Secretario y para todos los Ministros, así de las Relaciones como del Consejo de Estado, en que después de contar lo sucedido, decía las razones que hacen en nuestro favor, como licencias expresas y tácitas, posesión de tantos años, breve de Su Santidad, satisfacción del pueblo, émulos y falsas informaciones, escándalos que se seguirían y mal ejemplo que se daría a los Reyes infieles.

» Llegó el Hermano a Goa por la octava de la Natividad de Nuestra Señora. Fué muy bien recibido del Virrey, el cual llamó a consejo para tratar de este negocio; y se hizo un asiento por escrito, para que no nos inquietasen más hasta informar de nuevo a Su Majestad, y ver lo que entonces ordenaba. Y al Hermano le dijo después de esto, que estuviese alegremente, porque la causa era de Dios, y él nos había de ayudar. El Arzobispo me escribe lo mismo, y dice lo mal que a todos pareció los excesos que acá se hicieron, y que él escribe al Capitán que está descomulgado, y el Obispo de Cyrene le escribe diciéndole que no lo está. Todos los Ministros están muy nuestros devotos y aprestados a nos favorecer. El Arzobispo hizo muchos favores al Hermano, y le ordenó de misa día de San Miguel (2). Yo le dí orden que no la cantase allá, si no en caso que los Padres de la Madre de Dios se lo pidiesen. Ellos se lo rogaron para día de San Francisco (3), y el Hermano dió cuenta al Arzobispo de ello, el cual le dijo que en ninguna manera lo hiciese, sino que viniese a cantarla entre sus hermanos, que se consolarían, y también porque hay pocas misas nuevas en Ormuz. El Padre no vino en este navío, porque le dí yo orden que no viniese sin cartas del Reino, y las naos de Portugal aun no eran llegadas. Cada día le espero, y haremos mucha fiesta en su misa nueva.

» El Capitán me dijo el otro día que don Roberto había sido bien recibido, y le habían oído de buena gana los negocios que propuso, y que para abril habría aquí galeones de Portugal que vengan derechos a Ormuz. Puede ser que venga con ellos el P. Fr. Redento. ¡Dios ordene lo mejor!

» Estos son, Padre mío, nuestros trabajos y nuestros tesoros y riquezas. ¡Quiera el Señor que no las haya yo per-

(1) A 20 de agosto.

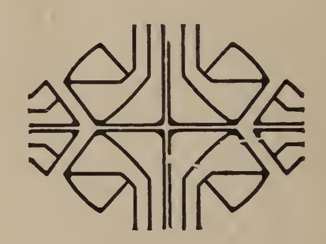
(2) A 29 de septiembre. Este Hermano corista es uno de los cuatro que envió a Ormuz desde Goa el P. Redento de la Cruz. De aquí que, por ser allí tan estimado, pudo negociar mejor y con más satisfacción de todos el asunto de Ormuz.

(3) A 4 de octubre.

dido por falta de disposición! Agora vivimos en esperanzas, y todo este pueblo las tiene de buen suceso..... »

Para completar el cuadro, es necesario insertar aquí los principales períodos de la carta que el P. Leandro escribió al Pontífice Paulo V. Es una breve recopilación de lo que aquí dice. Hay en la carta al Pontífice más elevación, rayana en lo patético muchas veces. Algunos detalles nos da en la del Papa, que no los toca siquiera en la del Procurador General, como es, entre otros, la acusación calumniosa de que los carmelitas pactaban con los ingleses para arrojar de sus posesiones a los portugueses, y la peste de nacionalismo que reinaba entonces en Oriente.

Véanse los rasgos principales de esa epístola en el capítulo siguiente.



CAPITULO XIII

DÍAS DE BONANZA

Carta patética del P. Leandro al Papa. — La peste del nacionalismo. — Canta en buenos versos la persecución, prisión, libertad y paz final.

En esta epístola, escrita en latín elegante, se ve el humanista, el militar y el poeta en nuestro preclaro Misionero.

Empieza presentándose al Papa « como soldado de Cristo », alistado desde hace ocho años entre las milicias que la Orden del Carmelo tenía en las Misiones orientales. A ellas vino en compañía del P. Vicente de San Francisco, « enviado por Su Santidad como embajador a Persia ». Un año casi emplearon en el viaje. Todo el siguiente lo pasó en Persia, dedicado principalmente al estudio de las lenguas. Al cabo de ese tiempo le enviaron al castillo de Ormuz. Aquí, « con la licencia del Arzobispo de Goa, del Virrey de la India y de Vuestra Santidad (dice al Papa), edifiqué yo un hospicio, acomodé una capilla y la adorné de manera, que atrajo las miradas y las voluntades de todos estos moradores, que empezaron a frecuentarla desde entonces con toda devoción. »

Al año de haber hecho la fundación, « el pueblo les manifestó su amor y voluntad con tan largas limosnas, que pudieron edificar una iglesia pública conforme al espíritu carmelitano. »

Y continúa el P. Leandro: « Terminada la fábrica de la iglesia, erigidos los altares, bendecido todo por el Vicario General, con asistencia del Capitán de la fortaleza y gran concurso de pueblo, con inmensa satifacción de todos, se dijo la primera misa el día de la Virgen del Monte Carmelo, a 16 de julio de 1612. »

A los seis meses, se colocó el Santísimo con no menor solemnidad y concurso de fieles; se celebraron los ejercicios de las Cuarenta Horas; continuó creciendo el culto en solemnidad y en concurrencia; los Padres trabajaban incansables en el altar, púlpito y confesonario; las conversiones eran muchas; la piedad del pueblo aumentaba; los corazones de equellos cristianos, agradecidos, pedían ahora, a voz en grito, que aquella Misión no fuese arrancada de cuajo,

como pedían, a voz en grito también, sus émulos y enemigos. Esta es la razón de llevar hasta el trono de Su Santidad, hasta el Padre de todos, las quejas y las súplicas de los carmelitas, de los cuales era él, aunque indignamente, Padre superior.

Después de esto, narra con sencillez y verdad al Papa, lo mismo que refirió al Procurador General de su Orden en la carta que copiamos en el capítulo precedente, no sin exclamar ante la presencia augusta del Pontífice, que es verdadero Padre, estos ayes de su alma: «¡ Cuántas guerras! ¡Cuánta estratagema militar! ¡Qué de armamentos y de aparatos guerreros! ¡Cuántas incursiones y escaramuzas, arrojándonos flechas envenenadas, para enderezar sus tiros y artillería nuestros enemigos contra un humilde tugurio teresiano, desde el cual unos pocos soldados de Cristo, como desde los campamentos del Señor, han declarado guerra sin cuartel a los demonios y al mundo, crucificando su propia carne. Esto, Santísimo Padre, lo saben aquí todos los moradores de esta isla, y no ha de ser ignorado por Vuestra Santidad. Por eso vengo yo a decírselo con esta carta, siguiendo los ejemplos de nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, de esta Madre Santa, de la cual somos nosotros hijos y continuadores de su obra.»

Y a continuación, dejando el tono militar, el P. Leandro refiere al Pontífice la más grosera e increíble calumnia que les levantan, los que están respirando «nacionalismo» por todos los poros. «Instigados por el enemigo malo, dice el Misionero, trabajan contra nosotros dos súbditos de una nación extranjera, acusándonos calumniosamente de haber aconsejado y persuadido a los persas el firmar un pacto o tratado de amistad con piratas ingleses. Nada más falso que este testimonio, Santísimo Padre, que ha sido echado a volar para excitar los ánimos contra nosotros. Más todavía: ha sido llevado también hasta el trono de Su Majestad Católica, o por mejor decir, a los oídos del Arzobispo de Braga, fallecido poco después, el cual entonces tenía la presidencia del Consejo Supremo de Portugal; y, siendo, como era, muy poco afecto a nosotros, dió oídos a nuestros enemigos, y, en nombre del Rey, mandó al Capitán de esta fortaleza que inmediatamente, so pena de incurrir en la indignación real y en otras penas más graves, arrojase de esta isla a los carmelitas descalzos y destruyese por completo esta casa-Misión.»

Y, después de seguir refiriendo al Papa, punto por punto, toda la historia de esta persecución, tal como ya la sabemos por la otra carta, termina la que escribe al Pontífice Paulo V, condenando el nacionalismo en las Misiones con estas enérgicas palabras:

« Así están ahora las cosas. Si han de volver o no a asaltar la iglesia, no lo sabemos. Por lo tanto, noche y día estamos vigilantes en la oración, con ayunos y disciplinas, fortaleciéndonos todos con el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, hasta que se sosieguen los vientos de esta tempestad levantada contra nosotros. Esperamos que suceda pronto, y tenemos puesta en Dios nuestra esperanza. Y para obtener esta gracia más pronto y con mayor seguridad, recurrimos a Vos, Beatisimo Padre, como a Vicario de Cristo, amantísimo Pastor, Juez de la Iglesia, Censor de nuestras obras, Príncipe nuestro y Padre, Refugio y Defensor de nuestra Congregación: para que, informado bien de todo, como Censor y como Juez, juzgues esta causa; como Pastor, nos defiendas; como Padre, mires por nosotros; como Príncipe Supremo y Vicario de Cristo, vuelvas por la libertad de la Iglesia.

Ello ha de ser para mayor gloria de Dios y de la Iglesia santa. Pues, de lo contrario, ¿qué pensarán de nuestra ley los rabinos? ¿Qué los sacerdotes de los ídolos y los bracmanes? ¿Qué todos los sarracenos, de los cuales está lleno este imperio? ¿Qué juzgarán de todo esto, viendo que unos religiosos, de probada virtud y venerados del pueblo, son arrojados, ignominiosamente y sin causa alguna, por el Rey Católico? ¿Qué pensarán, repito, al ver cerrado y destruído el templo de Dios por los mismos cristianos, y que ello ha sido decretado en nombre del Rey que se llama Católico por antonomasia.....? ¿No es cosa, en verdad, que indigna que los ministros de este Rey Católico nos arrojen de aquí con el pretexto de un falsísimo crimen, y nos condenen sin oírnos? Y ¿quién puede tolerar con paciencia que, en nombre de la caridad y de la religión, se expulse de aquí a unos religiosos, por la razón potísima de que ya hay otros, adictos a la política temporal de un Rey de la tierra, cuando todos podemos y debemos trabajar en la viña del Rey altísimo, sin curarnos de las cosas temporales? ¡Ay dolor, y cuánta peste hay de esta clase en la India Oriental!

Después de todo, no hay que estrañarse tanto de ello, sabiendo cuán distante está de aquí el Pastor universal, para gobernar su rebaño y darle pastos adecuados, como lo hace con la afortunada Europa que goza de su presencia. El tiempo me faltaría, Santísimo Padre, si me pusiese a catalogar tan sólo las calamidades de este género que padecemos en estas partes. Ni, aunque lo intentase, había de encontrar palabras que pudieran expresar adecuadamente la gravedad de estos males pestilentes. Por lo cual, paso todo esto en silencio, y arrojado a los pies de Vuestra Santidad, os ruego que nos miréis benignamente, como a hijos predi-

lectos de la Virgen, pidiéndoos para ellos una larga y copiosa bendición de vuestra mano, mientras rogamos fervorosamente al Señor que nos guarde y nos conserve incólume a Vuestra Santidad por largos años, para bien de la Iglesia y de nuestra sagrada Orden del Carmelo.

»De nuestro convento de Ormuz, a 1.º de mayo de 1618.»

Así, con tan santa valentía y con verdad tan sincera, con el énfasis y expresión propios de la lengua latina, escribe el P. Leandro al Papa, contándole la persecución que padecían por estas calendas los Misioneros carmelitas de Ormuz.

Después que nuestro buen Misionero escribió al Papa, quedóse enteramente tranquilo y sosegado, como quien había puesto en manos del Señor todo aquel negocio. A la hora en que escribía, no sabía en qué habían de venir a parar aquellas persecuciones. Tan impresionado quedó el ánimo de nuestro Misionero-poeta, que reprodujo estas escenas en décimas inspiradas. Como tienen para nosotros un alto valor histórico, vamos a copiar las más interesantes, tanto para epilogar lo que ya nos ha dicho en buena prosa, como para ver en qué vinieron a parar aquellas persecuciones. Por cierto, que mejor y más cumplida referencia histórica tenemos de esto en sus versos que en sus cartas. Por ellos sabemos el término feliz de tal borrasca.

Como preámbulo para cantar la persecución que levantaron contra él y contra todos los suyos, achácalo todo al demonio, por el espíritu de fe que ardía en su alma, y dice así en su memorable PASATIEMPO:

Las obras que Dios ordena
dedicadas a su gloria,
cuando se espera victoria,
dan al demonio más pena;
la soberbia desenfrena,
los furores exercita,
y luego desacredita
la virtud que resplandece,
y el resplandor escurece
y el valor del que milita.

Sigue haciendo al demonio autor y cizañero de la guerra contra los carmelitas, por lo mucho que el enemigo de las almas perdía con la predicación de los Misioneros, por lo cual dice el poeta:

Mil desdichas sospechaba,
desastres y confusión,
temiendo la destrucción,
que en toda Europa probaba;
mil máquinas inventaba
y, al fin, salió con su intento,
publicando que el convento
se carteaba con ingleses,
trazando que portugueses
perdiesen su antiguo asiento.

¡Oh astucia falsa, infernal!
¡Oh malicia de serpiente!
¡Oh atrevimiento insolente
que la envidia es su caudal!
Mas la verdad, que es leal
y fundamento seguro,
muy mejor que un fuerte muro,
hizo a este golpe reparo,
y a la sombra deste amparo
no tema el ánimo puro.

Enterado de la real orden para que él y los suyos saliesen de la isla de Ormuz, el P. Leandro, que en la poesía ésta se llama Aloisio o Luis, su nombre de pila, salió como sabemos para Goa a defender su causa ante las autoridades superiores portuguesas. Cántalo así en estas décimas:

Aloisio bien enterado
desta falsa información,
y que trajo provisión
el Virrey, que era llegado,
en una fusta embarcado
partió a buscar el remedio;
mas luego tornó sin tedio,
que, aunque cerrada la puerta
vió a la verdad, muy abierta
la hallo en Dios, que es mejor medio.

En ir y tornar de Goa
se pasaron pocos días;
fuerza de oraciones pías,
que llevan el mundo a toa (1),
puso en los vientos la proa,

(1) Que llevan el mundo tras de sí, como la *toa* o *sirga*, que es una maroma para remolcar las embarcaciones y llevarlas a la orilla.

el golfo pasó en bonanza,
efecto de su esperanza
de sus intentos la gloria,
que para eterna memoria
nunca se rindió su lanza.

Y ¿cómo dejar ahora de transcribir algunas décimas cálidas, rotundas, de acento marcial, como coronamiento de lo que ha dicho y referido en prosa muy movida este intrépido Misionero?

Véase cómo canta lo que le sucedió a su vuelta de Goa en Ormuz, su prisión, su liberación, su triunfo y el *Te Deum laudamus,* que sus hijos elevaron al Señor después de la libertad de su amado Padre y Pastor.

Luego que el puerto tomó
de aquella isleta salada,
de fama tan celebrada
que en todo el mundo sonó;
luego ¡al arma! se tocó,
y, publicada la guerra,
se espantó toda la tierra,
viendo un templo perseguido,
donde era Dios tan servido,
y a dó la virtud se encierra.

Por desnervar el valor
del Carmelo y sus soldados,
aunque pocos, esforzados,
prendieron a su Pastor;
y luego con gran furor
pusieron cerco al convento,
todo bélico instrumento
al combate preparando,
y gastadores buscando,
que acudieron al momento.

Por dar mayores enojos
a los pobres inocentes,
como a falsos delincuentes
envuelven en sus despojos;
a la vista de sus ojos,
vino a surgir la galera,
y al punto sacaron fuera
la pieza de la crujía,
con que el Capitán quería
ablandarlos como cera.

Mas nada pudo vencer
a aquellos fuertes leones,
que tomaron por blasones
« o morir o padecer »:
¡palmas, que quieren crecer
de su peso a la medida;
y cuanto crece la herida,
se precian de más salud,
y estiman la esclavitud
favor de esposa querida!

. . . .

El Capitán persuadía
que el convento le entregase,
y en un catur se embarcase
si a Portugal ir quería;
mas antes él moriría
que ser a Dios alevoso
(que este morir es glorioso)
y antes que sufrir ultraje
de romper el homenaje
degenerando de honroso.

. . . .

La justicia estaba presa,
y así no tiene quien la oya;
mas, al fin, llevó la joya
de paciencia, que es su empresa;
y, aunque el mundo se embelesa
viendo cercado el convento,
él está alegre y contento
cuanto el Capitán confuso,
viendo frustrado y deluso
su furor y atrevimiento.

Viéndose, pues, empeñado
en más de lo que podía,
y que todo el pueblo ardía
en zelo bien ordenado,
temió que, desenfrenado,
no le perdiese el respeto;
y así mandó por decreto
que al Visorrey se avisase
y respuesta se esperase,
que fué consejo discreto.

Al Padre mandó a avisar
que a su casa se tornase,
y a sus hijos consolase,
cansados ya de esperar;
y a boca le quiso dar
satisfacción de su intento,
y afirmó con juramento
que acreditar sólo quiso
su lealtad, y dar aviso
que cumpliera el mandamiento.

Cortesmente despedido
del Capitán, los soldados
le acompañan, obligados
porque es de todos querido;
en su casa recebido
fué con alegres semblantes,
de aquellos fuertes infantes
del ejército de Cristo,
y, apenas de ellos fué visto,
cuando cantaron, triunfantes:

Te Deum laudamus, Señor,
consolación de afligidos
y libertad de oprimidos,
que vemos nuestro Pastor;
que, aunque en virtud y valor
cualquiera de ellos podía
ser su pastor, guarda y guía,
con razón tienen consuelo
con quien, electo del cielo,
en paz y amor les regía.

. . . .

Fué la verdad conocida
y la intención estimada,
con que se dió por premiada
la entereza combatida;
quedó la envidia corrida,
viendo su intento frustrado,
y el convento acreditado
con el pueblo y con el Rey;
pues que suspende la ley,
que puso mal informado.

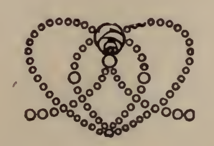
. . . .

El Pastor, con la victoria,
alegre quedó y ufano,
viendo que el poder humano
no pudo abatir la gloria
del Carmelo y su memoria,
cuyas proezas y hazañas
no son en el mundo extrañas;
pues con su sonora trompa
la fama con triunfo y pompa
publica por las campañas.

Pasada, pues, la tormenta,
viendo ya sereno el cielo,
por la falda del Carmelo
sus ovejas apacienta;
allí saudoso se sienta,
viendo correr los cristales
con que riega la campiña
de soberana doctrina,
más dulce que los panales.

Dióse todo a la lición
de Padres y de Escritura,
prado de hermosa verdura
que enamora el corazón;
por moverse a devoción
y proponiendo mil palmas,
hízose mercante de almas.....

¡Mercante de almas! Ese es el Misionero. Ese es el Padre Leandro de la Anunciación, en prosa y en verso, en sus sermones y en sus conversaciones y en toda su vida de apostolado y de oración. De la abundacia del corazón, habla la boca y canta la poesía.



CAPITULO XIV

Misión de Tatta

El carmelita ecijano fundador de esta Misión. — Notas biográficas. — De Ormuz a Tatta. — La nueva iglesita. — Método ingenioso de convertir infieles. — Preciosa carta del rígido Misionero y retrato de su carácter y género de vida.

Cumple aquí el dar noticia exacta de la fundación de Tatta, la primera Misión carmelitana en el Gran Mogol, y de su venerable fundador, que fué el P. Luis Francisco de la Madre de Dios, del cual, en frase del cronista de nuestras Misiones, « sólo encontramos la huella del gigante estampada en la arena » (1).

Algo más que el cronista hemos hallado nosotros, aunque no mucho. Dos o tres cartas suyas, la memoria breve de algún escritor antiguo, unas cartas y unas décimas del P. Leandro, dedicadas a cantar al Misionero de Tatta, su compañero de viajes y fatigas de Ispahán a Ormuz.

Con estos cuantos documentos vamos a dedicar a la primera Misión carmelitana del Gran Mogol los últimos capítulos de este libro, una vez que dejamos referida la historia de la fundación de Ormuz, que va a tener existencia efímera ; pues concluyó, al mismo tiempo que el dominio portugués en dicha isla, en 1622.

Tal es la razón de unir en este pequeño volumen la historia de estas dos Misiones en la época de su fundación, que es lo que nos hemos propuesto al emprender la publicación de la primera serie de libros de nuestra Biblioteca de Misiones carmelitanas.

Comencemos por dar algunas noticias del fundador de la Misión de Tatta. Poseemos las suficientes para ver el carácter, el espíritu, la tenacidad, los alientos de este apóstol gigante, que se llamó Luis Francisco de la Madre de Dios. Se destaca su figura entre nuestros grandes Misionero con rasgos inconfundibles.

---

(1) « Di esso troviamo registrato come un vestigio di un gigante impresso su l'arena ». *El P. Eusebio de Todos los Santos,* en su HISTORIA DELLE MISSIONI (inédita), Cuaderno Aa. — Archivo de la Orden, Roma.

Nació este ilustre Misionero en Ecija, no sabemos el año· Sus padres fueron Andrés Fernández del Hierro e Isabel Ortiz, de noble ejecutoria y de piedad muy arraigada. Desde niño tuvo inclinación a las cosas de religión; pero luego, con los estudios de las letras humanas, en que salió muy aventajado, se resfrió bastante su espíritu para la piedad. Más tarde emprendió la carrera eclesiástica «con la esperanza de conseguir algún pingüe beneficio eclesiástico». Resuelto a medrar por este camino, salió para Roma en el Año Santo de 1600, apenas ordenado de sacerdote. Así que, más que en lucrar las gracias espirituales de aquel magno Jubileo, nuestro Luis Francisco, desde que puso los pies en la Ciudad Eterna, pensó en procurarse relaciones y amistades que le pudieran valer para conseguir lo que deseaba.

En estos pasatiempos andaba distraído, cuando el Señor misericordioso se dignó llamarle a vida más perfecta. El mencionado cronista nos refiere minuciosamente el medio extraordinario de que el Señor se valió para hacer cambiar de rumbo los pensamientos del sacerdote ecijano. Sobrevínole de pronto una gravísima enfermedad, que le puso en trance de muerte. Entre congojas y agonías, vióse llevado Luis Francisco súbitamente ante el tribunal del Juez eterno. Allí los demonios le combatieron de una manera implacable, acusándole de tales y cuales faltas contra sus sagrados deberes de sacerdote del Altísimo. El Juez le miraba cada vez más airado. Como los demonios continuasen en sus acusaciones y él no supiese qué responder, disponíase el Juez a dictar la sentencia contra él, la sentencia de condenación eterna. Entonces, como iris de paz, se presentó ante sus ojos la Santísima Virgen, cuyo devoto fué siempre, y vió a la celestial Señora interceder por él ante su Hijo, ofreciendo, en nombre del acongojado sacerdote, que éste había de cambiar de vida. Al mismo tiempo la divina Señora le inspiró que vistiese su hábito del Carmen en la Reforma de Santa Teresa. Ofreciólo en el acto Luis Fracisco con juramento. Sanó muy pronto de su enfermedad, y fué a cumplir sin dilación su promesa en el noviciado de los carmelitas descalzos de La Escala.

Tuvo por maestro al Ven. P. Juan de Jesús María, quien, como médico experto en el arte de curar almas, calmó todas las inquietudes que la de este novicio sentía, a pesar de que, desde entonces, quedóle la terrible enfermedad de los escrúpulos, enfermedad que se le quitó cuando fué Misionero.

Profesó en aquel noviciado de Roma por el mes de abril de 1608, y los superiores le enviaron a Génova para repetir, en el colegio de Santa Ana, el curso de teología y acabar de formar su espíritu teresiano. Aquí sus escrúpulos fueron

en aumento, hasta no dejar en paz a los confesores con sus consultas y confesiones diarias. Escrupuloso en todo, lo fué mucho más en el exacto cumplimiento de la observancia regular, quizá, a veces, hasta el exceso. Estos escrúpulos agriaron algún tanto su carácter, enérgico *a natura;* de hierro, como el apellido que llevó en el siglo. De él escribió más tarde el P. Leandro al General de la Orden (1): «Del P. Luis Francisco sé decir a V. R. que es tan terrible su condición y sus fervores y zelos, que a todos nos parece que está bien allá [en el Mogol]; y, aun con estar tan lejos, nos alcanzan de cuando en cuando algunos ramalazos..... Yo se lo tengo advertido; y el Padre es tan santo y humilde, que lo conoce bien y me lo agradece.» Así nos le pinta quien vivió con él y le conoció a fondo.

Apenas fué elegido General de la Orden en 1611 el venerable P. Fr. Juan de Jesús María, puso los ojos en el P. Luis Francisco para las Misiones de Persia. Allá le envió, como dijimos, en compañía del P. Bartolomé de San Francisco, el famoso napolitano Ponte. La recomendación que les dió el P. Fr. Juan, al escribir a los Misioneros de Persia, decía estas pocas palabras (2): «Son sujetos de notoria virtud y conocidos de Vuestras Reverencias. Partieron de Marsella el 19 de julio (1612) con grande ánimo y resolución de dar la vida *pro testamento Domini.*» El mismo venerable General les dió por escrito una hermosa y santa instrucción para el viaje a las Misiones, juntamente con una carta muy paternal y entrañable (3).

Ya hablamos antes de su llegada a Ispahán, y vimos cómo el P. Luis Francisco salió de allí con el Padre Leandro, acompañando a éste en sus mensajes de paz desde Shiraz a Ormuz y desde Ormuz a Shiraz, cuando la toma de Bandel Comorán por los persas.

En Ormuz trabajó mucho en el ministerio, especialmente cerca de los portugueses y de los renegados. Hízose gran amigo de algunos mercaderes ricos que iban a comerciar en el Gran Mogol. Habiendo de fletar éstos una nave con grandes riquezas para venderlas en Tatta, ciudad situada a la embocadura del Hindu, emporio comercial de los mogoles, quisieron llevar al P. Luis Francisco en su compañía, para que les sirviese de capellán, y, si lo lograsen, fundar allí una Misión carmelitana. El P. Vicente de San Francisco, Superior de Ormuz entonces, vió con buenos ojos esta idea, por el deseo de extender la gloria de Dios y de su Orden en

---

(1) Con fecha del 4 de mayo de 1618.
(2) Véase la carta que pablicamos en la VIDA *del Ven. P. Juan de Jesús María,* pág. 191.
(3) Ibídem, y en el tomo III de sus OBRAS, págs. 337-38.

aquellas tierras; pero solamente lo concedió a título de ir a explorar el terreno, para informar de todo a los superiores, sin cuya licencia no podía establercerse allí Misión alguna. Y así se hizo.

El P. Luis Francisco partió de Ormuz para el Mogol en la nave de sus amigos, los mercaderes, por el mes de mayo de 1613. Llegado que hubo a Tatta, halló un campo bien propicio para sus trabajos apostólicos. Allí empezó en seguida a desplegar su celo, que era muy ardiente; y sin esperar a que llegasen las licencias, del mejor modo que pudo, en la misma casa que le buscaron los mercaderes, abrió un pequeño oratorio y capilla al culto, y en ella dió principio a su sagrado ministerio en ese mismo año de 1613. De ahí que algunos historiadores nuestros y los catálogos de nuestras Misiones pongan en ese año la fundación de la primera Misión del Gran Mogol, que era la tercera de la Orden en antigüedad (1).

Pero es el caso, que, como tardase en volver el P. Luis Francisco a dar informes sobre aquellas tierras, según se lo encargó el P. Vicente de San Francisco, éste le obligó a volver a la isla de Ormuz. Hijo de la obediencia, volvió al punto el santo religioso, llorando de piedad al ver la gente que se quedaba en Tatta sin asistencia religiosa de ningún género, entre los muchos mercaderes que traficaban en aquel puerto. Y mucho más le dolía no poder seguir allí para la conversión de los infieles.

Por su parte, los mercaderes portugueses y otros muchos que moraban en Tatta, escribieron largas cartas pidiendo esta fundación. Empezóse a negociar entonces con más empeño, en vista de lo que el Misionero ecijano refería, y viniéronse a conseguir las debidas licencias dos años más tarde.

A últimos del 1615, estando ya de superior en Ormuz el P. Leandro, se embarcó nuevamente para el Mogol el Padre Luis Francisco, llevando por compañero un hermano lego, llamado Fray Francisco de la Resurrección, que murió en Tatta por los años de 1619 (2).

Viendo el P. Leandro que de Ormuz había salido el fundador de una nueva Misión, y teniéndola ésta por filial de la que tanto a él le había costado, como era la de aquella famosa isla, lo cantó más tarde así en esta décima de su PASATIEMPO:

---

(1) Entre otros catálogos, véase el que trae el *P. Bertoldo-Ignacio* en su HISTOIRE DE LA MISSION DE PERSE, pág. 364.

(2) *P. Eusebio* HISTORIA, Misión de Tatta, Cuaderno Aa.

Este tronco tuvo un ramo
a par del Indo plantado,
con esmero cultivado
por un Pastor a quien amo,
y en su memoria derramo
lágrimas en abundancia;
porque hacen gran consonancia
con el que a mí me tenía,
y el fervor con que vivía,
que le fué de gran ganancia.

Y para que nadie ignorase a quién se refería el Misionero-poeta, escribe luego su nombre con el más cumplido elogio, diciendo:

Este noble religioso
Luis Francisco se llamaba,
a quien amaba y honraba
hasta el moro cauteloso.
Fué en fabricar muy curioso;
tuvo de almas tan gran zelo
que consagró el caro velo
de su vida a esta conquista,
y antes que de ella desista
(decía) subiré al cielo.

En efecto, el P. Luis Francisco «fué en fabricar muy curioso», y bien lo probó en la iglesia que erigió al Señor en medio de infieles, dejando por verdadero al Misionero-poeta e historiador. Lo sabemos por una carta del mismo Padre Luis Francisco, que en seguida insertaremos; y dícelo también el *P. Eusebio* en la HISTORIA, inédita, de nuestras Misiones (3).

Según la descripción de este historiador, la iglesia de nuestro Misionero era de una sola nave, no muy amplia, pero sí muy devota, con su cúpula airosa; tanto, que llamaba la atención en aquellas tierras de las esbeltas cúpulas. Toda la iglesia fué edificada, desde los fundamentos, con ladrillos bien cocidos y sólidos, allí en donde, por falta de materiales, abundaban los edificios de adobes o «ladrillos secos y sin cocer», como dice el cronista. No contento con esto, el Padre Luis Francisco quiso que las cornisas, las pilastras y arquitrabes de puertas y ventanas fueran de piedra, «de una

(3) Ibídem.

piedra blanca muy curiosa », lo mismo que algunos motivos o figuras « en bajo relieve ».

La iglesia tenía, además, para comulgatorio, una capillita con su cupulilla. Ostentaba un gracioso pórtico a la entrada con sus esbeltas columnas, y a lo largo de sus muros se veían incrustaciones de mayólica y arabescos multicolores al estilo oriental, juntamente con mosaicos de símbolos sagrados. Sobre la puerta principal hizo poner el P. Luis Francisco este versículo de los Salmos: *A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris* (1).

En el arco divisorio de la capilla, por lo mismo que la destinó a comulgatorio, mandó pintar estas palabras rituales: *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi* (2). En diversos ángulos y cornisas hizo esculpir en piedra los anagramas de Jesús y de María y el escudo carmelitano. Sobre la terraza en que terminaba la iglesia, a usanza de Oriente, en el lugar más visible puso varias cruces, como él mismo nos lo dirá luego.

A nosotros poca maravilla nos causan estas inscripciones y estas cruces; pero puestas allí, en medio de infieles, ¿qué impresión habrían de causar a los enemigos de la cruz y de la religión de Cristo, cuando les descifraran aquellos geroglíficos; que tales habían de ser para ellos?

Lo más admirable del caso es que, no solamente los mercaderes cristianos, y en especial los portugueses, contribuyeron con sus limosnas, con abundantes limosnas, a levantar aquel templo para morada de Jesús Sacramentado, sino que, al decir del cronista, nuestro Misionero « recabó buena parte para sus gastos de las limosnas que le dieron los infieles » (3).

Aneja a la iglesia edificó una linda sacristía y un pequeño convento, dedicándoselo todo *a Jesús y a María:* que tal fué el glorioso título de esta Misión carmelitana. Todo estuvo concluido para celebrar la inauguración solemne el día de la Asunción de la Virgen a los cielos, 15 de agosto de 1618. Ese día celebró una fiesta, como nunca se había visto en aquella ciudad del tráfico mercantil. Hubo misa solemne, en la que comulgaron todos los cristianos portugueses, dando gracias al Señor por tantas bendiciones como con aquella iglesia caían sobre ellos. Luego fué llevado en procesión el Santísimo por el claustro y alrededores de la iglesia, entre músicas y cánticos. « Hubo luminarias de diversas invenciones ». Todo ello fué para alabar muy mucho al Señor.

Después de la misa, llegó el Virrey, en compañía de los

---

(1) *Por el Señor ha sido hecho esto, y es admirable a nuestros ojos.*
(2) *He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.*
(3) *P. Eusebio,* en el Cuaderno citado de su HISTORIA, inédita.

más principales de la ciudad, a ver la iglesia y convento, conforme a la invitación que les había hecho nuestro Misionero ecijano. A todos causaba admiración el ver allí cosa tan bella y tan extraña para sus ojos, pero todos salieron satisfechos de la obra que acababa de realizar el sacerdote cristiano. Después desfilaron las multitudes, no solamente este día sino durante muchos días, especialmente en los tres días principales en que se celebró con más solemnidad la dedicación de la iglesia. El Misionero estaba muy contento, esperando que por este medio les había de ir entrando la religión cristiana por los ojos hasta el corazón, preparándoles para recibir la fe y gracia del cielo. Muchos moros y paganos prorrumpían en exclamaciones laudatorias para el Dios de los cristianos, al decir de nuestro cronista.

Firme el Misionero en su propósito de meterles por los ojos los misterios de la religión a aquellas turbas ignaras, pidió a sus mejores amigos portugueses que le trajeran de Portugal un « Nacimiento » con sus figuras artísticas, expresivas, con todas las figuras necesarias de pastorcillos, ángeles y reyes, para las Navidades. Llegado el « Nacimiento », lo encuadró perfectamente en la iglesia, y empezó sus explicaciones a quienes deseaban oírlas. Lo vieron algunos; éstos llevaron a otros a verlo; se corrió la voz por la ciudad y lugares comarcanos, y al poco tiempo, gentiles y moros, hablaban del nacimiento de Cristo, de la paz que anunciaron los ángeles, de la adoración de los Reyes y pastores al Dios que se hizo hombre y nació en Belén. ¡Magnífica idea y excelente modo de misionar el de nuestro ínclito Misionero!

Con este ingenioso método fueron muchas las conversiones que hizo desde los primeros días. Los cristianos distraídos se convirtieron a mejor vida; los pecadores a vida nueva, y no pocos infieles a la fe de Cristo.

El P. Leandro canta así la obra de las conversiones de nuestro Misionero ecijano:

Muchas almas convirtió
de cristianos, pervertidas;
y muchas, ya convertidas,
de gentiles baptizó;
muchos moros obligó
que dejasen sus errores;
y a muchos que, con furores,
dejaron de Dios la ley,
los redujo a nuestra grey
con blandura y con rigores.

Y así fué, en efecto, este celoso apóstol: blando como un corderillo para los sencillos e ignorantes, pero de temple de hierro para los renegados y altaneros. No conoció el miedo, ni temió un instante por su vida. De todo esto hay episodios curiosos e interesantes en su historia, como veremos.

Las primicias en la obra de conversiones, merced a estos medios ingeniosos que usaba, fueron un padre y sus dos hijos, que eran gentiles o paganos, a los cuales bautizó después de haberlos instruído debidamente al lado del «Nacimiento», que puso en la iglesia por las Navidades. A éstos siguieron otros muchos, entre los paganos principalmente; porque los musulmanes, que allí los había en gran número, eran entonces, y lo fueron siempre, muy difíciles de convertir. La obra del Misionero entre los muslimes es más ingrata, por lo mismo que apenas tiene el consuelo de ver germinar la planta de las conversiones, a pesar de arrojar mucha semilla en el surco: lo que no sucede entre los pobrecitos y sencillos paganos de la India, por ejemplo, y menos si pertenecen a las castas bajas o a los parias, que son los que más pronto se convierten y en mayor número.

Allí, en Tatta, había muchos musulmanes y estaban resguardados, por decirlo así, por sus ricos y arrogantes ulemas y santones. Estos, al saber la obra del Misionero carmelita, la doctrina que enseñaba y las maravillas que predicaba, decidieron perderle, echándole abajo su iglesia y arrojándole del Mogol.

Para comprender la fuerza de estos ulemas, hay que decir que estaban protegidos por las autoridades principales de la ciudad, que eran en su mayoría musulmanas, y de las pertenecientes a la familia de los Saydíes, que se decían ser descendientes directos del falso profeta Mahoma. Eran sectarios furibundos y enemigos encarnizados de los cristianos. Alguno de ellos, como «un Secretario del Rey del Gran Mogol , viendo la virtud que se transparentaba en el rostro del Misionero, le creía a éste y le llamaba «hombre de Dios», y le favoreció en muchas ocasiones. Fué el instrumento de quien el Señor se sirvió para mantener en pie aquella Misión y guardar la preciosa vida de nuestro Misionero.

Los episodios principales de estas persecuciones que refiere el cronista italiano, los diremos nosotros aquí tal como los refiere el mismo Misionero en una de sus cartas, escrita, como todas las suyas, las pocas que hemos visto, en lengua castellana. En esta carta está él retratado de cuerpo entero, con su carácter indomable, penitente. con algunas frases

que parecen «ramalazos», como dice el P. Leandro de la Anunciación.

Escribió el P. Benigno, Procurador General, al P. Luis Francisco que le diese cuenta y razón del estado de su Misión de Tatta, de su género de vida y de la persecución que había tenido.

A esta carta respondió nuestro Misionero ecijano con esta otra (1):

«A mi Padre Fr. Benigno. Con mucha fiesta y alegría celebramos en esta casa una de V. R. de 20 de marzo de 1618, juntamente con otra de nuestro Padre Fr. Ferdinando, a quien respondo y me remito en lo que en esta faltare; y, asimismo, deseo que sea ésta común a V. R. y a nuestro R. P. Prepósito General y Padres Definidores.

»Confío en la omnipotente providencia y misericordia de nuestro Señor y Redentor Jesucristo, que, con la llegada a Roma del P. Fr. Redento, con la experiencia de cosas pasadas, ordenará Dios que en estas Misiones, de tan gran su gloria y honra, enristremos por derecho camino sus soldados, sin volver rostro ni pie atrás, ni menos demos lugar a que los enemigos hallen *unde teneantur* (2).

»Mándame V. R. le avise de todas estas partes lo que pasa y juzgare conveniente para gloria de Dios, y, habiéndolo recomendado a su Divina Majestad diversas veces, comenzaré por esta de Sindi (3).

»Confío firmísimamente en los méritos de nuestro Redentor y gran Padre Jesucristo, que en breve se ha de compadecer de estos pueblos innumerables, de su ceguedad, y abrirles un rayo de su luz, porque todos le conozcan, crean y adoren; y a esto se van generalmente disponiendo; porque, siendo, como eran, la gente más díscola y contraria de Cristo que había en el mundo, lobos rabiosos, ahora están tan mansitos, que es cosa admirable.

»Mostraron fiereza el año pasado (1618), con una abominable persecución contra Cristo y su iglesia, deslustrándola con rigor y fuerza. Echáronme de ella (4), y, en oprobio y menosprecio, metieron caballos dentro, los cuales no quisieron comer paja, hierba ni cebada. Sacáronlos de la iglesia, y comieron luego. Pasados dos días, volviéronlos a meter dentro de la iglesia, y no sólo no comieron, pero

---

(1) Tiene la fecha del 19 de enero de 1619. El P. Luis Francisco escribía poco. De ahí que apenas supiesen noticias de él en Roma.

(2) *De dónde cogernos.*

(3) Así llaman a esta Misión de Tatta, comunmente, los Misioneros, por estar situada a la embocadura del «Hindu» o «Sindi», como hemos dicho.

(4) Quiere decir de su iglesita, que la hicieron cuadra de caballos.

dióles un aire malo. Sacáronlos de priesa, comenzaron a temer, y nunca más se atrevieron a hacer ninguna indecencia.

» Asimismo, en aquellos días murieron catorce o quince moros, que eran como cabezas del motín del pueblo: con que todos comenzaron a desear con temor nos volviesen nuestra iglesia y casa. En este ínterim llegó un correo que yo había enviado al Rey del Gran Mogol. Trújome un papel para estos gobernadores, que nos volviesen nuestra casa e iglesia, y en ella pudiésemos hacer libremente todas las cosas que los cristianos hacen en sus tierras. Volvíla a lustrar y poner mejor que estaba antes; y es cierto que en limpieza y devoción, con pobreza, puede esta *a la par* (1) con las buenas de por allá.

» Vamos en ella administrando los santos sacramentos; baptizamos a algunos, así moros como gentiles, y, entre ellos, fué un niño que trujo su madre al pecho, el cual, después de su baptismo algunos meses, murió, y lo enterramos, con mucho aplauso y gusto, a la puerta de nuestra iglesia, constituyéndolo ángel de guardia de ella.

» Parece que nuestro Señor va queriendo recojamos gran fruto de esta gentilidad, porque es cierto (ya entre ellos se platica muy de ordinario) que van errados, y que no hay ley de salvación, si no es la de Cristo nuestro Señor. Y así nos los dicen los más ricos y notables de ellos, con varias demostraciones de buenos deseos y buen corazón. »

Esto por lo que toca al bien que hacían los nuestros en aquella ciudad y sus contornos. En cuanto al género de vida y modo de llevar la observancia de la Orden, a buena puerta llamaba el Procurador General. El P. Luis Francisco responde en estos términos:

« El modo que tenemos de vivir y el traje, es puntualmente según nuestra Regla y Constituciones, como se observa en Italia: nuestras barbas, raídas cada mes (2); vamos siempre a pie, con sumo gusto, aunque aquí hay el mismo uso que en Aspahán entre la gente de alguna importancia, que es la de ir a caballo; pero el mío es un bordón de caña en la mano. No damos nada a nadie, ni a grande ni a pequeño, excepto alguna poca limosna, a nuestra usanza (3). Cuando los moros nos visitan, no comen ni beben en nues-

---

(1) El P. Luis Francisco usa esta expresión italiana « a petto », que es frase adverbial y significa que puede *compararse, rivalizar* o *estar a la par.*

(2) ¡Gran Misionero y..... sin barba! ¡Y en Oriente, donde tanto vale el hombre cuanto la barba!.....

(3) Lo dice, porque no aprobaba el que se diera, a uso de los orientales, algún pequeño obsequio y algún vaso de vino, en especiales circunstancias, a los que les visitaban o hacían algún trabajo en la Misión.

tra casa, excepto agua, si la piden; ni menos yo acepto comer ni beber con ellos. Y así, es indecible el respeto y cortesías que me hacen; que, es cierto, me avergüenzo. Y comparado esto con lo que hacen los persianos a nuestros Padres de Aspahán, no tienen proporción. Tanta es la estimación que Dios les ha dado de nuestra religión, que la plebe nos apellida *Valligi, Valligi,* que en su lengua dicen *¡ Viva el Hombre de Dios !* Y algunos, así hombres como mujeres, yendo por la calle, sin poderles resistir, nos besan los pies.

» Decimos nuestra misa cada día, con asistencia de los cristianos; que los nuevos con los viejos van haciendo número. Administramos los santos sacramentos con consuelo general y grande admiración de quien conoció esta tierra, y ve ahora una buena iglesia pública, con tres cruces formosísimas, enarboladas en lo más alto y descubierto de la iglesia, que enseñorean esta ciudad y causan alegría y temor; y de su pie, se toca todos los días una campana mariana, a misa, que se oye por gran parte de toda la ciudad.

» Habemos introducido que el *examen de conciencia* de la noche, *Asperges, letanías* y *disciplina,* que solemos decir para retirarnos, sea inmediatamente después de tocada el *Ave María*, por dar satisfacción a algunos cristianos que deseaban hacernos compañía, como hacen con gusto. Después se dice la Doctrina, y todos se retiran. »

Tal era el género de vida que hacían el P. Luis Francisco y sus compañeros. No dicen cuantos eran éstos. Parece que en aquellas fechas (enero de 1619), había con él otro Padre y un Hermano donado, por lo que luego dice; aunque, regularmente, solía estar siempre solo, mientras le duró la vida. El proponía al Procurador el número de Misioneros que bastaban por entonces en aquella Misión, porque sigue diciendo: « Los religiosos que aquí son suficientes para asistir y acudir a todo lo necesario, por ahora, en este primer ingreso, son menester sean cuatro: los dos Padres y dos Hermanos. Y al presente no creo conviene seamos más; porque esta gente aun no está sentada, habiendo algunos que nos mantienen en esperanza dichosa de morir derramando *el sangre* (sic) por Cristo, diciéndome que su Mahometo les mandó que matasen a quien dijese que Cristo era Dios; y nadie se atreve. Y si esto va adelante, es cierta la recolección, a pecho tendido y tajo abierto, apoyado en los méritos y sangre de Jesucristo, nuestro Señor. Y para esperar esto y recoger la espigas que se caen de los manojos y gavillas del demonio, somos suficientes en número cuatro. Y de los que aquí estuviéremos, no tiene necesidad nuestra religión de cuidar que se nos provea, de ninguna parte, cosa alguna temporal; porque así moros como gentiles y cristianos nos acuden: que, aunque habemos tenido obras y hecho nuestra iglesia,

primera y segunda reedificación, por la gracia del Señor, esta casa, solar, y lo que hay en ella, es de nuestra religión, sin pecho ni deuda ni obligación alguna.»

Después de esto, indica algo de lo que deben mandarles de Roma, porque no lo pueden haber en aquellas partes, y dice: « Tenemos necesidad de dos cuadros, de buena mano, de Nuestra Señora la Mayor, uno para este altar, que no fuese mayor que tres palmos, que es el lugar que tiene libre sobre el tabernáculo; porque abajo está un crucifijo. Otro, para llevar a Bandel, que es fuerza que uno acuda allí los cuatro meses del año, que son muchos los cristianos que acuden, enferman y claman confesión. Estuve allí los días pasados más de un mes, administrando los sacramentos. Consoláronse mucho; y allí bauticé un moro, que estuvo sólido a pruebas *in fide Domini Nostri Jesu Christi.*»

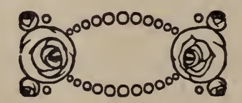
Ahora vienen los que el P. Leandro llama « ramalazos », es decir, lo que el P. Luis Francisco no aceptaba como bueno en los Misioneros carmelitas, y que otros, con fines santos y buenos, lo proclamaban, a saber: usar toda la barba, como la usaban generalmente los Misioneros de todas las Órdenes religiosas; andar algunas veces a caballo, por las largas distancias y a causa del clima enervante, y el dar algunos regaluchos de poca monta, a estilo de Oriente, como ya lo tenían en costumbre tantos otros Misioneros. El P. Luis Francisco, irreductible, no quería dejar ningún resquicio abierto por donde pudiera relajarse el espíritu de la Orden en tierras de infieles. Por eso continúa diciendo: « Lo que yo mucho deseo, es que no se introdujese en este reino alterar nada del modo y manera que, por gracia del Espíritu Santo, tenemos escrito en nuestra Regla y Constituciones, como se guarda y observa en Italia; y muy estrictamente se guarde la Bula 'De muneribus', sin dispensación ni interpretaciones. Asimismo, lo que toca a la barba, que se guarde puntual lo que Dios ordena en nuestras Constituciones. Asimismo, que en ningún modo se vaya a caballo por la ciudad, sino a pie; y el que no pudiere ir a pie, se esté en casa, y dé gracias a Dios. Que ninguno pueda volver a Italia ni salir de estos reinos de infieles, donde somos enviados, sin mandato patente de nuestro Padre Prepósito General.»

Ahora véanse las cualidades que habían de reunir los Misioneros que fuesen enviados a aquellas Misiones. « Los sujetos, dice, que acá vinieren, por ahora son más a propósito que sean muy santos, mansitos, que no predicadores; porque las subtilidades teológicas, por ahora, acá no sirven y allá pueden ayudar mucho; porque lo que ahora es necesario, es saber hablar las mismas palabras que Cristo nuestro Señor dijo y habló, según tenemos escrito en su santo Evangelio: como está en latín, decirlo en vulgar.

» Es bien necesario que los que vinieren, sean de pechos valerosos, resolutos, que salgan haciendo juramento de no volver a Sansueña sin victoria y con la vida. Y el que no tuviere tal ánimo, no es a propósito; que a tales pretensiones y empresas conviene tener pie quedo y no dar paso atrás, aunque se junten todos los infiernos y el mundo contra nosotros; que son fantasmas que luego desaparecen cuando les hacen cara, como se ha visto por el pasado. Y cuando nuestro Redentor se dignase permitir que nos separasen el alma del cuerpo, no sería muerte, sino paso para la vida, y así, habríamos llegado al último y deseado fin que pretendemos; que ese sólo ha de ser medio eficaz para que el Señor se compadezca de esta innumerable ceguedad infiel, y les conceda luz para que vengan todos tendidos a sus pies y fe santísima, verdadera y única. Y mientras esto no precediere, *orar día y noche firmemente y perseverar en la oración hasta el fin con toda confianza* (1).»

He aquí lo que se llama hoy un carácter bien templado para la refriega. Lo que deseaba en los otros, teníalo él en grado eminente. Esto le sirvió mucho en sus trabajos apostólicos entre aquella mezcla de razas y de religiones, en medio de las cuales ejercía su ministerio apostólico, principalmente con la oración, como buen hijo de Santa Teresa.

Veamos ahora cómo terminó sus días este soldado de Cristo.



(1) Estas palabras últimas las escribe en latín el Misionero, diciendo: *Orare die ac nocte, firmiter confidentes, usque in finem perseverantes.*

CAPITULO XV

POSTRIMERÍAS DEL FUNDADOR

Queda solo el P. Luis Francisco. — Rasgos de celo. — Cae enfermo. — Sangrías y medicinas. — Misa de Viático. — Testamento espiritual. — Dos horas antes de morir bautiza a dos conversos. — Muere santamente en la iglesia. — Fama post mortem.

Terminaba su carta anterior el Misionero ecijano diciendo: « Al Hermano Fr. Francisco, mi compañero, le he dado el olio santo; y después de haberlo recibido, está algo mejor, aunque con trabajo, de enfermedad de cámaras (1). Yo estoy con mis achaques, esperando llegue la hora de Dios. »

Así escribía el 19 de enero de 1619. Pero la carta, esperando la nave, tardó en salir de Tatta, y el P. Luis Francisco, después de haberla cerrado y lacrado, escribió en el sobrescrito al pie del nombre del destinatario: « El Hermano, mi compañero, murió en la domínica de Septuagésima, febrero 12 de 1619. » Esto quiere decir que se quedó completamente sólo, como solía.

Sabiendo esto, o quizá sin saberlo, el P. Leandro envió desde Ormuz a Tatta al P. Baltasar de la Madre de Dios, « para que confesase al P. Luis, que había tres años que no se confesaba, y para que le ayudase en sus trabajos, yendo al Bandel en tiempo de monzón, a confesar los soldados que van en los navíos; porque el Padre está ya viejo y cansado y achacoso. Demás de que no es razón que el Padre, a cada paso, dé ese viaje, dejando sola la iglesia, y se vaya a Bandel, que quiere decir 'puerto de mar', que está a dos días de allí..... » (2)

Poco pudo estar el P. Baltasar con el P. Luis Francisco, porque, algún tiempo después, le volvemos a encontrar en Ormuz, según cartas del P. Leandro (3). Enviáronle en seguida un compañero llamado Fr. Matías (4).

Parece que, en los últimos años de su vida, se fué aman-

---

(1) Disentería.
(2) Carta del P. Leandro, escrita desde Goa a 23 de febrero de 1620.
(3) Ibídem, y en otra sin fecha, pero del mismo año.
(4) Véase VIAGGI ORIENTALI, lib. VIII, cap. 8.

sando no poco aquel bravísimo ecijano. Siempre fué muy santo y, en frase suya, parece que le gustaban « los santos muy mansitos ». Así lo fué, repetimos, en sus últimos días, cuya memoria hallamos en los VIAJES ORIENTALES del gran Misionero y místico Fr. Felipe de la Santísima Trinidad.

Cuenta el P. Felipe que « este Misionero español, hombre de gran virtud y célebre por su santidad, en opinión, no solamente de los cristianos, sino hasta de los mismos mahometanos y gentiles del reino del Mogol, cierta vez uno de estos infieles, le dijo mil improperios ». Parece ser que el buen Misionero calló mansamente, imitando al divino Maestro. « Pero otro gentil salió valientemente en su defensa, alabando al Padre como a hombre santísimo y muy grato a los ojos de Dios; y de tal manera se fué encolerizando contra quien agravió al Misionero, que le hubiera puesto las manos en la cara, si el otro no hubiese puesto los pies en polvorosa, como vulgarmente se dice. »

Todavía hay episodios en donde se ve mejor esta mansedumbre del gran Misionero. Los refiere la HISTORIA inédita de nuestras Misiones, citando una RELACIÓN de nuestro Archivo (1).

Un noble soldado portugués, herido vivamente en su honor por otro su camarada, no habiendo podido vengarse, como era su deseo, llegó a Tatta en una nave portuguesa y decidió allí hacerse mahometano. Nada pudieron, para disuadirle de su intento, los ruegos y discursos de otros compatriotas suyos, por lo cual acudieron a nuestro P. Luis Francisco, para que salvase aquella alma de tal caída y a ellos de tal afrenta. El soldado portugués andaba ya entre los moros en sus mezquitas. Saberlo el Misionero ecijano y romper por entre una turba de infieles agarenos para rescatar de sus garras al soldado, fué todo uno. Se expuso en serio peligro de la vida, pero no pudo salir con su intento ni hallar al renegado. Entonces se volvió a su conventico y y se echó a los pies del crucifijo, pidiendo misericordia para aquel desgraciado, por intercesión de la que es Refugio de pecadores.

Visitando el Padre, algunos días más tarde, al Daroga del Reino, éste le dijo: « Padre, ¿cómo consentís que vuestros soldados francos se hagan moros? El soldado portugués que tantos clamores ha levantado, ya se alistó como tripulante de una nave de guerra a sueldo de nuestro Rey.

---

(1) La del *P. Eugenio de San Benito,* Visitador General de las Misiones orientales, de quien hablaremos en el tomo siguiente. Este Padre recogió los episodios, que refiere, de boca de los que habían conocido al Padre Luis Francisco.

Andad presto a disuadirle de ello, que no me gustan estos 'cafres', estos hombres sin ley fija. »

Despidióse el Misionero del Daroga, agradeciéndole en el alma la advertencia, y sirviéndose de la autoridad que aquel alto funcionario le daba, se dirigió, en compañía de dos levantinos, a la nave de guerra. Se percató el soldado portugués de que aquella rara visita era para él, y, echando mano a la espada, amenazó al Padre con atravesarle allí mismo, si se le acercaba. Empezó el buen Misionero a hablarle dulcemente, teniéndose a respetuosa distancia. Pero nada conseguía ablandar al renegado. Dió un paso adelante el Misionero con más brío, increpando al portugués con elocuentísimas palabras y acercándose hasta tocarle amorosamente en los hombros. Y el otro permanecía con la espada en alto sin moverse ni conmoverse en lo más mínimo. Entonces el P. Luis sacó las garras de león y con ambos brazos estrechó fuertemente al soldado, sin permitirle el más leve movimiento y dijo así a los jóvenes levantinos que le acompañaban: « Atádmelo bien atado ». Y así, bien atado, sin que hiciese el otro resistencia, condújolo el Padre a su convento. Allí, en una celda de fraile, creyó el buen Misionero que convertiría fácilmente al renegado portugués; pero se engañó, porque éste se hizo el convertido con gran fingimiento. El Padre le creyó, y, después de darle muy santos consejos, le dejó ir libremente a sus ocupaciones. El malvado dió cuenta a los musulmanes de todo lo ocurrido y de la violencia que había usado con él aquel Padre extranjero. Los musulmanes se alborotaron y fueron al mullah Maemez en son de queja por aquel inaudito atropello.

Maemez era personaje de cuenta en Tatta, gran enemigo de los cristianos, y, al oír aquello, dió orden para que el soldado portugués juntamente con el Misionero cristiano fuesen llevados a su presencia. Pensó el Padre que llamaban al soldado para que renegase de nuevo, y creyó un deber ir a confortarle y ayudarle en aquella prueba. Empezó el interrogatorio, y a la primera pregunta el pérfido renegado, que se fingió convertido, respondió resueltamente que no quería ser cristiano, sino moro de por vida; y destacándose del lado del Padre, corrió a arrojarse a los pies del mullah Maemez, rogándole que le defendiese de aquel viejo Misionero, que le estaba persiguiendo y maltratando. Oír esto la turba de moros que estaban allí y caer sobre el Padre, fué cosa de un momento. Emprendiéronla contra el buen viejo a puñetazos, puntapiés y golpes, que lo vinieron a dejar medio muerto. « E poco mancó che non lo finissero », dice la historia: poco faltó para que no acabasen con él.

Llegó a casa tan herido y maltrecho, tan cárdeno y amo-

ratado por los golpes, que sus cristianos, al verle así, hiciéronle dar una sangría. La sangre que le sacaron, quiso él que fuese enterrada debajo de una cruz, y se la ofreció al Señor como en prenda de que estaba dispuesto a derramar toda la que le quedaba por confesar su fe. Redobló desde aquel día sus penitencias y su oración por el alma de aquel desgraciado portugués, que tan caro le había costado. Sus penitencias y oraciones no fueron vanas, porque, a los pocos días, llegó el renegado a echarse a sus plantas y a pedirle perdón y penitencia por sus pecados, diciéndole cómo la Santísima Virgen le había tocado el corazón, cuando estaba a punto de precipitarse en el infierno.

Acogióle benignamente el P. Luis Francisco, oyóle en confesión, le absolvió después de haber abjurado sus errores, y le hizo hacer penitencia pública, cosa que cumplió a la letra el portugués arrepentido, con gran edificación de todos los fieles.

Más admirable es el siguiente suceso, y más tuvo que padecer en esta ocasión nuestro Misionero.

Había otro renegado de muchos años que se hacía sordo a los requerimientos del P. Luis Francisco, y, para ligarse más y más con lazos de carne y sangre, se casó con una mahometana, Ya casado, no le dejaba en paz nuestro caritativo Misionero. Visitábale con frecuencia y afeábale de continuo su mal proceder y la fealdad de sus pecados. Tan elocuente y persuasivo se mostró cierto día el buen Padre, que el renegado, llorando como un niño sus culpas, con sincero arrepentimiento de ellas, se puso en manos del Padre dispuesto a que éste hiciese y ordenase lo que había de hacer en adelante. El Misionero, no contento con reconquistar esta alma para el cielo, llevó su empresa hasta conseguir, por los méritos de Cristo y ayudado de su divina gracia, la conversión de la mujer musulmana al cristianismo. Mas, cuando lo supieron los padres de ella, se fueron a querellar al Gobernador, diciendo que el viejo sacerdote de los cristianos, con dádivas y falsas promesas, había engañado y fascinado a su hija, haciéndola renegar de Mahoma. Llamó el Gobernador al Padre, y después de llenarle de injurias y afrentas, mandó que le encerrasen en un calabozo y le echasen cepos y grillos, para que no se le escapase, hasta tanto que apareciese la musulmana, la cual no aparecía por Tatta, ni se sabía dónde el Misionero la hubiese conducido.

Efectivamente, la musulmana junto con su marido había salido huyendo de Tatta por temor a que la pudiesen matar sus padres, fanáticos observantes del Corán. Mucho trabajo costó el encontrarla; pero, gracias a unos mercaderes cristianos, amigos del Misionero, viendo lo que éste padecía, viniéronla a hallar y la condujeron a la presencia del Gober-

nador. Este la increpó una y muchas veces delante de los santones y cadíes musulmanes a que abandonase la religión de Cristo y tornase a la de Mahoma, si no quería ser empalada o quemada viva. La animosa cristiana respondió que si bien al principio había abrazado la religión de Cristo inclinada a ello por ser la de su marido, pero que, después que sabía lo que era su nueva religión, detestaba la religión de Mahoma, y se tendría por dichosa muriendo por la fe de Cristo. Negó rotundamente que el Padre Misionero la hubiese atraído con regalos o engañado con palabras, quien lo único que la había dado era el agua del bautismo, que era su mejor tesoro. Y así por este camino, movida su lengua por el Espíritu Santo, les fué ensalzando la ley de los cristianos con tanta elocuencia y con palabras tan nuevas para ellos, que tomaron el partido de echarla de allí, creyendo y diciendo que estaba invadida por un espíritu maligno. Los mercaderes se cuidaron de conducirla a su marido, y ambos, con las limosnas de ellos, pasaron a tierras de cristiandad, mientras el Padre, por orden del Gobernador, fué puesto en libertad, después de haber padecido hambre y sed y cárcel ignominiosa.

Con tantos trabajos y persecuciones, asaltó a nuestro Misionero, ya viejo y lleno de achaques, una grave enfermedad, de que él tuvo aviso del cielo ser la última de su vida. Fué su mal « una ardentísima fiebre con agolpamiento de la sangre, que parecía querer sofocarle y ahogarle ». Los médicos y cirujanos del país, en 24 horas, le dieron « seis sangrías », y otras cuatro más en el transcurso de su enfermedad. Puede pensarse con esto cómo había de quedar el enfermo. Su espíritu ardiente le sostenía. Todavía el Secretario del Rey, amigo y admirador suyo, como dijimos en otro lugar, siendo médico también y de los mejores de Tatta, hizo cuanto pudo por salvar aquella preciosa vida. Si hemos de creer a la Relación enviada desde Tatta y citada por la Historia de nuestras Misiones, el Secretario-médico, « le daba cada día, por su mano, una medicina compuesta con oro y joyas diluídas, la cual medicina no costaba menos de cinco o seis escudos cada vez ». También añade dicha Relación que, con los deseos que tenía de curarle aquel buen médico, « distribuyó, además, entre los pobres, dos o tres bolsas llenas de dinero, para que pidiesen a Dios la curación del Padre ».

En aquella enfermedad le acompañaban y visitaban con frecuencia sus cristianos, en particular sus amigos, los mercaderes portugueses, que eran quienes le sostenían con sus limosnas y quienes corrían con todos los gastos del pobre Misionero, al que amaban como a verdadero padre.

Pero, por más remedios y medicinas costosas que le pro-

pinaban, el mal iba minando aquella naturaleza, hasta quedar de ella poco más que el esqueleto.

Ocho días antes de su muerte, a pesar de hallarse sin fuerzas y con fiebre, hízose conducir a la iglesia, diciendo que deseaba decir la santa misa para recibir al Señor como Viático, y prepararse para el viaje a la eternidad. Revestido de los santos ornamentos, salió por su pie y como rejuvenecido al altar; dijo la misa sin fatiga y con grande fervor y lágrimas: una misa, que fué más bien larga que corta, según la citada Relación. Aquel cuerpo extenuado, parecía transparente y transfigurado, al recibir al Señor en su pecho. Dicen que hubo de recibir algún especial favor del cielo, que tenía atónitos y maravillados a los circunstantes, que eran aquel día todos los cristianos de Tatta, « entre los cuales se contaban hasta cuarenta mercaderes ».

Terminada la misa, y despojado ya de las sagradas vestiduras, cayó de nuevo en la más profunda languidez y postración; tanto, que fué menester llevarle otra vez en su camilla a la celda. Allí se deshacía en lágrimas y suspiros de contrición y en jaculatorias de amor al Señor de los altares. Estos actos de amor de Dios los continuó haciendo mientras le duró la vida.

Dos días antes de morir, a sus ruegos insistentes, volviéronle a conducir a la iglesia. Esta vez no fué para decir la misa, sino para rezar fervorosamente con sus cristianos las letanías a Nuestra Señora. Habiendo recobrado nuevas fuerzas, se sentó en su sillón y dijo palabras muy elocuentes a sus cristianos sobre la constancia de confesar la fe y vivir como hijos de Cristo después que él se partiese, sin menguar en sus fervores y devociones, hasta que viniesen los que habían de ocupar su puesto. « Os ruego, les decía, que me deis este consuelo antes de morir: que os confeséis; el Señor me dará fuerza de oíros en confesión. Hacedlo, hijos míos, porque Dios sabe cuándo volveréis a tener ocasión de hacerlo. » Todos lloraban a lágrima viva, y casi todos se confesaron; y luego en brazos le condujeron de nuevo a su celdilla. Este sermón equivalía a su testamento espiritual, sellado con aquella confesión.

Como tuvo noticia del día y hora de su muerte, según se vió por los efectos, a pesar de pasar muy mala noche y con la garganta muy seca, no quiso tomar nada, para tener el consuelo de celebrar su misa antes de partir a dar cuenta a Dios. Pero este deseo, Dios lo aceptó y el buen Padre no lo pudo ver realizado; porque el Hermano Matías le dijo que era necesario que tomase la medicina que el Secretario-médico le había ordenado. El varón obediente a la orden del médico y a las instancias del Hermano, tomó la pócima « del oro con joyas », que le supo a hiel y vinagre.

En aquel instante se acordó que había dos catecúmenas, a las cuales había prometido bautizar aquel mismo día, y dijo al Hermano que, al apuntar el alba, las llamase, que las había de hacer cristianas antes de morir. Y así sucedió. En las primeras horas de la mañana y dos antes de su muerte, aquel varón apostólico bautizó a las dos catecúmenas, « siendo necesario que el Hermano le fuese sosteniendo el brazo, y le rigiese la mano al momento de ungirlas con el santo Crisma ».

Y no quiso que le volviesen más a la celdilla. Allí, en la misma iglesia, recostado en su pobre camilla, rezó las letanías de Nuestra Señora, con acento que se iba apagando por momentos. Después tomó en las manos su crucifijo, y exclamó, como si nadie le oyese: « ¡Señor, os entrego mi espíritu en este destierro, a donde he venido por cumplir con la santa obediencia! ¡Señor, tan grande ha sido vuestra misericordia para conmigo, que, en los catorce años que hace que llevo este hábito, no os he ofendido jamás con culpa grave! ¡Señor, a pesar de todo, *ab occultis meis munda me, Domine! ¡ Delicta juventutis meae et ignorantias meas ne memineris !* » (1). Pensaba que nadie le oía. Había perdido la noción del tiempo y del lugar en que se hallaba, y se entretenía en estas confesiones con el Señor.

El Hermano Matías le hizo volver de sus deliquios, y, tomándole el crucifijo, que ya se le caía de las manos temblorosas, le dijo: « Acuérdese, Padre Nuestro, de este Señor crucificado por nuestro amor ». Y él respondió: « Hijo, ya le tengo en mi corazón »; y, besándole, expiró dulcemente en el ósculo del Señor. Estaba tocando a su fin el año 1620.

Los que asistían a esta escena conmovedora e insólita, no podían contener las lágrimas. Todos envidiaban aquella muerte. Todos quisieron ser los primeros en besar aquellas manos y aquellos pies hermosos que evangelizaron aquel pueblo, que llevaron la paz a aquellos corazones, que con la paz les llevaron mejores bienes que las riquezas que poseían.

Compusieron el venerable cadáver lo mejor que pudieron, e hiciéronle el oficio de sepultura lo mejor que acertaron, guiados por el Hermano Matías, ya que no había allí ningún sacerdote católico, ni en muchas millas a la redonda.

Súbitamente se divulgó la noticia de su muerte y la fama de su santidad por todos aquellos contornos y reinos del Mogol, de tal suerte que, pasando por allí el R. P. Eu-

---

(1) *Perdóname, Señor, los pecados ocultos a mis ojos. No te acuerdes de las culpas que cometí en mi juventud, ni de las veces que pequé por ignorancia.*

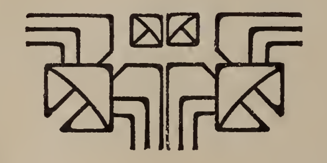
genio, Visitador general de las Misiones carmelitanas, cuatro años más tarde, y el P. Felipe de la Santísima Trinidad siete u ocho años después de la muerte del siervo de Dios, oyeron hablar de él con veneración y alabanza a gentiles, musulmanes y cristianos (1).

Debido a la fama de santidad de este Misionero, el Rey de Caché y otros notables del pueblo pidieron, años adelante, la fundación de Misiones carmelitanas en sus estados.

El espíritu teresiano infundido por este Siervo de Dios en su Misión de Tatta, hizo salir de allí un fervoroso Misionero a recibir la palma del martirio: el Beato Redento de la Cruz, portugués, llamado en el siglo Tomás Rodríguez da Cunha.

Religiosos de este temple eran los que pedía el P. Luis Francisco a sus superiores de Roma.

El Señor le concedió otros muchos; pero este mártir vale por mil.



(1) VIAGGI ORIENTALI, loc. cit., y RELACIÓN de la visita del *Padre Eugenio*.

CAPITULO XVI

Fin de Ormuz y del P. Redento

Desaparece nuestra Misión de Ormuz con la pérdida de la isla. — Muere a bordo el P. Redento. — Hipérbole inverosímil de don García. — Firma última del gran Misionero al pie de su más hermosa carta, escrita a la hora de su muerte.

Cuando, en este mismo año 1620, el P. Leandro de la Anunciación escribía a Roma, no hacía más que pedir noticias del P. Redento de la Cruz, el cual se había embarcado en Lisboa en los galeones de Ruy Freire de Andrade, según dijimos. El P. Leandro esperaba con ansiedad la llegada a Goa del P. Redento, porque éste le traía negociadas cumplidamente las fundaciones de Ormuz y de Goa. El ansia con que él y el P. Juan Tadeo esperaban tales noticias, hizo que se embarcase el Misionero burgalés con rumbo a Goa, dejando en Ormuz al P. Dimas de la Cruz, toscano, excelente Misionero, « religioso de chapa, como dice el P. Leandro, de quien se puede fiar mucho » (1).

Pero las cosas de la isla se pusieron de tal manera, que Ormuz vino a caer muy pronto en poder de los persas. Los nuestros tuvieron que abandonar por completo y para siempre aquella accidentada Misión.

Entre tanto, escribía el P. Leandro desde Goa, con fecha del 23 de febrero de 1620, al General de la Orden: « Pocos días después que el P. Fr. Dimas llegó en compañía del embajador don García de Silva, estando ya seguros que el P. Fr. Redento no podía ir al Estrecho de Ormuz, e pareciendo a todos que estaría en la India, me partí con los dos hermanos a 23 de octubre del año pasado, y llegué aquí día de Navidad, donde hoy día no hay ninguna nueva del P. Fr. Redento ni de los galeones. Sospéchase que están en la costa de Melinde, que es costa de Africa meridional, antes de llegar a la boca del Mar Rojo, y esperamos que llegarán en mayo. Supuesto que no puede faltar esto, si no se perdieron los galeones, ha parecido a muchos siervos de

---

(3) En carta al General de la Orden, escrita en Goa a 23 de febrero de 1620, de la cual es también lo que del mismo Padre se sigue.

Dios, Prelados prudentes y amigos nuestros, que yo no me vaya hasta ver si viene la licencia en los galeones, pues vine a esto. Porque, por cuatro ni seis meses, no es razón andar yendo y viniendo como lanzadera de tejedor. Y esto conforme a mis deseos; porque, si no es a más no poder o mandado, de mala gana hago viajes. Yo deseo acertar y hacer conforme la voluntad de la obediencia. Se lo he encomendado a Dios, y hasta agora no me parece otra cosa. De lo que he negociado después que llegué aquí hasta la fecha, irá en otra Relación.»

Lo que negociaba era la fundación de Goa, viendo que para entonces estaban en Ormuz con un pie fuera de la isla, y acabaron por salir, como se ha dicho.

Llegaron, finalmente, los galeones de Freire de Andrade, después de correr muchos peligros por los mares y las costas. Pero el P. Redento no volvió, ni el Hermano Eliseo, su compañero tampoco. Ambos murieron en la travesía. El P. Redento murió antes de llegar los galeones a Mombaza.

El embajador, don García de Silva y Figueroa, tuvo noticias de su muerte, al parecer, antes que nuestros Misioneros; por haberle dado a él, sin duda, el Capitán Freire de Andrade o el Capitán del Castillo de Ormuz, los pliegos que el Padre traía de su Majestad Católica para su embajador en Persia. Don García da cuenta de esto con palabras muy claras, y achaca al P. Redento nada menos que la culpa de la pérdida de Ormuz, creyendo cándidamente a lo que decían los émulos de los nuestros, de haber hecho los carmelitas de mediadores entre los persianos y los ingleses, para que ayudaran éstos a aquéllos a sacudir el yugo de los portugueses y los arrojasen de Ormuz. Y todo, por haber ido a España el P. Redento en compañía de don Roberto Sirley, que tampoco fué éste quien arregló el pacto entre ingleses y persas, sino los mercaderes, más linces que don García, que había en Persia. Y más todavía hubo de ser la falta de diplomacia de la corte de Madrid y sobre todo de don García, por no saberse ganar al Rey de Persia a tiempo, siquiera don García llegase algo tarde. Pero nunca es tarde para un gran diplomático.

No lo era don García; y, para librarse del sambenito que le podía caer encima en cuanto llegase a España, creyó sin duda más diplomático el echárselo él de antemano a un pobre fraile descalzo, y, sobre eso, *a un fraile muerto*.

Véase lo que dice don García (1): «Bolvió el Fray Redento de la Cruz en los galeones con Ruy Fleire, para ejecución de los dichos arbitrios (que eran las bases que le

(1) COMENTARIOS otras veces citados, tomo II, págs. 568-69.

habían dado en Madrid), y quedándose el don Roberto en Madrid, sin querer volver a Persia, diciendo que se quedaba para concluir lo que resultase cuando naciese alguna diferencia en lo que se llevaba tratado, cosa que todos pudi ran desengañarse de sus embustes, aun cuando no hubieran sido antes tan conocidos, si la falsa persuasión o vehemente pasión no hubiera prevalescido más que la razón en este caso. Murió en el viaje Fray Redento antes de llegar Ruy Fleire a Mombaza. Y, aunque este religioso era de vida inculpable (¡menos mal!), tratando negocios tan agenos de su profesión, causó después, no por malicia, sino imprudencia suya, la calamitosa eversión de la ciudad de Ormuz y pérdida de aquella fortaleza, con tan notable infamia de los que en ella se hallaron para su defensa.»

Dejando a un lado lo de que el Padre se metiese en cosa «tan ajena de su profesión», cuando eran los mismos Pontífi es Romanos los que enviaban a los carmelitas de embajadores a Persia, como han enviado a otros religiosos a otras partes, porque no lo han hecho peor sino mejor que don García, tenemos que, por propia confesión de éste, el P. Redento «era de vida inculpable», y que dado el caso, según él, que tuviera la culpa de la pérdida de Ormuz, no lo hizo «por malicia» sino «por imprudencia». Esto es lo que a nosotros nos consuela más que todo en un Misionero cristiano: que sea de «vida inculpable», y esto se confiese hasta por sus mismos enemigos.

Por lo demás, si alguna culpa tuvo en eso como en lo demás de su vida, cábenos todavía un consuelo mayor, y es el saber de su misma boca lo que hizo estando para morir; aunque, no pudiendo escribir él mismo en aquella hora, hizo que otra pluma escribiese lo que él dictó a un amanuense portugués, y fué la siguiente carta (1):

«A Nuestro Padre Fray Domingo de Jesús y María, General de los Carmelitas Descalzos de Italia, que Dios guarde (2). Padre: Su bendición le pido, y perdón a V. R. y a todos sus predecesores del mal ejemplo de cuan mal hijo he sido. Yo me hallo, vísperas del Espíritu Santo, aparejado para dar el ánima a Dios. Todos nos abrazamos hoy en Nuestro Señor; y aunque he sido tan mal hijo y tan mal hermano, admítanme en estos abrazos, que les aseguro, por el paso en que estoy, que sólo el servicio de Dios y el celo y aumento de nuestra santa religión me han puesto en este estado, y la muerte de nuestro Hermano Eliseo, que ocho días antes de esta hora ha fallecido. Todo lo tengo enco-

(1) Se conserva en nuestro Archivo de Roma. Lleva la firma autógrafa del bendito Padre, escrita ya con mano harto temblorosa.

(2) Era el Ven. P. Domingo Ruzola.

mendado al Capitan Mayor de esta armada. El escribirá lar-

✝

Jesus Maria

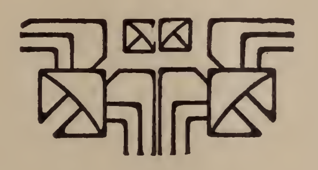
padre su bendicion Espido, Esperdon a V. R.ª
Ea todos sus predecessores del mal Exemplo
de Coan mal hijo he sido, Yo, me albo Ves
pera del Espiritu Santo apareciado pecador
la Anima a dios, todos nos abrassamos hoy
En nuestro Señor Eaun q he sido tan mal
hijo Etan mal hermano, admitanme Eneste
abrasso q les asseguro por Espresso Eng. Estos q
solo El servicio de dios Esello Eaumento de
nuestra Santa Religion Mean puesto Eneste es
tado de Yla muerte de nuestro hermano Elijen
q ocho dias antes desta hora seha fallecido.
Todo Esto encomiendado al Capitan
mayor desta Armada EE scrivira largo
adios mi padre fray domingo, q muero contento
mo Yadios mi padre fray fernando, Efray be
nino, a los quales Embio sendos abrassos Y
V. P.de me Embie su bendicion;

fr P.º de la Cruz

Ultima carta del P. Redento.

go. ¡Adiós, mi Padre Fray Domingo, que muero contentísimo! Y adiós, mi Padre Ferdinando y Fray Benigno, a los cuales envío sendos abrazos, y V. R., mi Padre, me envíe su bendición.—Fr. Redento de la Cruz (1).»

Esta carta no necesita ningún comentario. Y con nada mejor podemos dar fin a este libro.



(1) No tiene fecha la carta; pero sabemos que murió este buen Padre víspera del Espíritu Ssnto, y sábado, por más señas. ¡El, tan devoto de la Reina del Carmelo y de su santo escapulario! El año fué el de 1620, el mismo del P. Luis Francisco, el ecijano, muerto en Tatta, como dicho queda.

Como es breve esta importantísima epístola, vamos a transcribirla puntualmente con su propia ortografía tal como se ve en el fotograbado. Dice así:

✝
Jesus Maria

padre Subendición Lepido, Eperdon a V. R.ª Eatodos sus predecezores del mal Exemplo de Coan mal hijo hesido, Yo, me alho Vispera del Espiritu Santo apareiado peradar la Anima adios, todos nos abrassamos hoi En nuestro Senór, Eaun q' he Sido tan mal hijo Etan mal hermano, admitanme Enestos abrassos q' Les aseguro por Elpasso Enq' Estoi q' sollo El Servicio de dios Ezello Eaumento de Nuestra Santa Relegion Meanpuesto Eneste estado y Lamuerte denuestro hermano Elizeo q' ocho dias antes desta hora Se ha falecido;

Todo Lotenguo Encomendado al Capitan major desta Armada. El Escrivira Larguo. adios mipadre frei domiguo, q' muero Contenticimo y adios mi padre frei fernando, Efrei benino, alos coales Embio Sendos abrassos y V, pde, me Embie Subendicion;

Fr Redto de la Cruz

Se ve que era portugués el que escribió la carta, por escribir, entre otras cosas, *alho, sollo, zello, coan*, etc. Están unidas varias palabras, entre otras *lepido, subendición, hesido, meanpuesto*, etc., como puede verse en el fotograbado.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS CONSULTADOS

VIAGGI ORIENTALI, del *P. Fr. Felipe de la Santísima Trinidad.* Venecia, 1670.

ENCHIRIDION CHRONOLOGICUM Carmelitarum Discalceatorum Congr. Italiae, por el *P. Eusebio de Todos los Santos,* Historiador general. Roma, 1737.

COMENTARIOS de don *García de Silva y Figueroa.* 2 tomos. Madrid, 1905.

VIDA *del Ven. P. Fr. Juan de Jesús María.* Burgos, 1919.

REVISTA *de la Exposición Misional de Barcelona,* núm. IV, enero de 1929.

MANUSCRITOS INÉDITOS

HISTORIA DELLE MISSIONI, inédita, del *P. Eusebio de Todos los Santos:* **Misiones de Ormuz y de Tatta,** cuadernos señalados con las letras Q y Aa. Archivo de la Orden, Roma.

PASATIEMPO, histórico-poético, del *P. Leandro de la Anunciación.* En el mismo Archivo.

Diversas RELACIONES de viajes y embajadas, con multitud de cartas de los Misioneros de quienes aquí se trata, citadas en sus respectivos lugares y que forman la fuente principal histórica de este libro. En el repetido Archivo.

L. D. V. M.



ÍNDICE

Páginas



Obras del mismo autor

EN PROSA

Vida de la Beata Ana de San Bartolomé, compañera y secretaria de Santa Teresa de Jesús. Tipografía *El Monte Carmelo*, Burgos, 1917.

El Ven. P. Juan de Jesús María, tercer General de la Reforma Carmelitana en Italia. Tipografía *El Monte Carmelo*, Burgos, 1918.

La Orden de Santa Teresa, la Fundación de la Propaganda Fide y las Misiones Carmelitanas. Madrid, tipografía de *Nieto y Compañía*, 1923.

El Monte Carmelo.—Estudio histórico-crítico.—Obra ilustrada con 161 grabados.—Madrid, *Mensajero de Santa Teresa*, 1924.

Todas estas obras han sido traducidas al italiano y la primera y tercera al francés.

EN VERSO

Romancero histórico de Cervantes. Tip. *El Monte Carmelo*, Burgos, 1916.

Cien cantares populares a la Virgen del Carmen. Santiago de Chile, 1917.

Episodios rimados de la Historia de un Alma. Burgos, 1920, y Madrid, 1925 y 1929. Esta última es la tercera edición ilustrada. Ha sido traducida al francés por una Carmelita del Monte Carmelo.

La Virgen de las Vírgenes y el Cantar de los Cantares, Lérida, imprenta Mariana, 1922.—Poema premiado en el Certamen de Burgos en honor de Santa María la Mayor, en 1921. (Agotado).

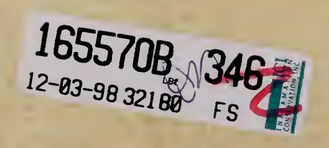
El Castillo de Almabuena.—Poema místico.—Madrid, Editorial *Mensajero de Santa Teresa*, 1928.

TRADUCCIONES

Poesías de Santa Teresita del Niño Jesús, puestas en rimas castellanas. Tip. *El Monte Carmelo*, Burgos, 1913, y reproducidas en las últimas ediciones de la Historia de un Alma, editada en Barcelona.

El Caminito de Infancia espiritual, con un prólogo. Barcelona, 1924.




165570B 346
12-03-98 32180 FS